

VN MVERTO D MAL CRITERIO

JENARO
PRIETO



JENARO

JENARO PRIETO

**UN MUERTO DE MAL
CRITERIO**

SANTIAGO DE CHILE

Imprenta y Litografía «La Ilustración»

SANTO DOMINGO 863

1926

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

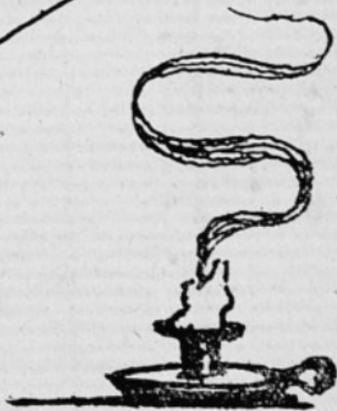


162.559



Al sentido común
con el respeto que
merece un adversario
franco y decidido

Juan Prieto

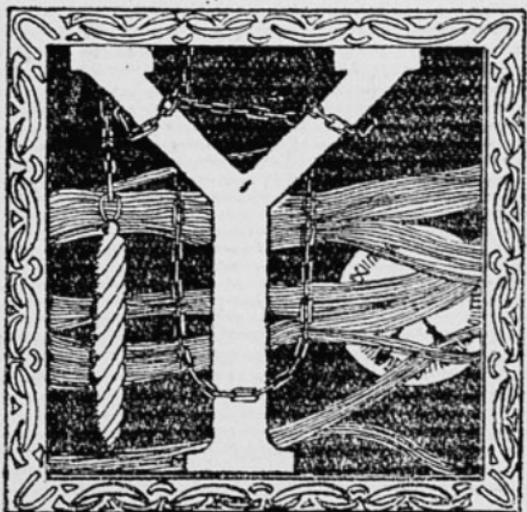




VIÑETAS DE JOAQUÍN DÍAZ BESA.



I



O DEBO haberme muerto el 11 de Diciembre entre dos y cuatro de la madrugada.

El último recuerdo que tengo es de la noche. Sí,... estoy cierto de haber contado doce campanadas... Pensé al



principio que eran trece, pero repetí, repetí mentalmente muchas veces el eco gangoso y triste de esas doce campanadas...

Me levantaron la cabeza, medio cubierta por la sábana, y me dieron con una cucharilla una bebida un poco amarga, que me costó mucho tragar.

Ahora... no sabía bien en qué número iba de las campanadas... pero volví a reconstituír el eco lúgubre y gangoso... Si; eran cinco... Lo recordaba como se evoca al despertar un sueño... y seguí contando... contando campanadas... Ahora las oía más distintamente... tin... tan... tin... tan...!!

El largo reloj de caoba parecía haberse puesto tiernamente al lado de mi lecho... No podía abrir los ojos; pero lo presentía allí a mi cabecera como un inmenso ataúd, flamante, rojo, acicalado, con coronitas y águilas de bronce... ¡Qué ridículo era ese ataúd! Vibraba a cada instante con un ruido mecánico e insócrono, como una destiladera... Sí, era igual la vieja destiladera que había cuando era niño, allá, en el campo en casa de mi padre. Yo me escondí una vez en ella cuando me robé aquel molde



de dulce de membrillo... Pasé allí cerca de media hora... Oigo todavía la voz severa e inquieta de mi padre...

—¡Caramba! ¡Qué diablos se ha hecho este chiquillo!...

Y yo, muerto de susto, acurrucado en la olla de greda, mientras las gotas me caían sobre la cabeza... Qué helado, qué pavoroso y obscuro estaba aquello.... Era un cajón de muerto... un ataúd tal como este otro... que deja caer minutos y minutos sobre mi cuerpo inmóvil y aterido.

Porque yo no puedo ya moverme, ni hablar, ni abrir los ojos... apenas logro contar las campanadas... Siete... ocho ¿no llevaba sólo cinco?... Y este maldito mecanismo que sigue rechinando sobre mi cabeza, frío, lúgubre como la piedra que dejaba escurrir el agua, sin permitirme un cambio de postura... y mis brazos oprimidos por estas tablas de caoba; y estas pesas que caen poco a poco y me oprimen a cada instante más el pecho... Qué terrible ataúd me han elegido! Y qué ridículo... ser enterrado dentro de un reloj, de un reloj estilo imperio, con águilas y coronas de metal!



¿Quién diablo habrá discurrido un sepelio tan cursi y desastroso?

¡Esta es idea de mis herederos!... Tal vez lo han hecho por economía... por librarse de gastar unos cuantos pesos más, en el tío que les deja los miserables billetes que ha logrado acumular en treinta años de carrera judicial.

Oh! Dios mío y el expediente Ríos con González, que está esperando mi sentencia desde hace mes y medio...

Pero cómo voy a fallarlo ahora, cuando soy sólo un cadáver... un cadáver sepultado en un reloj antiguo...

¡Un cadáver!... Nueve... diez... once... ¡Qué horror! ¡Me he muerto y sigo contando campanadas...! Tin.... Tan.... Tin... Tan...

Mañana al amanecer me llevarán al cementerio... y yo... seguiré contando... diez, once, doce, para volver a repetir una, dos, tres, con este eco triste y gangoso que me obsesiona...

¿Y si mis herederos al tomar la caja oyen el ruido? ¿Si me escuchan dar la hora? Si no se acuerdan de mí y toman mi



ataúd de caoba y bronce por lo que es... por un reloj y dicen tranquilamente:

—«¡Qué agradable es la campana de este armatoste...! Es una antigualla pero tiene cierto valor decorativo...» y toman el reloj conmigo adentro... y lo conducen al hall, al mismo sitio donde estaba... y quedo allí de pie, en mi ataúd absurdo de relojería... y comienzo a podrirme... Cielo santo!

Pero qué! ¿No soy acaso parte del reloj...? ¿No doy las horas y las medias horas...? ¿No escucho en mí latir los segundos, los minutos...? ¿No siento mi cuerpo frío, yerto y pesado como el plomo de las pesas que caen poco a poco en el vacío...?

¡Tic-tac-tic-tac! Cada uno de esos tic-tac, es un segundo; cada segundo, es un milímetro de cuerda que se desenvuelve y me va sumergiendo, poco a poco, en el oscuro abismo...

¿A dónde voy? Cuánto tiempo hace que bajo y bajo sin cesar? ¿Son días, semanas, meses? Cuántas veces habré dado yo las doce desde que estoy sepultado adentro de esta caja de caoba?...



¿Adentro? ¡Eso es imposible! Mi cuerpo inerte, de plomo, cae y cae, desde hace mucho tiempo, lenta mecánicamente, a razón de un milímetro por segundo, pero sin detenerse ni un instante en su descenso... ¡Soy la pesa que baja sin cesar!

Todo está obscuro, nada puede distinguirse; pero yo, al escuchar cada tic-tac, sé que he bajado un milímetro en las sombras.

¡Yo oigo sonar los milímetros, ¡—qué horror!—y cuando cada media hora escucho la terrible campanada, saco mentalmente la cuenta de los segundos transcurridos y me digo: Un metro ochenta!...

¡Qué espantoso es formar parte de un reloj que da metros en vez de horas y cuenta milímetros en vez de segundos!

¿Cuántos kilómetros habré bajado? ¿A dónde iré?

Esto es obscuro, tenebroso y tétrico como la boca del infierno.

¿Me habré condenado acaso?

Pero no; yo soy parte de un reloj y un reloj no se puede ir al infierno.

Tampoco puede salvarse, ¡claro está!...



¡Qué papel iría a hacer con sus punteros, sus engranajes y sus pesas en la corte celestial!

Yo mismo con mis anteojos de metal y mis barbas canosas de letrado, haría un papel ridículo con alitas de paloma y camiseta a la rodilla cantando por los siglos de los siglos las alabanzas del Señor!

Ahora, un reloj de caoba .. ¡Sería francamente una irrisión!

Además no tendría objeto: la eternidad está reñida con el minuterero. El tiempo es un producto del reloj y la eternidad es la negación del tiempo.

¿Qué va a marcar un minuterero allá donde las horas no transcurren? El tiempo está congelado, no corre, no se desliza, no se mueve; llegar allá con un cronómetro sería tan inútil como llevar al polo un cuenta gotas.

Qué buena era la vida en que nada era constante ni durable; en que las horas pasaban y se perdían; en que había diferencia entre *ayer*, *hoy* y *mañana*; en que uno podía ser rápido o lento; alegrarse de «haber ganado tiempo» apresurando la mar-



cha de un sumario o arrepentirse de haber desatendido el estudio de un proceso!

¡Dios mío! Y el expediente Ríos con González todavía sin fallarse desde hace mes y medio!

Pero qué! ¿No es aquí el tiempo una solemne tontería?

Por otra parte ya no tengo que ver con esas cosa... No soy Juez... soy una pesa de reloj que no tiene otra misión que descender en el vacío negro y pavoroso de una noche eterna...

¿Cuánto tiempo hace que estoy muerto? ¿Días, años? ¡Siempre esta idea absurda de medir el tiempo! ¡Cómo se ve que formo parte de un cronómetro!

Sin embargo, yo siento todavía... Sí; diría que el aire que atravieso es más sutil, que la noche es menos densa, que una neblina húmeda y tenue me refresca y me reanima...

Hasta el tic-tac lejano, apenas perceptible del reloj llega hasta mí con los alegres ecos de un canto de gilgueros...

Oh! Si! Amanece... Cielo Santo!...

Allá, allá en el oriente las tinieblas se



han rasgado en una franja de color de malva... Ya el aire vibra y titila como la clarinada de una diana... El cielo entero se ha tornado rosa! Mil saetas de oro rompen el oriente... Pero ¿cómo ¿Venus de esas proporciones? ¿Ese farol chinesco rubicundo y gordo es Vésper el lucero de la tarde, la estrella matutina, cantada por la alondra, los poetas y los enamorados?

¡Ah! ¡Qué horror! Y la luna blanquecina, áspera, opaca, como una tosca bola de cemento, como cara llena de viruelas que siente la vergüenza de su feadad y se esconde lentamente tras las rosadas gasas de las nubes!

Oh! Y ese inmenso mapa-mundi que comienza a resurgir poco a poco de la bruma...! La tierra...!—Sí! El planeta en que vivía. ¡Mi tierra! ¡Mi planeta...!

¿Dónde estoy?

.....
¡Más luz! ¡Más luz! ¡Qué resplandor! ¿El sol? ¡Piedad Dios mío! ¿Cómo yo—modesta pesa de reloj—voy a poder atravesar por esta hoguera en que la luz se torna espesa como oro derretido, en que el fulgor de mil

arcos voltaicos se vería como una mancha negra en medio de la apoteosis la reverberación?

¡Todo refulge, todo brilla, todo se vuelve incandescente! ¡Yo mismo soy como un meteoro! Eso que brilla tras de mí, ¿es la cuerda que aún me sujetaba o la estela que dejo en mi carrera?

Shrrrrr.....!

¡La cuerda se ha cortado...!

¡A dónde iré a caer Dios mío!

¡Ay! ¡Ay! ¡qué golpe! Nó; no me ha pasado nada...

Pero ¡cómo! ¿Estoy realmente sentado en el sillón de mi escritorio?





II



N REALI-
DAD esta-
ba senta-
do en el si-
llón de mi
despacho...
Involun-
tariamen-
te miré al
techo bus-
cando el
enorme
huraco

que debía haber causado mi caída.

¡Ni la más leve rotura! La tela, amari-



lenta a trechos por los goterones, fingía mapas fantásticos o formaba anchas ampollas color de pergamino.

También el papel granate y deslucido de los muros tomaba en la parte baja tonalidades más oscuras, hasta volverse casi verdinegro al llegar al podrido guardapolvo.

La humedad formaba un zócalo en torno de la estancia y en toda ella se respiraba ese olor característico de las piezas cerradas largo tiempo.

Sin embargo la luz estaba encendida como de costumbre. La lámpara de gas, patuda y negra, dejaba ver a través de sus dos únicos globos relativamente sanos, la llamita azuleja y palpitante como la lengua de una lagartija.

Desde mi asiento, presa todavía del estupor y la inconciencia, dominaba íntegramente la sala del tribunal.

Las dos ventanas con sus postigos inferiores clausurados se abrían, dando relieve al ancho muro, sobre un cielo azul verdoso que lo mismo podía ser de madrugada que de plenilunio, cortado en cuadros



pequeños por los austeros barrotes de la reja colonial.

Nunca en los días de mi monótona y pesada vida judicial,—siempre con luz encendida para que don Roque pudiera explayar a gusto el prodigioso alargamiento de la letra de sus cortas actuaciones—había reparado en esa ambigua coloración del firmamento. ¿Se debía ella al efecto del alumbrado artificial?

El fondo de la sala, hasta llegar a los estantes de caoba, atestados de viejos expedientes, se esfumaba casi del todo entre las sombras.

¡No era coqueta la fisonomía de mi sala de audiencias en receso!

A pesar de que trataba de fijar la atención en los detalles materiales para olvidar, como una pesadilla, lo pasado, a medida que la conciencia iba volviendo, un vago sentimiento de pavor comenzaba a apoderarse de mi espíritu.

¡Había algo de tumba en esa sala!

Con un movimiento rápido me alcé del viejo sillón situado frente al escritorio para acercarme a la mesa de don Roque,



pequeña y tímida como él, en el rincón de la tarima, a dos pasos del sofá de los comparecientes, como un puente tendido entre el «magistrado» y los simples mortales.

Las tablas gimieron con un ruidó lúgubre... Una de ellas, más podrida que las otras, cedió a mi paso, blandamente, con el acento de un gemido ahogado.

¿Cuánto tiempo permanecía aquello inhabitado?

En la pieza contigua al tribunal, en la pieza en que don Roque, libre del temor reverencial que le impone mi presencia, recobra su majestad de secretario, no se escuchaba el más leve rumor.

Tampoco el oficial debía estar tras de su mesón, mascullando nombres de querellantes y querellados y yendo, como un autómatá aburrido, de la estantería al público y de éste al secretario.

La puerta estaba entreabierta y se alcanzaba a divisar la alacena repleta de expedientes grasosos y polvorientos. En la segunda tabla, una rata metía su hociquillo en el lomo de un proceso. Era evidente que allí no había nadie y, sin embargo, no



sé qué torpe temor me impedía abrir la puerta.

Sentía ansias de ruido, de actividad, de movimiento y comencé a pasearme a grandes trancos de un extremo a otro de la sala.

Aquel ejercicio me tranquilizaba.

De pronto me fijé en el calendario...

Una línea más oscura—talvez alguna gotera—bien visible en el papel color granate, bajaba desde la cornisa y subrayaba con un surco rojizo el grueso número 11 de la hoja torcida y amarillenta como esas otras hojas otoñales que siguen en el árbol largos días a despecho del tiempo y las heladas.

¡Qué incuria se notaba en todo aquello...!

A juzgar por el aspecto, un invierno entero había transcurrido sin que don Roque se acordara de cambiar la página del almanaque... ¡Valiente secretario...! Junto con ver que yo faltaba, que estaba enfermo y no podía levantarme de la cama, ¡adiós trabajo...

¿Once?... ¿Once?... Pero, ¿Cómo?... ¡Qué



significa esto, Dios mío! ¡El calendario está marcando el 11 de Diciembre...!

Pero si el 11 de Diciembre es la fecha de mi mu... ¡Qué horror! ¿Vuelve otra vez la pesadilla? La cama, el reloj imperio... el ataúd...

¡Nó, nó, Dios mío! ¡Yo no quiero ser un muerto! ¡Yo estoy vivo, yo puedo ver, andar, mover los brazos...! ¿Voy a creer ahora que don Roque ha dejado el calendario fijo en esta fecha, como un «inmemoriam»? ¿O voy a pretender que estoy «penando» en mi propio tribunal? ¡Lo que falta es que haga ruido de cadenas y me disuelva al despuntar el alba!

¡Nervios! ¡Tonterías!

¿Dónde se ha visto un cadáver, discutiendo sobre el error de un almanaque?

Es absurdo. Lo que ha pasado, simplemente, es que don Roque ha seguido viniendo al tribunal hasta el 11 de Diciembre... y, como estaba próximo al feriado, no ha querido volver más cuando ha sabido la noticia... Pero, ¡Caramba!... ¿qué noticia?... ¿No quedamos en que no me había muerto?...



¡Mil demonios! ¡Así me voy a volver loco! Basta ya de disparates... A trabajar, a preocuparse de otra cosa!

¡A ver! ¿No está sin despachar el expediente Ríos con González?

Me sentía más calmado.—Y, en puntillas, porque me desagradaba el eco de aquella sala negra y larga, me acerqué hasta el escritorio.

¡Qué confusión reinaba allí! Los papeles, los expedientes, los escritos, se acumulaban en desorden y se posaban sin respeto alguno sobre los timbres del juzgado, la arenilla de secar, las lapiceras y el gran tintero de estaño cuya tapa había rodado quizás donde... No se veía, allí, por cierto, la mano ordenadora y prolija de don Roque... ¡Qué demonios! si aquello hacía recordar los tiempos de Guezalaga, mi viejo secretario, tan descuidado, tan intruso, que casi prestó un servicio con morirse...! ¡Pobre Guezalaga!... ¡Era buen hombre! ¡Cómo lo habrá tratado la otra vida? ¡Pero caramba! ¿qué significa este expediente del año 1545?... «E por cuanto el susodicho indio Atahualpa requiere de pago é demanda



por cobro de veinte almudes de oro en polvo al susodicho don Francisco Pizarro, el susodicho hidalgo hace presente que ese oro lo hubo el susodicho indígena, por furto a los naturales, como él lo hubo, también, por furto del referido indio Atahualpa; é que por ende, conforme el refrán popular de «quién le roba a un ladrón há cien años de perdón», apela de la sentencia pronunciada... »

¡Cáspita!... ¡Este es un juicio algo atrasado! Atahualpa contra Francisco Pizarro por cobro de pesos...

¿Y esto? «José contra la señora de Putifar por robo de una capa». ¿Y este otro? «Tutankamen contra Lord Carnavon—violación de domicilio—.»

Pero! qué juicios más extraños: «Esaú contra Jacob—lesión enorme»—«Juana de Arco contra Voltaire, querella por calumnia»—«Esmerdis contra Gaumata, suplantación de persona».

¡Vamos! ¡Esto es una locura!

Quise alejar de mí el infolio, y no sé como atropellé el bote de vidrio con la are-



nilla de secar... Un polvo oscuro se extendió por los papeles y tres mariposas negras volaron pesadamente sobre el escritorio... Una de ellas se estrelló con mi pechera y permaneció allí, inmóvil, estúpida, con sus ojos opacos y salientes... No me atrevía a hacer un movimiento... Una extraña sensación, mezcla de asco y de pavor, se había apoderado de mi cuerpo... Aquella semi-obscuridad, aquel frío, aquella sala interminable, aquel ambiente de tumba, aquel polvo húmedo y ceniciento como el último vestigio de un cadáver, aquel insecto repugnante y negro posado torpemente en mi pechera, congelaban la sangre de mis venas...

No sé por qué pensaba en Guezalaga! En Guezalaga muerto hace cinco años y metido para siempre en un ataúd húmedo y frío... Tal vez su cuerpo deshecho no era ya más que un poco de arenilla, donde se revolvían y volaban negras mariposas...

Y yo ¿estaba seguro de no ser un muerto? ¿No era, acaso, mi ataúd aquella sala poblada de tinieblas y misterio, con sus tablas que se hundían, con sus muros mo-



hosos por la lluvia, con ese polvo de cadáver, con esas mariposas de sepulcro, con ese calendario marcando el once de Diciembre? Sí; aquello era un ataúd, un ataúd amplio, espacioso, un ataúd que me quedaba grande y en el cual podía andar y moverme libremente!

¡Casi estaba mejor en el reloj! ¡Siquiera allí no había mariposas, siquiera allí se oía ese tic-tac que hablaba de segundos, de milímetros, de cosas de la vida!

¡Aquí sólo silencio!

Y aquel insecto torpe y repulsivo en medio de mi pecho como la tosca cabeza de un helado clavo que me mantenía rígido e inerte contra el muro!

¡Sólo!... ¡Sólo!... ¡Nadie podía socorrerme!

—¡Don Roque! ¡Venga don Roque!— grité de pronto con voz ahogada.

La puerta que daba a la secretaría, comenzó a abrirse poco a poco, sin un ruido, como si nadie la tocara...

Un rayo de claridad lo envolvió todo... En el umbral se destacó una sombra...



Lancé un grito.

Allí, a dos metros de distancia, sereno, tranquilo, inmóvil, estaba... ¡Guezalaga!

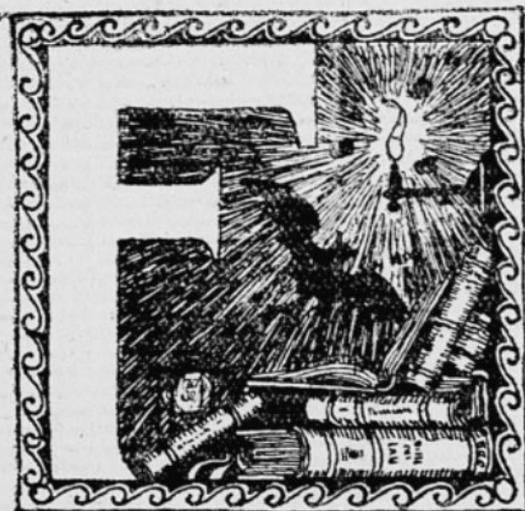
—¡Usía! Al fin por aquí!

Y me estrechó largamente entre sus brazos.





III



UE UN
abrazo lar-
go, como
correspon-
día a dos
amigos, a-
lejados du-
rante luen-
gos años y
que no es-
pera ban
verse...

Qué bien me apoyaba sobre el hombro



recio del bueno de Guezalaga que no cesaba de exclamar:

—¡Vaya! ¡Vaya! Sabía que vendría; pero no esperaba que fuera a ser tan pronto! ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Y el juzgado? ¿Siempre tan recargado de trabajo?

—¿El juzgado? ¿Y Ud. me lo pregunta? Yo caí enfermo en Setiembre y sólo haré dos o tres horas que he llegado al tribunal... Ud. en cambio parece estar aquí como en su casa. ..

—¡Ah!... Yo me refería al de la tierra...

—¡Qué dice Ud. Guezalaga! ¿Al de la tierra...? ¿Está Ud. loco? ¿Dónde me hallo entonces?

Guezalaga clavó en mí sus ojillos de cerdo malicioso, metió las manos hasta el codo en los bolsillos de su gruesa chaqueta azul marino que subrayaba con dos hondas arrugas trasversales su abdomen desdentado resignado, y me observó algunos instantes de la cabeza hasta los pies con un aire de superioridad en que se unían la compasión y la ironía.

—Pero don Marcelo!—el Usía sólo era para las grandes ocasiones—en el mundo o



aquí ¿no da lo mismo? Usted está ahora aquí ¿verdad? Pues bien; esa es una cuestión de hecho que es inútil embolisnar con discusiones...

Yo le cogí de la solapa.

— ¡Qué me importa que sea cuestión de hecho! Lo que yo quiero saber, oígalo bien Guezalaga, es: ¿por qué diablo estoy aquí?

Sin inmutarse Guezalaga sacó las manos del bolsillo, tomó las mías lentamente hasta volverlas a su antiguo sitio, se arregló la solapa con cuidado y luego dijo:

— ¡Vaya una pregunta! Se le ocurrió alguna vez mientras estuvo allá en el mundo preguntarse ¿por qué me encuentro aquí? Y era más raro ¿no es cierto? encontrarse de buenas a primeras en la tierra cuando, unos cuantos meses antes no existía ¡qué digo! ni siquiera nadie pensaba en su existencia... Ahora bien; si allá en el mundo hubiera hallado un pobre amigo como yo y lo hubiera sacudido nerviosamente por el cuello preguntándole, ¿por qué me encuentro aquí? le hubiera dicho del modo más sencillo:—¿Por qué está aquí? Porque ha nacido! Yo ahora no puedo ser original



y tengo que responderle de igual suerte—
¿Por qué está aquí? ¡Porque se ha muerto!

—¡Guezalaga!

—¡Más calma don Marcelo! Hay que afrontar los hechos con franqueza. ¿Cree usted que a mí también no me costó resignarme a la idea de estar muerto? ¡Y yo no tenía nadie que me hiciera el servicio de decírmelo!

Pero el tiempo... don Marcelo, el tiempo... va aclarando muchas sombras, va suavizando muchas asperezas... va, sobre todo, conformándonos con las cosas que no tienen compostura...

—Sí; perfectamente. El tiempo convencerá de muchas cosas; pero Ud., Guezalaga, me asegura que estoy muerto y yo no he pasado por la eternidad, ni he visto un angel, ni siquiera un mal demonio... ¿O es que el cielo y el infierno son patrañas?

Guezalaga me miró severamente.

—¡Cómo puede Ud. decir una cosa semejante! Esa es otra cuestión de hecho, don Marcelo, y Ud., que es juez, menos que nadie tiene derecho a dudar de ella. ¿Se le habría pasado por la mente, allá en el



mundo, sentado en su tribunal, poner en duda la existencia de la cárcel y de la libertad, de la multa y de la indemnización, el concepto de premio y de castigo?... Aunque Ud. nunca hubiera divisado la penitenciaría, no por eso iba a pensar que fuera un mito. Ahora no ha visto el purgatorio ni el infierno... Bien: su realidad no disminuye en nada. Verlos o no verlos, creer o no creer en ellos, da lo mismo porque su existencia no depende de eso... ¡Lindo fuera que la cárcel y las multas no existieran más que para los que creen en ellas!

—Pero Guezalaga si no le discuto, si ni siquiera tengo dudas... Yo le señalo simplemente «otro hecho»: que no he pasado por allí...

—¡Ah! ¿Una cuestión de itinerario?

—Pero que no carece de importancia: Yo no soy un ser perfecto y sin embargo... no he rozado siquiera el purgatorio...

—¡Ese es un simple detalle! Parece que a los de Chile, nos dan ese requisito por cumplido y además como aún no estamos precisamente en el cielo, y tenemos todavía que trabajar y que aburrirnos algo, lo poco



de purgatorio que nos faltaba en nuestra tierra, venimos a completarlo en este tribunal.

Guezalaga me hablaba de estas cosas, medio sentado sobre el escritorio, con la más absoluta indiferencia... De pronto, se fijó en la arenilla de secar esparcida en un legajo de papeles.

—Pero ¡caramba! ya me soltó mis mariposas negras ..

—Las boté sin saber cómo...

—¡Ah! ¡qué lástima...! Había una mansita; que la tenía acostumbrada a posarse en mi pechera. Parecía una «collera» de azabache...

Aquel hombre, tan resignado y tan sereno en medio de ese ambiente de ultratumba, comenzaba a causarme repugnancia...

—Salgamos de aquí—le dije—

—¡Bah! ¡De veras! Ni siquiera le he mostrado nuestra casa...

Y cogiéndome confidencialmente de un brazo, me llevó hacia la secretaría.

¡Era igual a la que había, al lado de mi despacho, cuando yo estaba vivo, allá en el mundo!



La alacena, el sofá desvencijado, la modesta mesa cubierta de paño verde, llena de manchas y polilla, la alta mampara de madera oscura y luego el mesón del público frente a la negra estantería repleta de legajos polvorientos... ¡Igual a mi juzgado de la tierra!

Guezalaga seguía conversándome.

—Dentro de poco, don Marcelo, Ud. comenzará el despacho diario...

Yo no he hecho más que suplirlo como he podido, mientras Ud. llegaba a hacerse cargo del juzgado; pero Usía—Guezalaga acompañó este tratamiento con una reverencia—es el juez en propiedad. Así lo tiene resuelto Salomón.

—¿Qué Salomón?

—Salomón... ¿Cómo le explico? El que fué rey, el del lío con la reina de Sabá, el del laudo de partición de aquel chiquillo... ¡Vamos! el del Cantar de los Cantares...

—Pero ¿Qué hace aquí el pobre Salomón?

—¿Qué hace? Lo mismo que nosotros, es decir, más que nosotros, porque falla los



juicios en segunda instancia... Este juzgado está sometido a su jurisdicción...

— ¡Caramba! Pero ¿de donde saca Ud. que somos jueces? Quién nos mete a apreciar vidas ajenas? De quién, en una palabra, emana mi nombramiento judicial?

--Del gobierno, lo mismo que en la tierra... Únicamente que aquí, el gobierno anda mejor porque es el propio Padre Eterno.

— ¿El Padre Eterno? ¿Y por qué no resuelve por sí mismo?...

Guezalaga se inclinó profundamente:

— ¡Sus designios son inexcrutables!... y ... ¡Ud. sabe! la Suprema Justicia aún en el mundo, se vale algunas veces de los más viles instrumentos para cumplir su altos fines... ¡Démosle gracias por haber puesto sus ojos en nosotros...!

Al pronunciar estas palabras tenía todo el aspecto de un lego franciscano.

— Pero Guazalaga ¿qué voy a fallar yo, si carezco de omniciencia y de poder, si no conozco siquiera las leyes que aquí rigen?

— ¡No se preocupe don Marcelo! Aquí se falla en conciencia y cada uno hace lo que puede... Con decirle que yo he estado sen-



tenciando treinta o cuarenta casos diarios desde el día de mi muerte...

—¿Y si llego a equivocarme?

—No importa, ¡para eso está la apelación! Ud. estudia cada juicio y resuelve simplemente: Al cielo, al limbo, al purgatorio o al infierno... y ¡Santas Pascuas! ¿Que se equivoca? Bien, es lo de menos. ¡Allá se las verán con Salomón! Porque le digo yo por experiencia, salvo los que van al cielo, apelan todos...

—¿De manera Guezalaga, que me voy a quedar entre estos muros fallando por los siglos de los siglos?

—La inamovilidad judicial es un principio consagrado... Por lo demás, yo espero que algún día...

Habíamos llegado a un amplio patio que servía de fondo al tribunal.

Sus muros altos y calisos, ligeramente azulados, talvez por efecto de la refracción se iban haciendo más azules a medida que subían, hasta confundirse con el cielo añil verdoso, cuya coloración indefinible de amanecer y plenilunio, había llamado mi atención en la sala de audiencia...



El musgo cubría a trechos los trozos descascarados y rojizos de la parte baja, uniendo el recio edificio con las baldosas quebradas y húmedas que circundaban el patio. La yerba verde esmaltaba las hendiduras de las piedras, dibujaba diagonales y rectángulos y se hacía más alta y consistente al borde de la pila octogonal, rota y vacía que se alzaba al centro.

Una escalera de granito, adosada al muro en uno de los ángulos, daba acceso a un balcón corrido que ocupaban todo un frente.

Bajo ella había un hueco obscuro y hondo, que me esforzaba por no ver.

Todas las puertas que daban al patio, a excepción de las del tribunal, estaban con candado. Las ventanas, aún las más altas, lucían fuertes rejas coloniales.

Con las manos metidas hasta los codos en los bolsillos de su chaqueta azul marino, Guezalaga, me enseñaba el vetusto edificio, con esa complacencia del burgués que muestra su propiedad a un vecino pobre.

Su silueta de sesentón bien conservado, su pelo cortado al rape, su vientre grotesco y flácido, ponían una nota extraña, casi



cómica, en la serena calma del vetusto patio.

Y hablaba, hablaba sin cesar:

—La casa empieza y concluye en este patio—me decía.—No se vé salida alguna al exterior como no sea... ésa de allí...—y cogiéndome de un brazo me arrastraba hácia el maldito hueco obscuro que se abría como una boca desdentada debajo de la escalera,—pero créame, don Marcelo, ¡mentiría si le dijera que he sentido alguna vez el deseo de marcharme!

Además — yo no se si son ideas, — pero cuando el otro día iba subiendo la escalera, me pareció escuchar unos quejidos... ¡Quién sabe! Como todo está tan viejo y tan podrido puede ser que haya crujido algún madero... ¡Pero don Marcelo! ¡Acérquese sin miedo! ¿Qué tanto puede pasarnos cuando los dos estamos muertos? Venga a ver «mis palomitas»...

Yo me dejaba arrastrar por aquel hombre insoportable. Estábamos al pie de la escalera y aquella boca negra terminada en un arco de ladrillo del cual pendían como hilachas unas plantas blanquecinas, apare-



cía ante mis ojos más lúgubre y siniestra. Guezalaga cogió una larga caña que parecía tener allí ex-profeso, para «entretenerse con sus palomitas» y raspó con ella el fondo de la bóveda...

—¡Mire! ¡Mire don Marcelo!

Una bandada horrible de murciélagos pasó aleteando por nuestras cabezas y manchó el cielo azul-verdoso con un zig-zag diabólico y absurdo.

—¡Guezalaga! ¡Por Dios! ¡Basta de horrores!

Guezalaga se reía, encantado de la escena.

¡Cómo podía el muy salvaje haberse familiarizado de ese modo con todo lo macabro y repugnante!

Ahora fui yo quien lo cogí de un brazo y lo conduje, a viva fuerza, hasta la pila.

Sentados en el brocal, empecé a hacer desfilar ante sus ojos de cerdo malicioso, la serie interminable de «por qué», clavados como otros tantos agujijones en mi espíritu. ¡La metafísica no era la especialidad de Guazalaga!

—¡Qué gusto de complicarse!—me decía a cada instante.—Estamos muertos ¿no es



cierto? Entonces ¿qué puede pasarnos? Ya no podemos irnos al infierno... La justicia es aquí rápida y segura. Si no hemos sido condenados hasta ahora, quiere decir que estamos libres en definitiva ..El recurso de revisión sería incompatible con la Omniciencia divina y las sentencias de segunda instancia tienen que producir cosa juzgada porque los fallos del Supremo Juez son, por esencia, inapelables...

Y a mis preguntas respecto a por qué nosotros, viles gusanos de la tierra, desempeñábamos allí en la eternidad esas funciones judiciales, siquiera fuese en primer grado, Guezalaga se alzaba de hombros y decía:

—¡Qué se yó! Para mí que el Padre Eterno debe estar en vacaciones y se entretiene observándonos fallar como nosotros solíamos en la tierra distraernos mirando un hormiguero...Acaso sea también este un castigo para nuestra suficiencia de letrados...¿Qué más dá?

Las palabras resignadas, ingenuas y tranquilas de mi viejo secretario caían en mi



espíritu como una lluvia refrescante, tras un cálido día de tormenta...

—Ud. será muy filósofo, muy sabio, muy escolástico...—continuaba diciendo Guezalaga—Yo pertenezco desde que nací a la escuela de los «iqueistas». Cuando me plantean un problema grave que no me hallo capaz de resolver, meto las manos en los bolsillos, y respondo: Bien. ¿Y qué?

¡No hay filósofo capaz de contestarme!

Yo miraba, al filósofo «iqueista», sentado, con sus manos regordetas apoyadas, en actitud de Buda, sobre el vientre y no podía menos de admirarlo. ¿De qué servían las mil complicaciones de mi espíritu frente a su filosofía resignada y modesta de hombre sano?

Un ambiente de paz ultra terrena envolvía al viejo patio.

Los altos muros azulinos parecían esfumarse más y más en el verdoso azul del firmamento. El cielo y el edificio semejaban compenetrarse.

A mi lado Guezalaga sonreía, con esa placidez que sólo da el reposo del espíritu, la convicción de una fe ciega. Era un cadá-



ver convicto y confeso que miraba la eternidad como su casa y estaba satisfecho de su suerte.

También a mí una calma silente y dulce me invadía, La calma de «esa vida sin zozobras, en la cual un instante son los siglos...»

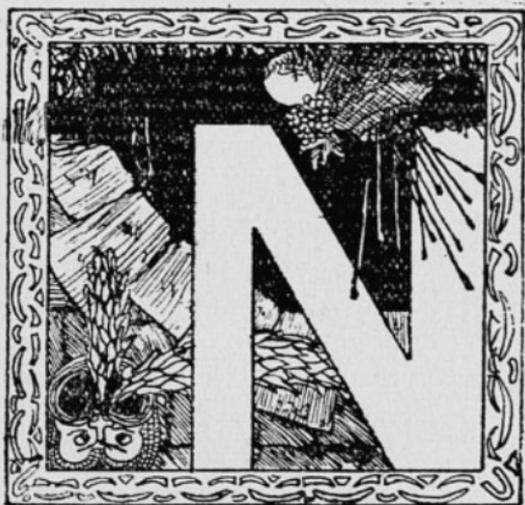
Y en ese ambiente conventual, de paz, en esa atmósfera azul e indefinida, aspiré a plenos pulmones el aire puro y sutil que me envolvía y sentí la satisfacción de haberme muerto.

¡También el ser cadáver tenía sus encantos!





IV



O ERA
por que
la larga
sala estu-
viese me-
nos tétri-
ca y obs-
cura...
Por el
contra-
rio, casi
diría que
la luz de

gas parecía más vacilante y mortecina.



Apenas se distinguía las siluetas de los estantes de caoba. El fondo del tribunal se perdía por completo entre las sombras.

¿Era la convicción de mi alto cargo o la presencia tan humana y tan prosaica de mi viejo secretario lo que me daba esa serenidad para poner un poco en orden el fárrago de expedientes esparcidos sobre mi mesa de trabajo?

—No tenga Ud. cuidado—me había dicho Guezalaga al entrar al tribunal—si se le ofrece alguna duda yo que tengo experiencia ya en el cargo, se la resolveré inmediatamente.

Y ahí estaba Guezalaga frente a su pequeña mesa, sacando punta a un lápiz con una proligidad desesperante...

De pronto al fondo de la sala se oyó un largo crujido .

Alcé los ojos espantado.

El crujido de las tablas se hizo más corto e intermitente hasta imitar el ruido de los pasos, y una sombra más oscura fué delineándose en las sombras.

Guezalaga continuaba afilando la punta de su lápiz.



Una silueta alta y escueta se irguió frente a mi escritorio.

Era un hombre pálido, de unos treinta y cinco años de edad. El cabello largo y lacio, la barba rala y descuidada y la corbata obscura y vagarosa acentuaban la palidez de cirio del semblante en que unos ojos pardos y profundos brillaban tristemente.

Una chaquetilla estrecha y negra, luciente en la solapa y en los codos, estilizaba la flacura de su cuerpo.

Las manos sarmentosas jugaban tímidamente con un sombrero suelto de anchas alas.

Guezalaga dejó el lápiz, se echó hacia atrás en el asiento, se arregló pulcramente la pequeña corbata de raso negro, cogió la pluma y pregunto.

—¿Su nombre?

—Juan de la Brocha.

—¿Profesión?

—Pintor.

—¿Pintor de qué?

—De todo. Desde letreros hasta cuadros; al temple, al óleo, a la acuarela y al pastel; sobre tela, papel, cobre, madera y



pergamino. En todo, hasta en carne huma...

—¿Cómo es eso?

—Hace apenas quince días le pinté los labios a una señorita que había ido a posar a mi taller... Verdad es que yo también se los había despintado...

Estas medias colorrosa a cuadro negros que Ud. ve—y el hombre se levantó uno de sus pantalones,—me las pinté, yo mismo, hace dos meses. ¿Nó es cierto que es de jurar que son de lana?

Debió notar el declarante la curiosidad que me embargaba, porque apartando la vista de Guezalaga, para dirigirse a mí, prosiguió con acento de amargura.

—¡Los artistas que andamos con obras de arte en las canillas no siempre podemos darnos el lujo de costear la prosaica y abrigadora realidad! ¡Los calcetines están, ahora, por las nubes! ¿Ha visto Usía, una ironía más horrible? La realidad—la obra de mano—sube y sube cada día y la obra de arte—el ideal—baja al nivel de los zapatos!

¡Así es la vida señor! El Jueves pinté un «affiche» para el bar «La Mona Alegre».



el Viernes fabriqué un Rembrandt «auténtico» para la colección de un anticuario; y había empezado el Sábado mi gran obra cubista «El tunel sordo», cuando el médico tuvo la mala idea de matarme...

—¿Y a eso llama ser pintor?—interrumpió nervioso, Guezalaga.—Diga Ud. que es pobre ¡y basta!

Y se inclinó para anotar con la mejor de sus caligrafías: Profesión: Pobre de solemnidad.

El compareciente bajó la cabeza avergonzado.

—Esa es la verdad, señor. Siempre he vivido en la indigencia.

Yo, entretanto, reducido gracias a la actividad del Secretario, al simple papel de juez decorativo, meditaba si sería aplicable a ese sujeto la frase del Evangelio: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos».

Era evidente, sin embargo, que el espíritu positivo y burgués de Guezalaga no simpatizaba en modo alguno con los discípulos de Apeles. La pintura era, para él, una ficción y como tal la rechazaba.



—Afirma Ud. que es pintor—dijo con sorna—y bien podría ser más franco y decir que se dedica a engañar a todo el mundo...

El artista alzó la frente con altiva indignación.

—¡Jamás he engañado a nadie! Por el contrario: ¡los demás han tratado de engañarme! ¿Cree Ud. que el anticuario que me compra un Rembrandt en 300 pesos puede creer que «eso» es un Rembrandt? Y si lo piensa, si creyendo adquirir una obra auténtica me da sólo esa mezquina cantidad ¿no es por que trata de estafarme? El dueño de la cantina, que me paga la pintura de su muestra a razón de cuarenta pesos metro, sabiendo que soy artista ¿no se aprovecha de mi necesidad para explotarme? Y el *snob* que gasta 500 pesos en un cuadro cubista que lo mismo puede llamarse «Túnel sordo» que «Zanahoria displicente» ¿no trata de engañarme a mí y hasta a sus amigos haciéndonos creer que él «lo comprende»?

—Bien,—dije entrando en funciones— parece que en su negocio no hay delito...



Pero creo haberlo oído que a Ud. lo mató el médico... ¿qué hay en éso de verdad?

—Me permito advertir a US.—intervino en voz baja Guezalaga—que esa pregunta es, por ahora, extemporánea. ¡Cuando muera el médico lo juzgaremos!...

—Nunca está demás saber—le respondí con sequedad y me volví al compareciente que aguardaba allí, de pie, dando vueltas su chambergo entre las manos.

—El médico me mató. ¡No lo dude, señor Juez!—dijo con voz emocionada.—Cierto es que yo estaba algo enfermo... Me había intoxicado poco a poco con el gas, la electricidad, el pan, la leche... Lo más tóxico sin duda era la leche..

—¿Está usted loco?

—Señor Juez: le ruego no tomar mis palabras en el sentido en que lo haría un burgués con buena renta. Es claro que un hombre rico no se puede intoxicar con el pan o con la leche... a menos que ellos estén adulterados... Pero, en cambio, para un pobre, la carne, el té, el carbón, el arriendo de la casa, son una sola cosa: son consumos. Y los consumos son dinero, y



el dinero es sinónimo de cuentas, y las cuentas son preocupaciones y las preocupaciones son insomnios .. ¡Yo no sé, realmente, como una cosa tan material como el dinero puede convertirse en algo tan intangible y negativo como la falta de sueño! ¡Ah! US. ignora cuán terrible es reducir todas las entidades a una sola y sentirle igual sabor a un beefteck y a una chaqueta; a una taza de leche y a un remedio! ¡Gusto a factura... gusto a insomnio...!

Cuanto prodigio económico es imaginable en un particular, que no dispone, como los Estados, de la facultad emisora, ni le es posible incrementar el presupuesto hasta hacer que las entradas se equilibren con los gastos, fué ensayado y puesto en práctica en el laboratorio del hogar.

Mi mujer discurrió un día cambiar la ropa vieja—es decir, toda—por huevos, pollos y gallinas. Como en las horripilantes historias de naufragios nos nutríamos con la indumentaria.

Una mañana oí cacarear a mi chaquet. ¡Se ha visto situación más espantosa!

En estos casos, otros se vuelven anar-



quistas y gastan en dinamita y en palabras lo que debían invertir en comestibles; pero yo... no tengo espíritu de lucha.

Otros se suicidan ... yo tengo lazos ... quiero decir, tenía lazos que me amarraban a la vida.

Sin un centavo podía darme gustos que otros no se proporcionan... Ver un crepúsculo, vagar por las callejas solitarias... Además, aún quedaban en el mundo bellos ojos y labios frescos, sin criterio práctico... y todavía, allá, a lo lejos, ese fantasma loco de la gloria...

Pero estoy divagando, señor Juez...

—No; no,—dije—siga Ud; los jueces estamos acostumbrados a oír largos alegatos.

—Gracias Usía. Voy al hecho: Estaba en el período de los insomnios, después de haber perdido hasta el modo de andar a consecuencia de una rotura en los zapatos, cuando un tío rico que no entiende de estas cosas, resolvió que el mejor modo de prestarme ayuda, era obligarme a que me viera un médico.

Un médico es también una factura y yo lo resistí con energía. Pero vino, me halló



en cama, me examinó de punta a cabo y comenzó a darme remedios. Yo quería decirle: Sí, doctor, estoy enfermo, pero mi mal no es de los nervios, ni del estómago, ni de la pleura. Yo sufro de pobreza como otros sufren de diabetes. Ellos tienen azúcar en exceso y yo de menos. A ellos les sobra un comestible y a mí me falta muchos. Ambos males son más o menos incurables y hay que soportarlos con resignación... Así y todo puedo vivir algunos años más.

Pero no dije nada de esto. La maldita altivez de la pobreza me echó un nudo a la garganta y... ¡me entregué en manos del médico!

El doctor me dió unas píldoras para los nervios, una bebida para los riñones, una infusión para el hígado, unas tabletas para el corazón, fuera de un tónico, unas inyecciones y un régimen imposible de seguir: «no tener preocupaciones.» Aseguró que no me hallaba órgano bueno.

La intoxicación de los productos de farmacia, se unió a la intoxicación de los consumos y a los dos días yo dejaba de



existir. ¡ Diga, su Señoría, si no fué el médico quien me mató!

Antes de que pudiera contestar, Guezalaga, nervioso sin duda por la larga relación, intervino francamente:

—Usía: O manda a ese hombre al infierno o no hay justicia en este tribunal. Este individuo es un vulgar suicida...

—¿Yo suicida? — dijo alarmado de la Brocha.

—Sí señor y se debe ir al infierno.

El hombre bajó la cabeza resignado.

—¡Cuando uno es pobre, no puede esperar justicia!

—¡Nó, señor! Lo que hay de cierto es que usted se mató por su real gusto. Ud. indujo a error al médico le ocultó su enfermedad, lo obligó a equivocarse en el diagnóstico, y, para colmo, se tomó las medicinas que le dió, a sabiendas de que estaban mal dictadas e iban forzosamente a hacerle daño! ¡Si esto no es un suicidio hecho y derecho!...

Creí de mi deber interponerme.

—Guezalaga: yo no veo tan clara la cuestión. El enfermo no está obligado a señalar todos los síntomas al médico; menos

aún a precisar su enfermedad. Eso equivaldría a hacerse por sí mismo el diagnóstico, lo que podría provocar muchos errores. El facultativo es el encargado de examinar al paciente y señalar sus males. Que éste hable o no hable es cosa secundaria. Observe Ud. Guezalaga que, siguiendo sus teorías, no podría haber médicos de niños, ni sería lícito a ningún doctor atender profesionalmente a un sordo mudo. ¿Desde cuándo el lenguaje y la farmacopea están ligados por una relación de causa a efecto? ¿Cuántas veces el enfermo no recobra la palabra hasta después de haber tomado los remedios?

—¡Ya está Usía creándose problemas!

—Analizo simplemente la cuestión...

—¿Analizar o complicar no viene a ser lo mismo? Y no vale la pena, francamente. El sujeto tiene a lo menos diez capítulos para salir mal puesto en este juicio...

Juan de la Brocha permanecía con la vista baja, siguiendo la rotación de su sombrero.

—Desde luego, eso de haber aceptado que el médico le hiciera una visita y otra



sin decirle que estaba en la indigencia, era una estafa. .. Porque de seguro el tío no iba a costear la atención médica ¿verdad?

—Sí, señor— dijo el artista saliendo de su mutismo— Mi tío no puede creer que haya pobres que no tengan con qué pagar al médico...

—Perfectamente. Por lo tanto la estafa era manifiesta.

—Guezalaga, todo eso es un asunto meramente pecuniario y que fuera de la vida carece en absoluto de importancia. Aquí no estamos en la tierra y debemos mirar estas cuestiones con un poco más altura. ¿Qué es en efecto el dinero? Es el simple fruto de una convención, mejor dicho de una locura colectiva. Esos discos de metal, esos billetes más o menos grasosos y arrugados sirven ciertamente para el intercambio, pero... a condición de que otro los reciba. Por sí mismos, no sirven para llenar ninguna necesidad, para dar ningún placer, salvo el muy ingenuo del coleccionista que queda, por otra parte, satisfecho, con un sólo ejemplar de cada tipo. ¿Qué agrado puede ofrecer la acumulación de



mil o diez mil discos de metal rigurosamente iguales? Me observará Ud. que esos discos son canjeables por alimento, por vestido, por libros, por ideas y hasta por afectos. Sí; siempre que el que los reciba, crea que ha de hallar a su vez otro dispuesto a recibirlos y a darle, en cambio, afecto, ideas, libros, vestido o alimentos.

Suprima Ud. el dinero, y todas esas cosas seguirán conservando su valor porque se fundan en una necesidad o una aspiración de la naturaleza humana.

Suprima, en cambio, esas cosas—es decir, esos anhelos y necesidades—y el dinero no tendrá valor alguno.

¿Ha pensado Guezalaga, en lo que pasaría con el circulante, si un buen día los hombres amanecieran razonables? ¿Quién querría correr la contingencia de trocar una especie útil por otra que, para que pueda servir de algo, hay que cambiarla? Todo esto se lo digo Guezalaga, para indicarle que, imparcialmente mirado, el dinero carece de valor y su importancia es sólo fruto del error, la sinrazón y la ineptia de los hombres. ¿Cómo podríamos nosotros



aquí en la eternidad basar un fallo en una simple tontería humana?

Por otra parte, aún aceptándola, el caso de este señor, sería perfectamente favorable. El no pagó la cuenta al médico; pero éste, en cambio, le causó un daño positivo. Si el doctor no le hubiera recetado, y de la Brocha no le hubiera pagado «sus servicios» nada se deberían uno al otro y la balanza de la justicia estaría en el fiel. Pero el facultativo erró el diagnóstico, dió una receta equivocada y privó de la vida a un pobre artista. Y la vida, aunque sea de un pobre y de un artista, tiene siempre un valor considerable. Luego, el médico ha roto el equilibrio producido y le debe esa suma a de la Brocha.

El pintor me dirigió una mirada de agradecimiento.

Guezalaga mascaba nerviosamente el mango de la pluma, murmurando:

—¡Qué gusto de buscar complicaciones! De este modo es imposible hacer justicia!

—No cabe duda—proseguí—De todo esto no resulta más que un solo culpable y



ese culpable no está aquí... ¿Cómo se llamaba el médico?

—Pastor Saldívar— respondió el artista.

—Ah! lo conozco! Aquel doctor octogenario que vivía en la calle Dardignac... ¡Llegará pronto por aquí! Tome nota, Guezalaga. Apunte al doctor Saldívar.

—¿Vá a juzgarlo en rebeldía?

—No hay que precipitarse, Guezalaga. ¡Para algo estamos en la eternidad! El doctor morirá un día... ¡Arreglaremos cuentas cuando venga!

—Bien! ¿Y qué hacemos con este otro?

El hombre permanecía, allí, de pie, aguardando por instantes su sentencia. Un gesto de altivez se dibujaba en el ceño de su frente y en sus labios.

—Caramba, Guezalaga! Ese problema es más difícil! Al infierno no podemos mandarlo, ciertamente. ¿Al cielo? No ha hecho nada por ganarlo. ¿Al limbo? No está en edad para ir al limbo. Tal vez lo más acertado sería enviarlo al purgatorio, ¿pero no ha sido su vida entera un purgatorio? Francamente, yo no me atrevo a resolver el punto...



Guezalaga fué hacia la puerta de la secretaría y me hizo señas de que lo siguiera.

—Don Marcelo, creo tener la solución! —y en voz más baja para que de la Brocha no le oyera—: La cuestión es muy sencilla: si echamos al pintor al purgatorio, es posible se vaya ¡tan conforme! y nos haga cometer una injusticia; pero si lo mandamos al infierno—¡claro es que no se resigna!—apela... y todo se subsana...

—Pero Guezalaga, ¿cómo quiere que me preste para semejante atrocidad? ¿Cómo voy a dictar un fallo absurdo aún a sabiendas de que lo revocan?

—Don Marcelo, déjeme a mí arreglar las cosas! Le respondo de que no hago una injusticia! Salga a dar una vuelta por el patio... En diez minutos le aseguro que el caso está solucionado...

—Bueno Guezalaga... pero, ¡por favor! no vaya a pasarse de severidad!

Salí al patio, con la cabeza como un horno. Qué bien me hacía aquel aire fresco y claro, aquella atmósfera sutil, aquel ambiente de alborada! Todas las co-



sas me parecían bellas y poéticas envueltas en ese azul vibrante y pálido!

Me dirigí a la pila abandonada que, falta de agua desde largo tiempo e invadida por el musgo y por la yerba, semejava un ojo verde, absorto en la visión del firmamento.

No alcancé a llegar a ella, cuando sentí el paso menudo y rápido de Guezalaga, que trataba de alcanzarme:

—Don Marcelo, ¡estamos perdidos!

—¿Qué sucede?

—¡Lo he condenado al infierno y no ha apelado! El tipo es de un orgullo insoportable...

—No hay que darle curso al fallo...

—Por supuesto. Pero, ¿qué hacemos con el hombre? Yo he agotado los recursos diplomáticos... Cuando ví que estaba dispuesto a condenarse, le propuse mantener en reserva la sentencia hasta que él fuera a hablar con Salomón. ¿Sabe Ud. lo que me dijo? ¡Que no estaba dispuesto a hacer empeños! ¡Que un artista no podía rebajarse a esos extremos! Parece que, por el hecho de pintar, cree que sólo Dios puede



juzgarlo! ¡Realmente se necesita ser Dios para entender a melencólicos de esta especie! Desde que comencé a dictar el primer considerando, empezó a tratarme con altanería... Dijo que yo era un «burgués» incapaz de «comprenderlo» y que sólo «toleraba» entenderse con Ud. que era «un espíritu más amplio y comprensivo»... En fin, esto no hay forma de arreglarlo!

—¿Y si damos tiempo al tiempo y no fallamos la cuestión hasta después? ¡La eternidad dá espacio para todo!

—Pero, ¿qué hacemos entretanto con el tipo?

—Lo dejamos con nosotros, ¿qué más dá? Dígale que salga al patio...

Guezalaga se alzó de hombros:

—Yo creo que sería preferible echarlo—como transacción—al purgatorio... Pero, en fin, Usía es ahora el que resuelve...

Y se volvió refunfuñando al tribunal.

Un instante después, Juan de la Brocha, con su corbata flotante y su sombrero de amplias alas destacó su silueta flaca y larga como un palote obscuro en el fondo claro del vetusto patio.

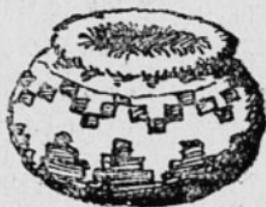
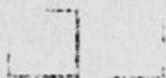


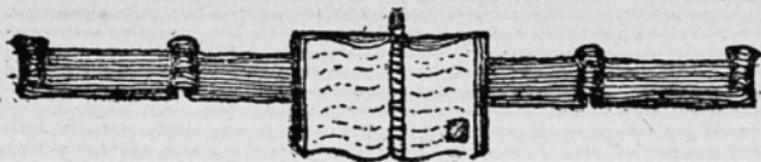
Al verme, me hizo una desmadejada reverencia.

Luego sacó una extraña pipa del bolsillo, la encendió, alzó la hilachuda barba, entornó un poco los párpados y dijo:

—¡Lindo edificio colonial! ¡Tiene carácter! ¡Cómo se presta para un cuadro al óleo!

Y comenzó a pasearse lentamente como si estuviera allí en su propia casa...





V



E J É A
Guezala-
ga a car-
go del juz-
gado con
la precisa
condición
de ser be-
névolo y
no conde-
nar a na-
die sin
consul-

tarme previamente.

Después de las incidencias producidas



en el caso del pobre de la Brocha, necesitaba más que nunca ordenar mis ideas y estudiar un poco «la jurisprudencia de la eternidad».

Tomé un expediente viejo,—el primero que encontré—y me fuí a sentar al patio.

Era el proceso de «José contra la señora de Putifar, por hurto de una capa», como rezaba la indicación de la carátula.

Juan de la Brocha estaba sentado en el peldaño más alto de la escalera en actitud meditabunda. Al verme se sacó el ancho sombrero y lo agitó en el aire con muestras de profunda simpatía.

Tomé asiento en el borde de la pila y empecé a hojear el expediente.

La demanda de José se ajustaba en todo a la relación bíblica. El robo de la capa resultaba claro, y la actitud de la señora—a pesar de los prudentes circunloquios del hebreo,—de una audacia y un impudor inconcebibles.

La respuesta de ésta, en cambio,—reductada en un lenguaje inapropiado en absoluto a las cuestiones judiciales,—sin des-



conocer los hechos, trataba de presentarlos en favor de su defensa.

¡Qué extraña resultaba aquella réplica escrita por una mano de mujer apasionada, acaso joven y bella, bajo el reinado de Apapi, en las serenas márgenes del Nilo!

«Las espigas ondeaban ya como un mar en el valle de Gessen y el loto florecía más azul y el papiro movido por las aguas murmuraba su canto sin palabras, dulce como un secreto al corazón, cuando puse mis ojos en el esclavo hebreo.»

«Era bello como Osiris y su cuerpo tostado por el sol resplandecía como el trigo en la tahona.»

«Y desde ese día su imagen se unió a mi carne y me siguió como una sombra de tristeza.»

«Y una noche en que Putifar vencido por el hastío y la vejez reclinaba su frente entre las manos, el recuerdo del esclavo creció en mí, e inundó todo mi ser, como las rojas y limosas aguas del sagrado Nilo cuando se extienden por las áridas y ardientes arenas del desierto.»



«Entonces me eché a sus plantas y le dije:

«Mi señor! Amón-Ra te ha concedido largos años de vida sobre la tierra y ojalá nunca Anubis, el dios del rostro de chacal, te llame al triste reino de las sombras, donde se miden y se pesan las acciones de los hombres; pero, si algún día te llama, que no pueda decirte que no has secado una lágrima ni cubierto la desnudez de los que sufren. El esclavo hebreo que cuida tus graneros y ha hallado gracia ante tus ojos, no tiene ni una capa con que cubrir el bronce de su espalda.»

«Y Putifar, malhumorado, respondió:

«La cosecha ha sido mala, tu lo gastas todo en telas, no me hablas más que de cosas funerarias, y en diez años que estoy unido a tí no has alegrado mi corazón con ningún hijo.»

«Y yo prorrumpí en lágrimas y dije:

«¿Cómo quieres que Isis la fecundadora, se apiade de nosotros—siervos suyos—si nunca tuviste compasión de ningún siervo? ¡Da una capa al esclavo israelita y te juro que antes de la nueva crece, Isis se



habrá apiadado de nosotros y estarán satisfechos tus deseos!»

«Entonces él respondió:

—Has lo que tú quieras!

«Y yo cogí la más hermosa de mis túnicas, hice una capa y se la envié al esclavo, esperando que él también me ayudara a cumplir mi juramento.»

«Y aquella misma tarde, a la hora de la siesta—cuando Ra besa la tierra con su beso más ardiente, y las bandadas de ibis blancos pasan rozando con sus patas rojas las copas de los viejos sicomoros, hasta perderse, allá, en el Delta donde el calor mustia las cañas y hace jadear los cocodrilos—José, con su capa nueva pasó frente a la puerta de mi alcoba.»

«Y al verme, me dió las gracias con palabras más dulces que los higos de Judea».

«Entonces yo, que estaba triste, le hice entrar, y le abrí mi corazón y le conté mi juramento, y le pedí que,—aunque el fuera extranjero y no creyese en los milagros de la diosa,—uniera sus intenciones a las mías para que Isis obrara en mí el prodigio y yo pudiera cumplir lo prometido».



«Pero él no quiso y le quité la capa.»

«Yo le había complacido y él se negaba a complacerme. Yo me había apiadado de su situación y él no quería compadecerse de la mía.»

Parece que esta falta de cumplimiento por parte de José, a esta especie de «do ut des» que la egipcia suponía, la llevaba al colmo de la indignación.

«La capa era mía—dice en el escrito—no sólo porque era un trozo de mi túnica, sino porque el esclavo mismo me pertenecía»... Y agrega en un arranque de pasión: «Y pensar que por un beso de sus labios yo me habría despojado, no digo de mi capa, sino de todos mis vestidos!»

La voz de Juan de la Brocha vino a interrumpirme:

—¿Puede oirme US. una palabra?

—A sus órdenes!—le dije, sin cerrar el expediente de José.

—Dígame, señor Juez ¿aquí no anochece?

—Nunca...

—¿Y no hay crepúsculos?

—Tampoco...



—Caramba! La nota azul es muy bonita; pero, es lástima que no sea más variada! Y se alejó meditabundo, mientras yo, volvía a enfrascarme en la lectura.

El caso de la capa, dilucidado por el escriba Seti, que aparece como representante legal de la señora a fojas 58, toma un carácter más jurídico y por lo tanto muchísimo más difuso y complicado.

Según Seti, siendo la capa y el esclavo de propiedad de la señora, no pudo haber existido donación.

«Quien incrementa, mejora o adorna una cosa propia—dice—no cede parte alguna de su derecho de dominio: traslada sólo una especie de un lugar a otro de su propiedad.»

«Que la señora lleve una capa, de su lecho al guardarropa o la descuelgue de éste, para colgarla en los hombros de su esclavo, no altera la cuestión en lo más mínimo.»

«Aquí no hay hurto, sino cambio de ubicación de una prenda de vestir.»

«Por otra parte, la actitud del esclavo es delictuosa, no sólo porque ella envuelve una calumnia contra su ama, sino porque según los propios términos de su demanda



se negó a acceder a sus deseos, lo que viene a importar en cierto modo una especie de negación de servicios y una falta al contrato de trabajo.»

Estrechada en esta forma, la defensa de José pierde también la fresca nota bíblica para volverse una maraña de argumentos.

«No hay negación de servicios, incumplimiento del contrato de trabajo, ni calumnia, ni delito alguno en mi actitud—dice a fojas 224—Precisamente se me acusa por la falta de un acto delictuoso.»

«Yo apenas conocía a la señora y no tenía con ella confianza o familiaridad de ningún género. Si en tales condiciones le hubiera dado un beso,—como parece insinuármelo en su escrito de fojas 204—habría cometido un abuso de confianza. La falta de este abuso de confianza o sea de este delito, es lo que ahora me echa en cara la parte demandada.»

Y agrega:

«La argumentación de Seti, en cuanto a la nulidad de la donación de la capa por tratarse de un obsequio hecho a un esclavo, es infantil, porque la tela en discusión fué



dada primeramente por Putifar a su señora, de la cual, a su vez, era—o para hablar con más propiedad—debía ser dueño el dicho Putifar. Yo empiezo por objetar con sus mismos argumentos, la propiedad de la capa que pretende atribuírse la señora.»

«Putifar como dueño de la señora y de la capa, era el único llamado a obsequiar una u otra cosa.»

Y añade con ironía manifiesta:

«Bien comprendo que a Seti le es difícil aceptar que se requiera la anuencia de Putifar para apropiarse de algunos de estos bienes.»

«Mi título de dominio sobre la capa, emana, pues, del propio Putifar; en cambio el título de dominio de Seti sobre la señora...»

De nuevo Juan de la Brocha se me había instalado frente a frente.

—Señor juez: Se va a matar otra vez a fuerza de estudiar papeles viejos...

—¿Qué quiere Ud? El asunto suyo no ha podido ser fallado...¿Voy a quedarme tranquilo conociendo mi ignorancia?



—De modo que a estas horas soy para usted una preocupación...

—Tanto como eso...

De la Brocha me miró con aire triste.

—¡Ser una preocupación! ¿Sabe Usía lo que eso significa para mí? Una preocupación es el fenómeno que sigue siempre a una deuda y precede a una noche sin dormir... Ser una especie de intermedio entre una cuenta y un insomnio! ¡Ha visto Ud. algo más triste!

¡Vivir asediado por las preocupaciones, vivir odiando las preocupaciones y convertirse después de muerto en una preocupación... para los otros... ¿qué digo? para Usía que se ha portado tan gentil conmigo! ¡Siquiera fuese para Guezalaga!—Pero... —agregó con voz emocionada—yo le respondo señor juez... que estoy dispuesto a aceptar todo a trueque de no seguirlo molestando...! ¡Hay actitudes que no pueden olvidarse...!

—Yo no he hecho más que cumplir con mi deber... con mi deber de magistrado... En un caso complejo, como el suyo, no



podía fallar antes de imponerme de la jurisprudencia que rige en estos mundos.

De la Brocha fijó la vista en el infolio que tenía entre mis manos.

—¡Pero, qué estudia, Usía!--dijo.—«¡José contra la señora de Putifar!» ¿Y qué tiene que ver ese expediente con mi caso? ¿Me encuentra similitud con la señora? Porque, en cuanto a José, yo le aseguro que no me le parezco en modo alguno... De todas las virtudes, por temperamento, la castidad es la que me atrae menos. Además, es una virtud netamente individual, que, cuanto más se perfecciona, tanto menos se transmite a las generaciones venideras. Es una cualidad que no se hereda, y de ahí, talvez, que no progrese lo bastante...

—Pero... no quiero interrumpirle su lectura.

Y se alejó silbando.

Dos minutos después lo ví asomarse en el balcón corrido. ¡Qué individuo más vagabundo y más inquieto!

Volví a tomar el expediente de José. Ya con la réplica y la dúplica las cosas se habían complicado de tal modo que era difí-



cil precisar si la capa era el principio de una donación o el cuerpo del delito o el término de un contrato de arrendamiento de servicios.

El amor se había vuelto una cuestión de derecho.

José, como esclavo agrícola, era a veces demandante y a veces inmueble por destinación.

La señora parecía a ratos propietaria y a ratos bien de uso público.

Seti llegó a ser una ficción legal.

¿Y Putifar? Putifar era una especie de argumento que se invocaba en pro y en contra y que no se sabía a punto fijo si administraba un bien de Seti, si su cargo de marido dependía de José, si era casado con la capa, o si nunca había sido el esposo de la mujer de Putifar.

Cuando llegué a la última página, después de miles de argumentaciones, síntesis y deducciones en pro y en contra, estaba tan mareado que no habría podido distinguir donde terminaba una cuestión legal y principiaba una persona; y como ambas entidades se confundían entre sí y todas,



a su vez, se barajaban y compenetraban, los cuatro actores formaban una masa indefinida en que no era dable separar a Seti sin sacar un pedazo de José, o un trozo de Putifar sin dividir a la señora o al escriba.

Como un camello sediento que ve un pozo después de siete días de simún y de desierto, me arrojé en el limpio caudal de la sentencia. ¡Era del propio Salomón! Ella calmaría al fin mi sed de sabiduría y precisión jurídica.

El estupendo veredicto constaba solo de dos líneas:

«Vistos—decía la sentencia.—Para mejor resolver, reconstitúyase la escena del delito».

¿Y para eso me había leído todo el expediente? ¡Una actuación judicial después de seis mil años de tramitaciones! ¡Caramba! ¡Eso no pasa ni en la tierra!

De pronto reparé en una acotación escrita a lápiz, con letra de Guezalaga.

«Admirable fallo, digno del sabio Salomón! — decía el secretario. — Esquiva la cuestión y la resuelve; parece una providencia de mero trámite y falla en definitiva;



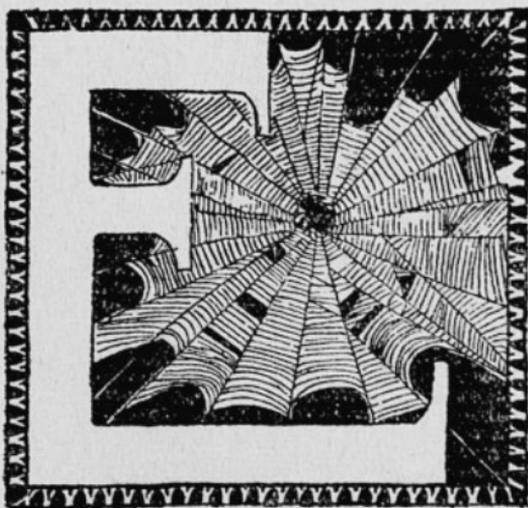
porque es claro que José, conociendo la seducción de la señora, no va a exponerse por segunda vez a tener escenitas de esa especie».

Tomé el expediente y lo arrojé a la pila.





VI



NELEX-
TREM O
del patio,
junto al
ángulo
que for-
man la es-
calera de
piedra
con el mu-
ro,—la pi-
pa entre

los dientes y los brazos cruzados sobre el pecho,—estaba Juan de la Brocha, absorto



en la contemplación del portezuelo que se abre como una vieja alcantarilla, bajo el arco recio y chato que sirve de sostén a la subida.

—¡Qué hermoso tema para una agua fuertel—me dijo al ver que me acercaba...

—Tal vez; pero algo macabro. Yo le tengo antipatía a ese rincón. ¡Tan húmedo, tan obscuro! Además... salen de allí unas bandadas de murciélagos...

—¡Murciélagos! ¡Qué me ha dicho!—exclamó el artista con aire de triunfo.—¡Es una nota decorativa de primera! Ah! yo tengo que estudiar esta caverna... ¿Es honda?

—No me he atrevido a investigarlo... Guezalaga creyó una vez sentir gemidos misteriosos...

—¿Y ni por eso se ha aventurado a recorrerla?

—En el mundo en que estamos, todo es raro... El misterio nos rodea y aprisiona... A dónde puede conducir esa salida sino a un paraje de la eternidad?

—¡Vaya que es poco curioso el señor Juez!



—¿Qué curiosidad puede tener un muerto?

—Precisamente, es la ocasión más oportuna para entregarse a la investigación... En la vida—yo, a lo menos,—no tuve tiempo para nada. Toda mi aspiración se reducía a que, cuando me enterraran, mi mujer no se fuera a morir de hambre y mis cuadros no se olvidaran por completo. Trataba, pues, de asegurarme el porvenir para después que falleciera; y como yo no iba a dejar otra herencia que mis obras, necesitaba que mi nombre perdurara. Los burgueses se aseguran la vida y eso es fácil; pero nosotros los artistas necesitamos asegurarnos además la muerte y para eso no hay pólizas que valgan... A estas horas, gracias a la oportuna iniciativa del Dr. Saldívar, mi obra maestra se habrá vendido en quince pesos y mi mujer me estará echando maldiciones...

¡Bien puedo dedicarme a la investigación...!

—De la Brocha, ¡no se siga torturando en esa forma...!

En ese instante oí la voz de Guezalaga,



quien desde la puerta de la Secretaría, me llamaba para que fuera al tribunal.

De la Brocha le lanzó una mirada de encono y de desprecio, murmurando:

—¡Qué burgués más repelente!

Y continuó su concienzuda observación de la escalera.

Guezalaga me recibió en palmas de manos:

—Todo marcha lo mismo que un reloj: dos hombres y una mujer al purgatorio; un filatélico y dos párvulos al limbo, y un misionero franciscano que mandé derecho al cielo...

Era un caso bien curioso: No sabe como murió; despertó muerto y cree que se lo ha comido un cocodrilo... En realidad no le quedaba un ápice de carne. Puesto aquí al lado de la luz, se transparentaba como una botella... y cuando a ratos se movía y quedaba debajo de la lámpara, no se veía más que el hábito, las sandalias y un rosario que tenía enrollado en la muñeca...

—¡Guezalaga...! pero eso es espantoso!

—¿Vé que hice bien en no llamarlo? A mí mismo que no soy tan nervioso, me dió



miedo y traté de que se fuera lo más pronto.

El quería explicarme a toda costa que era «un indigno pecador, un humilde misionero, un simple pescador de almas» que, —según logré entender— pescaba a fuerza de paciencia unos salvajes muy brutos y muy negros, valiéndose como cebo de unas cuentas de colores...

«¡Si Ud. viera cuán buenos son los pobres!»—me decía aludiendo a aquellos bárbaros. «Tratándolos con cariño yo los hice abandonar la antropofagia, y, uno de ellos, Za Kumén, que me seguía a todas partes y junto al cual me sorprendió la muerte, llevaba tres días de ayuno, como penitencia por sus viejas culpas..... Esa noche acampamos los dos solos en las márgenes del río y cuando le anuncié que al día siguiente iríamos a destruir al dios Taká—el más sanguinario de los ídolos—recogió todas sus armas, y vestido de una maza y una lanza, empinó una calabaza de «magüé» y bailó una danza extraña como preparándose para una fiesta.»

«¡Quiera Dios que el cocodrilo no lo haya



devorado como a mí!»—decía el santo misionero.

¡Y qué humilde era el buen fraile! Cuando, yo, para abreviar, le dije que era un mártir, tuvo escrúpulos y se esforzó por demostrarme que el caer en las fauces de un caimán o de una boa era un simple accidente desgraciado, indigno de equipararse en modo alguno con la dicha inefable del martirio...

Pero yo pensé en Usía y me dije: Don Marcelo que sabe analizar tan bien las cosas, no aceptaría jamás un distingo de esta especie. ¿Desde cuándo para que un misionero sea mártir se requiere que lo mate un salvaje y nó una fiera? ¿No es tan bruto un caimán como un indígena? Cientos de mártires cristianos han sido devorados por las bestias. Que sea en el anfiteatro, en el polo, o en la zona ecuatorial, no afecta en nada al fondo del problema... Este fraile, muriendo por extender la fe en el mundo, ha cumplido con su deber de misionero...

Y, sin más, lo mandé al cielo.

—Guezalaga: la cuestión del francisca-

UN MUERTO DE MAL CRITERIO

no—le dije analizando la materia—se compone de dos puntos diversos. El primero se refiere a la actitud del misionero. El segundo a la teoría del martirio... La difusión de la verdad entre los salvajes...

Un grito horrible, inarticulado, histérico, como de alguien que cae de repente a un precipicio resonó al fondo del patio... Una nubada de murciélagos se estrelló contra el cristal de la ventana...

La luz crepitó un momento como arrastrada por una ráfaga de muerte...

Ciegos, locos de pavor, Guezalaga y yo corrimos hacia el patio como llevados por el mismo impulso... Los murciélagos seguían azotando las ventanas, golpeándose en las paredes, atropellándonos en nuestra huida...

Sin saber cómo, nos hallamos los dos juntos en el rincón de la escalera.

Un hálito nauseabundo de fango removido parecía desprenderse de la negra cloaca... Una planta hilachuda y blanquecina como la cabellera de una momia había sido arrancada de raíz cual si una

JENARO PRIETO

mano se hubiera asido a ella en un arranque de desesperación...

Las demás enredaderas seguían oscilando blandamente en el obscuro fondo de la bóveda.

Los murciélagos volvían, poco a poco, a su guarida.

Aparté los ojos de aquel antro lúgubre. En el blanco muro, al lado del ángulo de la escalera, ví algunos trazos de carbón.

Era una caricatura grotesca y cruel de Guezalaga.

Al pie de ella una mano había escrito:
«Adiós señor Guezalaga! Saludos a la familia!

De la Brocha.»

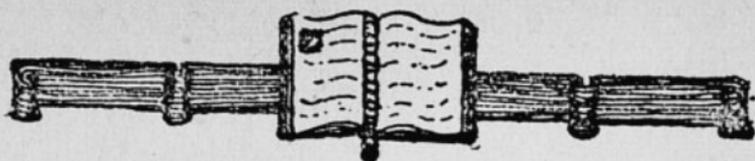
Prorrumpimos en una exclamación.

Dos conceptos, siempre en lucha, pero que acaso se completan, salieron al mismo tiempo de los labios de Guezalaga y de los míos.

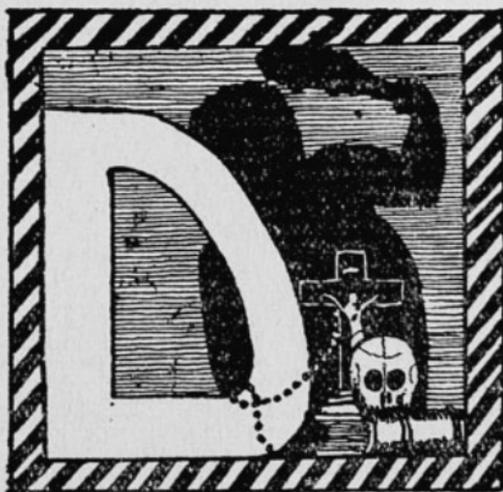
—Era un artista!

—Era un chiflado!

El epitafio del pobre de la Brocha había sido hecho en colaboración.



VII



E NUEVO
está b a m o s
en el tribu-
nal.

Dos filas
de dientes
largos, agu-
dos y bri-
llantes em-
pezaban a
destacarse
entre las

sombras.

Luego otra fila de dientes más dispare-



jos y aguzados, se delineó bajo las anteriores, formando un arco amplio y movable como la mandíbula de un rinoceronte.

¿Qué monstruo gigantesco avanzaba con paso blando y quedo hacia nosotros?

Miré anhelante a Guezalaga, ansiando hallar en sus ojos una explicación, un aliento, una esperanza...

El secretario se ocupaba en ese instante en buscar algo —talvez la lapicera,—perdida entre los revueltos papeles y mamotretos que invadían su mesa de trabajo.

Los pasos, lentos y apagados, seguían acercándose...

Ya no se veían sólo las extrañas dentaduras flotando en las tinieblas. La penumbra menos densa, comenzaba a dibujar las vagas formas de algo como un gorila colosal, con un horrible vientre de hipopótamo, balanceándose en unas piernas torcidas y nudosas como el ébano. Sólo al pasar frente a la lámpara, la luz vino a precisar los rudos rasgos del indígena, con su saliente hocico de caníbal, cuya sarta de bravos incisivos hacía digno juego con el largo collar, también de dientes, que anudado al



recio cuello, le servía, a un tiempo mismo, de amuleto y de vestido.

—¿Su nombre?—dijo Guezalaga.

—Za-Kumén — respondió con una voz gutural y agria el salvaje.

—¡Ah! la otra víctima del cocodrilo!— me dije recordando al misionero.

Guezalaga requirió la pluma y se inclinó sobre el papel.

—¿Se escribe con Z?

El hombre lo miró lleno de espanto. Parecía estar enfermo; resoplaba fuertemente; y, a ratos, se rascaba el vientre enorme y cerraba los ojos con delicia.

—Escríbalo en cualquier forma— interrumpí.

Y mientras Guezalaga anotaba con sus rasgos más artísticos Za-Kumén (con Z y K mayúsculas), sin levantar la vista de la página, interrogó maquinalmente:

—¿Su oficio?

—¿Qué es eso?...—preguntó con inquietud.

—¿En qué trabajaba? ¿en qué se ganaba Ud. la vida?

—La vida no se gana, se defiende...



Guezalaga movió de un lado a otro la cabeza, con una mezcla indecible de abatimiento y de desprecio, murmurando: —¿Cómo me hago entender de este animal? e insistió nuevamente en su pregunta.

—Bueno. Lo que yo quiero saber es qué hacía Ud. en la tierra.

—Lo que hace el hombre cuando es bueno: Me comía a los enemigos de Taká y les robaba sus mujeres, sus amuletos y sus flechas.

—¡Las tres cosas son delito!—dijo malhumorado Guezalaga.—Homicidio, raptó, hurto de especies, y para colmo, canibalismo y poligamia! ¿Oficio? Delincuente. Se vé claro. ¡Y el padre misionero que se esforzaba en presentarlo como un modelo de arrepentimiento! ¡Qué neófito ni ayunante! ¡El cocodrilo tuvo un juicio más certero...!

—¿Qué cocodrilo?—dijo Za-Kumén, sin dejar su costumbre poco urbana de rascarse la barriga.

—¡El que acaba de matarlo!

El salvaje abrió los ojos desmesuradamente.

UN MUERTO DE MAL CRITERIO

—El cocodrilo nunca me ha mordido. A mí acaba de matarme el hombre blanco.

—¿Qué hombre blanco?

—El enemigo de Taká, que daba vidrios y mojaba la cabeza en el nombre de Dios Grande.

Guezalaga y yo nos miramos espantados.

—¡Buena la hemos hecho! ¡Y hemos mandado al cielo al misionero!

—¡Pero si eso es imposible, don Marcelo! ¡Observe Ud. que el franciscano ha llegado aquí mucho antes que su víctima!

Y encarándose con el indígena, agregó:

--¡Eso es falso, de toda falsedad! El hombre blanco que Ud. dice fué juzgado hace dos horas a lo menos por este tribunal.

El salvaje prorrumpió en una horrible carcajada.

—¡No puede ser! ¡Lo traigo aquí ..!

Y se mostraba la barriga.

—¡Falso! ¡falso!—decía Guezalaga dando golpes en la mesa.

Yo me sentí anonadado.

JENARO PRIETO

—¡Que hable Za-Kumén!—logré decir por fin.

—El hombre blanco me causó la muerte...

—Bien; pero explique cómo...

—El hombre blanco me había prometido cinco cuentas muy bonitas para adornar este collar, si yo dejaba que él me mojara la cabeza en el nombre del Dios Grande... Además, si no comía en cuatro días me daba cuatro vidrios de colores... Si yo hubiera sabido que el hombre blanco era enemigo de Taká, se las habría arrebatado; pero yo no podía suponerlo: si él creía en el Dios Grande, ¿qué le costaba creer en el dios chico?

Yo tenía hambre cuando el hombre blanco me dijo que, al salir el sol, iba a echarme agua en el cabello para que yo lo acompañara a romper con mis manos a Taká que vive en una piedra alta, muy alta, en el medio de la selva...

Entonces yo pensé que, siéndolo el enemigo de Taká, yo podía arrebatárselo, sin pecar, todos los vidrios y saciar mi ham-



bre de tres días con su carne blanca y tierna.

Y no pudiendo contener más mi alegría, me bebí la calabaza de «magüé», y bailé la danza de los sacrificios.

Y en cuanto el hombre blanco se durmió, le dí un golpe de maza en la cabeza, guardé las cuentas de colores, boté las feas telas que ocultaban su piel descolorida, me harté con el festín que Taká me concedía y me dormí con el pesado y dulce sueño de la boa cuando el búfalo anida en sus entrañas.

Pero el hombre blanco era tan malo y vengativo, que empezó a arañarme el vientre y a sentarse y a ponerse de rodillas y a arrastrarse y morderme como el león, y, antes que el sol saliera, me mató...

—¡Qué animal! — exclamó horrorizado Guezalaga. ¿Vé Usía que hicimos bien enviando al cielo al misionero?

—¡Al cielo! — dijo Za-Kumén, con una mueca de burla que acentuaban los absurdos tatuajes de su rostro... — ¡Mandar al cielo a un hombre tan indigesto...! Taká que es vengativo pero justo...



—¡Aquí no hay Taká que valga! ¿Qué perjuicio le había hecho el misionero para que Ud. lo asesinara?

—¿Le parece que me ha hecho poco daño?

—Pero Ud. lo mató antes...

—¡Pero él me mató después...!

—El misionero murió cumpliendo con su religión.

—¿Y yó?—dijo extrañado Za-Kumén, y agregó refunfuñando:—El defendía su Dios Grande, yo defendía mi dios chico. ¿No es mucho más meritorio defender a los chicos que a los grandes? Si el hombre blanco se va al cielo, yo debo ir también allí. Además, si me mandan al infierno, como tengo en el vientre al hombre blanco...

Guezalaga me miró desesperado...

—¿Ha visto mayor descaró? ¡Pretende hacer presión con su canibalismo! ¡Amenaza con llevarse el cuerpo del misionero, lo mismo que le robó las mostacillas! ¡Y todavía quiere irse al cielo el muy salvaje!

Luego, enfureciéndose con el digno antropófago, añadió:

—¡Ud. es un ladrón vulgar! Podrá acaso



excusar con su ignorancia sus errores en materia religiosa; pero no podrá negar que es un ratero y un polígamo... Ud. lo confesó todo al principio...

—¿Qué quiere decir polígamo?

—Mantener, a la vez, varias esposas.

—¿Y no es mucho más gracia mantener varias mujeres que una sola?

—¡Ah! ¿Y también va a decirme que era gracia robarse los abalorios de cristal?

La indignación del secretario empujaba evidentemente la cuestión. El debate había ido descendiendo desde la antropofagia hasta las mostacillas, y creí de mi deber interponerme.

—Me parece, Guezalaga, que en el caso actual no podemos entrar a analizar los actos de este individuo con arreglo a los principios generales de moral y de derecho. El ha obrado conforme a su conciencia, sus ideales y costumbres, es decir, al igual del misionero. Por lo demás, entre ambos hombres existía una lucha bien curiosa. El franciscano quería a toda costa apoderarse del espíritu inculto y torpe del negro, con la misma ansia con que este últi-



mo se interesaba por el cuerpo sabroso y alimencio del segundo. El primero daba a cambio de la fe ingenua y pura que buscaba, algunas mostacillas materiales, y el otro sacrificaba una parte de sus burdas y estrambóticas creencias religiosas, al puro y noble ideal del arte, representado, para él, por esos vidrios de colores. Neófito y apóstol, buscando cada cual un ideal ético o artístico, regateaban entre sí, como dos simples mercaderes.

Esto nó quiere decir que, desde el punto de vista de la verdad suprema y absoluta, el misionero no estuviera en mejor pie que el indígena. Yo creo que nuestro fallo está bien dado y el franciscano merecía el cielo. Además, resultaría un poco fuerte enviar a un antropófago a la gloria; pero, de todas maneras, sería una injusticia condenarlo...

—En tal caso, la sentencia se cae de madura—murmuró Guezalaga.—Hay que buscar un intermedio. El hombre no es bautizado y, por lo tanto, su lugar está en el limbo...

—Talvez es lo más prudente...

—¡No le dé vueltas, Usía!



Y antes que me arrepintiera, el secretario con su habitual intrusidad, dijo al compareciente:

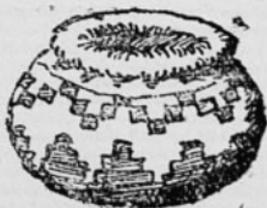
—De orden de este juzgado, se va al limbo...

—¿Qué es eso? — preguntó el indígena.

—¡Bah! Un sitio en que no se sufre, un poco obscuro, donde van los inocentes sin bautismo... ¿Le gustan a Ud. los niños? Pues, allí lo va a pasar perfectamente.

—¡Lástima de estar tan lleno!—dijo el negro mirándose el abdomen.—Pero, me gustan, ¡claro que me gustan...!

Y haciendo una mueca horrible, dió un paso atrás y se perdió en las sombras.





VIII



O; yo no debiera volver al tribunal.

C a d a juicio que tengo que fallar es una complicación, una inquietud y además...

¡la consabida discusión con Guezalaga!

No hay manera de hacerle comprender



que no estamos en la tierra y no podemos por lo tanto basar nuestras sentencias en opiniones o prejuicios mundanales. Si estamos en la eternidad parece lógico analizar primero esos conceptos, «deshumanizar» un poco nuestros juicios, trasladarnos al campo de lo absoluto y de lo eterno, hacer en una palabra, honor a nuestro papel de magistrados de ultratumba.

Pero Guezalaga no acepta este criterio y, por su gusto, se desentendería hasta del fuero interno de los reos para encuadrarlos lisa y llanamente en las disposiciones del Código Penal.

¿Podremos alguna vez estar de acuerdo?

Cada juicio es una batalla, y... ¡qué casos tan desagradables se presentan!

La última vez que entré a la audiencia, llegué un poco atrasado y Guezalaga estaba ya en funciones.

Una muchachita rubia con unos ojos verdes y rasgados, que el «rimmel» de las pestañas destacaba como dos joyas orientales, se había sentado irrespetuosamente sobre la mesa del juzgado.

Fina, elegante,—un cigarrillo ejipto en-



tre los labios pintados como un pequeño corazón,—cimbraba sus piernas como en un columpio y esparcía su risa de cristal a lo largo del recinto obscuro y torvo de la sala.

—¡Qué viejito tan rabioso y tan simpático!—decía en ese momento a Guezalaga. Quiere que le diga un nombre, le doy tres y ¡todavía no se queda satisfecho!

En ese instante me vió entrar.

—¡Qué bueno que ha llegado el señor Juez! Con él me voy a entender perfectamente... ¡Oh! Yo siempre me he avenido con los caballeros serios...! ¿Verdad, señor Juez, que Ud. va a encontrarme la razón?

Y clavó en mí una mirada entre ingenua y picaresca.

—¡Es una loca, don Marcelo! gruñó entre dientes Guezalaga.

—¿Sí? ¡Loca porque le digo la verdad...! replicó ella.

—Vamos a ver... ¿cuál es la dificultad? dije, sentándome.

—¡Nada! ¡Una simple tontería! Este señor, que parecé hartó indiscreto, quiere saber cómo me llamo. Yo le pido que pre-



cise su pregunta porque tengo, mejor dicho, tenía muchos nombres... según el día... según la hora .. En la mañana, metida en mi casita como una niña buena,—mientras pegaba un botón o arreglaba la ropa de mis hermanitas—para ellas, era «la Meche», simplemente.

A las cinco de la tarde, cuando iba a visitar a un caballero, que siempre se portó muy bien conmigo, era Olga... Mas poético ¿no es cierto?

Y algunas veces, por la noche, en casa de doña Brígida, ocultándome a las miradas de las otras niñas, llena de melindres y complicaciones, era «una señorita distinguida» que se llamaba Margot o Fanny y «epataba» con su aire aristocrático a «algún señor muy rico de provincia.»

A las dos de la mañana, a impulso de los vapores del champagne, solía saltar mi nombre como un corcho... y, entonces, me llamaba «la Aída» o «la Lulú» y bailaba y pedía ponche y quería correr en automóvil...

Así fué, el choque de ayer. A esa hora me llamaba «la Lulú». ¿Qué nombre tengo



ahora? ¡Vaya Ud. a saberlo! Nunca me bauticé para estar muerta; pero, si Ud. se empeña, me bautizo... A ver... Llámeme Dolores... Es un nombre triste, un nombre de circunstancias; me queda bien ¿verdad?

Yo la miraba estupefacto. ¡Cambiar de nombre con la hora! ¡Qué curioso! Aquella niña era una especie de reloj de sol que marcaba el tiempo aproximadamente con el simple contacto de la luz, sin mecanismo de ninguna especie... Y no tenía la mudez inerte, pétrea, de los arcaicos horologios, cuya sombra va siguiendo en el cuadrante con quedos pasos de fantasma la lenta huída del crepúsculo.

Nada de eso; con su voz musical daba su nombre como los carillones dan la hora... ¿En qué vieja chimenea había visto esa figura de biscuit, reclinada sobre la esfera del reloj, con la misma displicencia con que ahora se apoyaba en mi mesa de trabajo?

Con su eterno censurar, Guezalaga abatió el vuelo de mis divagaciones:

—¿No le decía, don Marcelo? Esta mujer no merece compasión. En su vida ha

pensado en nada serio; su única ocupación ha consistido en amar y ser amada.

—¿Yo?—dijo ella—¡yo no he querido nunca a nadie! Además—añadió con un suspiro—nadie en el mundo me ha querido...

—Y, entonces, ¿porqué llevaba esa vida—interrumpí— ¿Por qué no trabajaba en cualquier cosa: coser, escribir a máquina, emplearse, en último término, aunque ganara escasamente para costear su subsistencia?

Ella, alzó sus ojos claros e inocentes que parecían contradecir toda su historia,

—¿Y mis hermanitas?—dijo.

En sus pupilas glaucas parecía reflejarse, como en esas humildes y claras pozas que la lluvia forma en los patios olvidados, la mezquina casita de arrabal, estrecha, incómoda... Las dos niñas que volvían del colegio, con sus cuerpecillos gráciles desdibujados por el corte amplio y monjil del uniforme, y la carpeta de hule bajo el brazo, cantando alegremente, con la inocencia de los pájaros que acaban de escaparse de la jaula.



—Nó!—añadió como sí hablara para sí—
Entregados al destino, sin tener con qué
vivir, dos chiquillas, de las cuales la ma-
yor tiene quince años, correrían la misma
suerte mía... No; yo quería que, a lo menos
ellas, fueran buenas! Por lo demás yo pen-
saba, también, cambiar de vida .. Era cues-
tión de esperar sólo algunos meses. La me-
nor, se iba a recibir pronto de enfermera,
y la otra, Carmencita, estaba casi de no-
via con Artigas,... el «Chuncho Artigas»...

—¿Qué dice Ud?... —interrumpí yo con
asombro.

—!Ah! ¿Lo recuerda?—exclamó llena de
alegría.—Sí; Ud debe conocerlo... porque
él, es de una familia muy buena de San-
tiago... Sobrino de ese juez medio chiflado,
de quien talvez, Ud. ha sido amigo...

¡Caramba! Mi situación se hacía insopor-
table... Dejando aparte aquello de «chifla-
do»... era evidente que se trataba de mi
sobrino Juan Manuel.

¿En qué líos andaba ese muchacho?

¡De novio y sin un centavo!

Adopté un aire indiferente.

—Sí; le conozco un poco—dije—pero no



creo que ese joven, por su situación, por sus medios de fortuna, estuviera en condiciones de afrontar un matrimonio.

—¡Claro que nó!—repuso convencida:— En segundo año de farmacia y con un empleito miserable, el pobre Chuncho, no podría casarse todavía; pero recuerde que el muchacho tiene un tío... el tío juez que, desde hacía mucho tiempo, estaba enfermo, gravísimo y podía estirar la pata cualquier día...

Este modo indeferente, casi placentero de mirar mi enfermedad me sulfuraba.

—¡Um!—gruñí sin poderme reprimir.— ¡Valiente novio! ¿De modo que el jovencito, estaba allí esperando como un ave de rapiña que el pobre viejo falleciera para dejarse caer sobre la herencia...? ¡Cría cuervos...!

Y al decir esto no podía dejar de recordar, sin repugnancia, la figura de mi sobrino Juan Manuel con sus anteojos de Carey y sus ojos redondos de lechuza, de pie a la cabecera de mi lecho, aguardando que diera el último suspiro...

—¡Cría cuervos...! seguía repitiendo



¿Conque el gazuzo se relamía de antemano con el bocado miserable de la herencia en perspectiva?

—¡Nó!—dijo ella —él nunca hablaba de esas cosas... Por el contrario, la última noche que le ví andaba desesperado, buscando unas inyecciones de alcanfor porque el tío se moría... Pero nosotros—mejor dicho yo,—es claro que mirábamos estos asuntos con un criterio más sereno...

—¡Más sereno; ¡si, más sereno!—pensaba yo con sorda inquina—ésta llama «criterio más sereno» desearme a mí la muerte... ¡linda gracia! ¡Todos son unos canallas, incluso las hermanitas inocentes, incluso mi sobrino Juan Manuel con sus famosas inyecciones de alcanfor que bien pudo guardarse en el bolsillo! ¡Para lo mucho que han servido!

Y sin embargo, a despecho de mi justa indignación, ese detalle del alcanfor me conmovía... Al fin y al cabo era una gracia en el muchacho enamorado y loco, acordarse del tío moribundo! ¡Pobre sobrino Juan Manuel! ¡Cuántos viajes haría aquella noche de mi casa a la del médico y



de ésta a la botica tratando de salvarme la existencia... en contra de sus propios intereses! No; yo había sido injusto al tratar de canalla a mi sobrino...

—Es evidente, señor Juez,—agregaba la muchacha—que con la muerte del vejete todo quedaba subsanado. En recibiendo la herencia de su tío, Juan Manuel se casaba ¡no lo dude! porque el joven es todo un caballero y cortejaba a mi hermanita con muy buenas intenciones...

La chica, Rosarito, podía vivir con ellos... y yo... ¡yo era en todo caso lo de menos...! Una mujer perdida ¿a quién le importa?

Aquello era intolerable. Se discutía allí a mi vista la conveniencia de mi muerte: se hacían cálculos, sin consultarme, sobre la base de mi herencia; yo entraba, sin tener arte ni parte a propiciar un matrimonio, a establecer un nuevo hogar, a financiar el presupuesto de una familia para mi desconocida... ¡Un abuso! ¡Una ignominia! Y sin embargo, al propio tiempo, sentía una satisfacción vaga y extraña. Yo que nunca ayudé a nadie en mi vida, co-



menzaba a ejercitar la caridad después de muerto. Con mis bienes acumulados, peso a peso, en treinta años de carrera judicial, iba a salvar la pureza y el honor de dos mujeres. ¡Qué ironías tan absurdas tiene el tiempo!

Cuatro o cinco lustros antes, acaso habría gastado aquel dinero, en lograr precisamente lo contrario. ¡Y ahora lo invertía en defender la virtud de las doncellas! Pero. . . ¡con qué colaboradora, santo cielo! Mi socio en esa campaña «pro inocencia» había sido una mujer de vida alegre. Ahí la veía frente a mi escritorio. El oro que ella reuniera con sus locuras y deslices se juntaba alamasado con mi grave y concienzudo trabajo judicial, para ir, en un sólo block, a socorrer el pudor virginal de esas dos niñas... Nó; con divagaciones semejantes iba a acabar por perturbarme el seso.

Por fortuna intervino Guezalaga.

—Bueno;—dijo volviendo al interrogatorio el asunto de su familia es solamente una cuestión incidental. Ud. dice que el amor no era su ramo; Ud. afirma que na-



die la quería ¿y ese señor tan generoso a quien iba Ud. a ver todas las tardes?

—¡Phs! Yo era sólo para él un artículo de lujo... Entraba en el presupuesto de sus gastos entre los cigarros puros y los caballos de carrera; pero él me consideraba «economía». Creía que lo salvaba de ir al Club, de enredarse con un grupo de amigos bebedores y perder un dineral en el tapete. Era un hombre de mundo hecho y derecho. «Si has de engañarme—me decía—trata de hacerlo con los de otro círculo. Es, talvez el único caso en que prefiero entrar en sociedad con gente extraña». Bostezábamos a dúo de siete a nueve de la noche, ¡supongo que Ud. señor, confesará que esto no era un amor precisamente...!

—Pero los otros... —dijo Guezalaga— los demás admiradores que disputaban su cariño de 12 a 4 de la madrugada?

—Lo hacían por «sport» únicamente. Para ellos daba lo mismo yo o cualquiera.

Guezalaga se agitó en el sillón, con impaciencia:

—¿Y el del automóvil?

—¿Cuál?



—El de anoche; el causante de su muerte...

—¡Ese quería a otra mujer!

—¿A otra?

—Sí;—dijo ella, con un marcado dejo de amargura—a otra... a la cual me parecía... yo era un «derivativo», un artículo similar, un subterfugio... Me eligió a mí para pensar en «ella»... Sin duda debo tener cara de ingrata... Todos los hombres mal correspondidos, despreciados, que guardan en su pecho un amor sin esperanza, me encuentran parecida a sus amadas... Por eso, sólo por eso, he oído alguna vez, hablar de amor sinceramente... Mi último amigo hablaba así. ¡Yo les estoy agradecida a las ingratas! Sin la falsía y deslealtad de esa mujer de rostro igual al mío, que desdeñó a mi pobre compañero, quizás me hubiera muerto sin saber lo que era un beso de verdad... Cierto es, también, que sin el beso tampoco hubiera chocado el automóvil...

—¿Cómo es eso?

—Sí; no pude contenerme... Aquel hombre me hablaba tan sinceramente, con tal



acento de pasión, con tal ternura, que me olvidé un instante—como él, acaso, se olvidaba,—que no me hablaba a mí sino a la otra... y ¡le dí un beso, ardiente, loco...! Sentí temblar su cuerpo entre mis brazos... sus manos abandonaron el volante... y el automóvil fue a estrellarse contra un poste, atropellando a un pobre transeunte...

—¡Un asesinato!—dijo Guezalaga.

—¡Un beso!—repitió ella...

En ese instante, un andar lento e inseguro hizo crugir las tablas de la sala.

Me quedé frío de espanto.

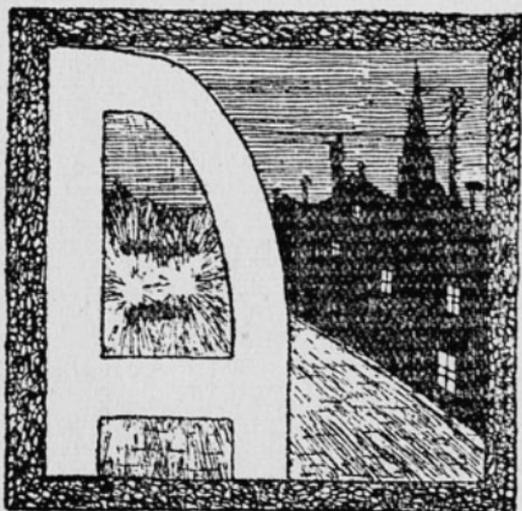
Un viejo, con la cabeza destrozada y el cuerpo enclenque envuelto en un largo gabán negro, llegaba penosamente al tribunal.

A varios metros de mi escritorio se detuvo, y se sentó tímidamente en el extremo del sofá.

Nos hallábamos en presencia de la víctima.



IX



ANTES de
con-
tinuar—
exclamé
alzando
la mano
—es pre-
ciso inte-
rogar a
ese indi-
viduo...

—Sí;

hay un

crimen de por medio—dijo con energía el
secretario—y la perpetración de ese homi-



cidio puede agravar considerablemente la responsabilidad de la culpable.

—¿Homicidio? Será un cuasi-delito...

—¡Don Marcelo! Note Ud. que ha habido imprudencia temeraria de la compaciente al dar el beso...

La muchacha lo miró llena de espanto. Guezalaga cogió la pluma y continuó, dirigiéndose a la víctima.

—Veamos como se produjo el atentado...

El viejo empezó a temblar,—la cabeza apoyada entre las manos,—sin poder articular una palabra.

Por último masculló confusamente:

—¡Esta maldita nerviosidad que a mi me mata!

—¡Cálmese! dijo Guezalaga.

—Sí, señor... sí... ¡trato de hacerlo!... Pero... ¡soy tan desgraciado!... ¡Mi hogar, mi pobre mujercita...!

—¡Ve Ud!—exclamó Guezalaga, clavando una mirada de basilisco en la muchacha—Por culpa suya un buen marido, talvez un tierno padre de familia, ha sido cobardemente asesinado, dejando, acaso, en la miseria...



—No, señor, la niña no tiene la culpa...

—¿Y quién la tiene?

El viejo se enjugó con un pañuelo los ojos y la frente y exclamó dando un sollozo:

—¡Un gramófono! ¡El culpable de mi desdicha es un gramófono...!

La muchacha prorrumpió en una carcajada.

Guezalaga la contuvo con una mirada de furor.

—Sí, señor—gimió el anciano—¡Fué algo horrible! Yo era casado sólo hace dos años con una niña parecida a ésta...

—¡Y lo engañó!—interrumpió sin poder contenerse la aludida.

—¿Lo sabe Ud? preguntó el viejo con angustia.

—No; lo supongo, simplemente... por el parecido... Todas las mujeres que se me parecen, engañan fatalmente a quien las ama... ¿No le decía, al señor Juez, hace un momento que yo debo tener cara de ingrata?

—¡Pero Ud. no está segura del engaño...!

—¡Vamos, señor! Si es una broma... un



disparate... Por favor no se aflija de ese modo!

El anciano respiró, como si lo aliviaran de una carga.

—Continúe—ordenó impaciente Guezalaga ..

—¡Ah, señor, qué desgracia más horrible...! Hace apenas cuatro días, al subir la escalera de mi casa, divisó por la ventana que da al hall, a mi mujer... ¡sí, señor Juez! a mi propia mujercita abrazada con López, mi vecino!... ¡Con estos ojos los he visto! ¡Los sigo viendo todavía... de pie, los dos, junto al gramófono...! El canalla, el miserable que iba a casa con el pretexto de enseñarle «shimy» la cogía, también, de la cintura...

Quise gritar; pero no pude... ¿Vengarme? No tenía ningún arma... y López es un hombre formidable..

—¿Y qué hizo Ud?

—Llamé al guardián y denuncié al malvado... por ladrón...; sí; por ladrón ¿no me estaba robando acaso mi honra?... ¡Qué insensato fuí Dios mío! Al llegar con el policial, mi mujer se echó a reír a carca-



jadas... —«¿Estás loco?—me dijo muy tranquila.—Este señor me está enseñando baile...!» ¡Baile sin música—exclamé indignado.—Eso es solo un abrazo y una infamia! —«¡Pero hijo—si tan solo en este instante se le cortó la cuerda a la vitrola!» El vigilante inspeccionó el gramófono. ¡La cuerda estaba cortada en realidad! y comprobada la verdad del hecho, se retiró pidiéndoles excusas, sin hacerme el menor caso... Pero, junto con salir, mi mujer se echó a llorar, acusándome de haberla deshonrado, y López me amenazó con matarme a puntapiés donde me hallara...

—¿Y Ud?

—Yo huí de mi casa para siempre... ¿Cómo volver si ignoraba si en el momento mismo en que llegué, el gramófono estaba bueno o malo, si había música o silencio, si aquella terrible escena, había sido un baile o un abrazo, un fin de Shimy o un principio de adulterio...? ¿Cómo volver si no sabía si mi mujer era una buena esposa y una mala bailarina o vice versa?

—Ud. hizo bien. «En caso de duda absente» dijo Guezalaga.



—Sí, señor... También yo lo pensé así— asintió el viejo humildemente.—Pero; qué horrible cambio en mi existencia! ¡Abandonado, solo, sin hogar, amenazado de muerte por un hombre, con la obsesión de la mujer que había perdido para siempre...! ¡Ah!... lo que yo he hecho desde entonces nadie podría imaginarlo...!

—¡Bah!—interrumpió sonriendo la muchacha—se entregaría Ud. a la vida alegre... buscaría a alguna niña parecida a su señora... ¡Qué lástima que me encontrara Ud. tan a destiempo!

— ¡Basta!—gritó Guezalaga, golpeando con impaciencia el escritorio.—¡Al tribunal nada le importan sus romanticismos! Y Ud .. so... señorita... que mató a este pobre hombre ¡más respeto! ¡A ver!—agregó arreglando los papeles—Conteste Ud. señor, en dos palabras: ¿cómo se produjo el crimen? ¿Qué hacía un hombre, viejo como Ud., a las tres de la mañana, cuando lo atropelló esta desgraciada...?

—¿Yo, señor?... yo .. iba a suicidarme...!

—¿A suicidarse? ¡Ud!! ..¿Por qué?



—¡Por timidez...! dijo el vejete sollozando... Mi vida era un constante sobresalto... López había jurado asesinarme...

—¡Animal!—gruñó con voz sorda Guezalaga... ¡Suicidarse de miedo a que lo maten!

La muchacha dió un salto de alegría.

—¿Ve Ud. que yo no le hice ningún daño?

El secretario estaba anonadado; todos guardabamos silencio y en el largo tribunal no se escuchaba sino el asmático resoplar de los mecheros cuyas luces crepitaban como una vela próxima a extinguirse ..

Por fin Guezalaga se incorporó un poco en la silla, y pasándose la mano por la frente, suspiró:

—¡Hay que hacer justicia...!

—Sí...—dije—pero ¿por dónde comenzamos?...

—Por la muchacha, dijo Guezalaga... por el beso que ha ocasionado el accidente...

—¿El beso?... Pero aquí en la eternidad, para dos cadáveres como nosotros, el beso es algo que carece de sentido... ¡Ah! No caigamos en las absurdas sutilezas de la



justicia terrenal! Ud. acaba de escuchar a este señor el grave caso del gramófono.... o, mejor dicho, del abrazo... ¡Oh, la justicia de los hombres! ¿Quién distingue, mediante ella, un acto bueno de uno malo? Un detalle material, algunas notas musicales, bastan para cambiar la faz de un hecho. Un abrazo con música es un baile, acto inocente, lícito e higiénico que puede contemplar cualquier marido... sin música, el mismo abrazo es una acción villana y detestable, una ofensa, una deshonra que autoriza hasta un disparo con la anuencia del Código Penal!

Y aquí en la eternidad en que no pesan ni se cuentan las circunstancias materiales ¿podemos pronunciarlos sobre los abrazos? ¿No los confundiremos con los bailes? Y los besos... ¡qué decir de los besos, Guezalaga! Estúpidos formulismos de cariño, que puede o no ser verdadero, convencional contacto de dos labios, inofensivo roce de epidermis, no tienen más valor inmaterial que el que les da el amor que representan! Para nosotros, jueces inmortales que prescindimos de la ruin materia, ¿no es igual-



mente deleznable el choque de dos bocas o dos manos? ¿Cómo hacer diferencias sustanciales entre labios que se juntan con cariño o manos que se estrechan con afecto? ¿Cómo distinguir entónces un beso de un saludo? ¿O quiere Ud. Guezalaga que dividamos a los humanos por secciones, como en una lección de cirugía, y luego hagamos un escalafón de trozos anatómicos para precisar el orden de gravedad de los contactos?

—No es necesario—dijo el secretario— para la clasificación basta y sobra con observar las consecuencias...

—Las consecuencias no dependen de la mera voluntad de los humanos... En ocasiones el simple roce de dos manos, ponga el caso de un enfermo de alfombrilla— puede tener efectos más terribles que un beso apasionado.

—¡Bravo!—exclamó la muchacha sin poderse contener.

—¡Qué teorías, don Marcelo! refunfuñó, molesto, Guezalaga... ¡Siquiera mirara Ud. las intenciones!

—Por supuesto! Hay que considerar las



intenciones .. pero hasta cierto punto solamente. ¿Confesará Ud. que esta señorita no tenía el propósito más leve de atropellar al caballero? Y sin embargo... ya ve, lo que ha pasado... El, en cambio, quería suicidarse y tampoco pudo dar cima a su propósito... Ahora, prescindiendo de las intenciones—que por parte de la niña no eran criminales—para mirar su otro criterio de verdad: «las consecuencias», no me negará Ud. que la compareciente ha realizado una acción buena. Sin caer ella en falta alguna, puesto que el atropello fué casual, ha salvado a este señor de cometer un acto delictuoso, como era el atentar contra su vida...

La muchacha pareció darme las gracias con una larga y lánguida mirada de ternura. ¡Que simpática mujer! Realmente, si su hermanita se le parecía, estaba por hallar razón a mi sobrino Juan Manuel!

—¡Me encanta el señor Juez!... ¡Él si que sabe comprenderme!—dijo.

—¡Comprenderla!... Sí!... ¡Lo mismo que el melenudo de la Brocha!—murmuró irónicamente Guezalaga.—Bueno... bueno, don



Marcelo; dejemos de lado el beso y el atropello y el asesinato cometidos por esta cándida paloma... Siempre hay una enorme partida en contra suya: La vida que llevaba...

—Pero ¿no vamos a juzgarla siguiendo el método de «las intenciones»? Porque, según esa teoría suya, la muchacha al entregarse a semejante vida, por salvar el honor de sus hermanas, hacía un acto casi meritorio...

—El fin no justifica los medios—observó secamente el secretario.

Los ojos de la muchacha me miraban con angustia, como buscando amparo en mí. ¡Qué ojos más bellos y hechiceros!—Yo no debo estar bien muerto—pensaba al contemplarla—porque encuentro a esta mujer encantadora! No sé si era ese sentimiento puramente terrenal el que me hacía defenderla a toda costa.

Guezalaga debió notarlo porque dijo:

—Usía es Juez... y, sin embargo, su lenguaje parece de abogado.

—¡Y el suyo de acusador!—pensé decirle; pero una extraña turbación me hizo



bajar la voz al tono impropio de una confianza:

—Es el caso, Guezalaga—observé con timidez—que no soy, en este asunto, tan imparcial como querría... La hermana de la señorita parece estar de novia con un sobrino mío... Mi propia herencia, talvez sirve en este instante para costear el matrimonio... Por otra parte yo he sido, hasta cierto punto, cómplice o por lo menos asociado de la compareciente. Entre ambos cooperamos a salvar dos pobres niñas... Ella, con el producto de las juergas; yo, con el de las sentencias. Su dinero era, por cierto, peor ganado; pero, en cambio, ella les dió el dinero en vida... Yo, sólo después de muerto... Ella, voluntariamente y yo forzado por la guadaña de la intrusa... Parece que los dos estamos en igual caso ¿no lo cree?

Guezalaga asintió con displicencia.

—Sin embargo—continué— a ella la quiere enviar Ud. al infierno, y yo, en cambio me encuentro en este sitio que no sé si es el purgatorio o es el limbo...

—Las dos cosas!—dijo mal humorado



Guezalaga. Desde que comenzó esta discusión—perdone la franqueza, don Marcelo—creo que Ud. está en el limbo y yo en el purgatorio...

—Entonces...

—¡Sea! ¿Qué más vamos a hablar? El viejo al Infierno, por suicida... y la muchacha... al Purgatorio!

—¡Piedad! gritó horrorizado el individuo.

—¡No hay piedad que valga! Ud. tenía la intención de suicidarse y si no lo atropellan... se despacha!

—Guezalaga, eso es absurdo!—me interpusé.—Ese hombre no se habría suicidado... ¡No se suicida aunque lo maten!... Tenía miedo de que lo mataran ¿se iba a atrever a hacerlo por su cuenta?

—Al limbo, entonces; por bendito!

El viejo permaneció como alelado. En seguida se dejó caer en el sofá y hundiendo la cabeza entre las manos se puso a sollozar como un chiquillo. La muchacha se le acercó maternalmente.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué llora?

—¡Yo encerrado en el limbo para siem-



pre... y mi mujer abrazándose con López!

—Pero señor... ¡Cálmese un poco! Ese López ¿era rubio, alto, delgado?

—¡Sí, señorita... sí... el infame!...

—Y se llamaba Eduardo ¿no es verdad?

—¡Dios mío! ¿Ud. le conoce?

—¡Esté tranquilo! Su mujer no le era infiel!... ¡De López no hizo nunca el menor caso! El lo mató a Ud. por equivocación...

—Pero ¿cómo lo sabe? ¿Cómo? Explíquese.

—¡Bah! Si era mi compañero de automóvil... Me buscó a mí por acordarse de ella... y no hizo sino hablarme de «la ingrata»!

El viejo quiso estrecharla entre sus brazos.

—¡Basta de charlas!—dijo Guezalaga—
¿No han oído la sentencia?

El hombre huyó despavorido. La joven volvió hacia mí sus ojos claros en que brillaba una indecible mezcla de ingenuidad y coquetería.

—¿De veras, señor Juez, que va a mandarme al purgatorio? ¡No sea malo! ¡Envíeme Ud. al cielo!



Yo vacilé un instante.

—¡Es imposible!

—¿No quiere darme el Cielo? ¡Uf! ¡Qué tacaño...!

Sacó un pequeño espejo de su maletín y comenzó a alejarse lentamente, mientras, con ademanes de gatita, corregía el sutil arco de sus cejas.

—¡Despáchese!—clamó fuera de tino el secretario.

Ella se volvió de pronto y su mano, emergiendo de las sombras como una orquídea de afilados pétalos, se crispó en un gesto indigno del decoro debido al tribunal.

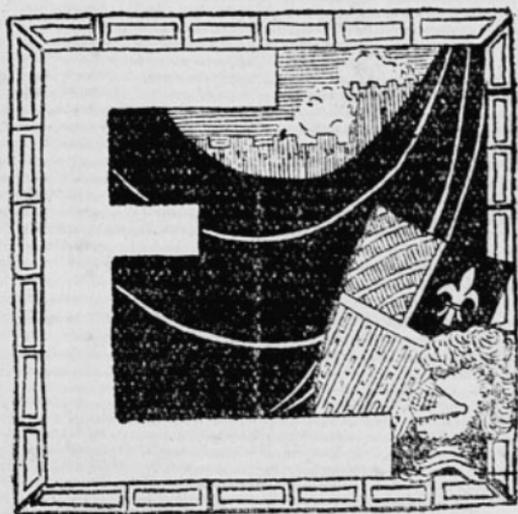
—¡Grosera! ¡Desvergonzada!—gritó furioso Guezalaga.

Era tarde. La aludida se había ya esfumado en las tinieblas.





X



RA una
sombra
torva e
impo-
nente, la
que aho-
ra llega-
ba al Tri-
bunal.

Entró
con aire
de perdo-
navidas y

frente a mi escritorio se cuadró con formi-
dable ruido de tacones.



—Comandante Achurra — dijo presentándose.

Y mientras Guezalaga anotaba con su cachaza acostumbrada—«Achurra, de profesión militar», éste agregó:

—Despachémonos pronto, señor Juez; que quiero hacerle un denuncia.

—¿Estado? preguntó Guezalaga.

—¿Estado? Estado normal—dijo el Comandante, atuzándose el bigote. — Cinco guindados y seis copas de coñac.

—Estado de ebriedad, querrá decir.

—Ponga normal y déjese de argucias y tinterilladas.

—Ud. es el que complica las cuestiones. Yo le pregunto su estado civil, ¿es casado o soltero?

—Eso depende. En la casa soy casado y fuera de ella soltero. ¿Qué le importa a Ud. todo eso?

—El juzgado necesita saber si Ud. ha cumplido sus deberes.

—¿Mis deberes? Vea Ud. mi hoja de servicio: Tres ascensos y dos revoluciones. Yo no soy de esos imbéciles que han conquistado sus galones, paso a paso, a fuerza de



estudio y de trabajo... He sido militar de nacimiento.

—¿De nacimiento?

—Sí señor. No tenía cuatro meses cuando me caí de la cuna y me abollé la cabeza. Ni chisté. —¡«Está aturdido»!,—gritó mi pobre madre.—¡«El chiquillo no llora de valiente»!, dijo mi padre satisfecho. Hay que dejarlo para militar»!

Entré al colegio y ¡palabra! no abrí jamás un libro. Mi madre lloraba a lágrima viva.—¡«Mejor!»—decía mi padre,—como no lo queremos para fraile»!

Llegué al ejército: Nadie se afirmaba mejor que yo en la montura. Cuando evolucionaba parecía que formaba un solo ser con el caballo y... en las discusiones también... Un día, tomando copas con unos cuantos compañeros, tuvimos la buena idea de echar abajo el gobierno. Ascendimos un grado. Llamé a un curcuncho que había sido diputado y le pedí que me ayudara a redactar un manifiesto «sobre las finalidades del movimiento militar». Me ascendieron otro grado. Hice otra revolución y ascendí a teniente coronel. Poquitos eran los



que me ganaban a hablar de «la cristalización de los solemnes postulados involucrados en el manifiesto del 4 de Febrero.»

Iba a hacer otro movimiento militar para ascender a coronel, cuando anoche al pasar frente al Bar «La Mona Alegre», me entró el remordimiento de haberme portado mal con el coñac. Me había tomado sólo cuatro copas y en cambio, llevaba cinco de guindado. El coñac iba perdiendo... y ¿por qué? Por culpa mía. Yo soy hombre de conciencia, y entré al punto a la cantina.

No se veía un sólo parroquiano y... ¡qué bonita la chiquilla que había en el mesón!

—Aquí vengo, señorita, a reparar una injusticia. Deme una copa de coñac... Es decir, deme dos copas... porque supongo que Ud., mi linda, me acompañará...

Ella empezó a dar vueltas al delantal entre las manos...

—Ayl... es tan fuerte el coñac... me va a hacer daño...!

Y miraba con ojos asustados hacia la puertecita del rincón.

—¡Guindado entonces! Pero sírvame siempre los dos tragos... porque si no, de-



rrotan al coñac! ¿Vé pues? Con el guindado se ha llegado a poner coloradita... ¿Qué le apuesto a que los labios le han quedado como miel? ¿A ver? Le apuesto una botella de guindado... ¡nó caramba! de anisete para no dar ventaja a nadie, ¿nó se anima? ¡Sí yo la voy a pagar de todos modos! ¡Empiece a servir el trago...!

Ella, servía toda temblorosa mirando a cada instante hácia la puerta.

—Acerque esa cara de angel, que esta copa se la quiero echar yo mismo a la boquita...

—¡Déjese, señor, le digo!... Si no quiero!

—¿No quiero? ¡Eso no se le dice a un militar! — y la tomé de un brazo por la fuerza.

—¡Rudecindo! gritó la muy idiota, y un soldado del Pudeto salió de la portezuela y sin cuadrarse, ni tan siquiera pedirme «permiso para hablar», faltando a la disciplina como el último recluta, quiso quitarme la chiquilla.

Yo eché mano al sable y él a una botella... pero, como éstas no se desenvainan, me tomó la delantera y me partió la cabe-



za... Ese es el denunciado que quería hacer a US. Yo he sido asesinado.

—¡Claro está! dijo impaciente Guezalaga. El comandante ha sido víctima de un homicidio. ¿Y el soldado?

—¡Tampoco escapó! En la Asistencia Pública, entre boqueada y boqueada, alcancé a oír que el Consejo de Guerra iba a juzgarlo...

—Hay circunstancias atenuantes—observé.

—¡Pamplinas! En la Ordenanza todo se pena con la muerte, a excepción de no ir al rancho... ¡Lo fusilan como que dos y dos son cuatro!

—Bien hecho—dijo Guezalaga frotándose las manos. De aquí lo mandaremos al infierno... En cuanto a Ud. yo creo que, por borracho y seductor, se tendrá que ir también allá. Le conviene para el efecto de que tome la revancha por su mano...

—¡Pero Guezalaga!—dije interrumpiéndolo—Ud. quiere juzgar a un militar como juzgaría a un ciudadano cualquiera.

—¿No són gente?

—Sí... ¡por cierto! desde el punto de



vista fisiológico no hay diferencias especiales; pero... aquí, en la eternidad, debemos atender a las finalidades de cada individuo... Debemos ver si ha cumplido o no en la vida con el objeto para el cual estaba destinado, y, ¿qué cosa es un militar? Un militar es un sujeto, que crían y engordan los gobiernos solamente con dos fines: Para que mate a otros soldados, o para ser muertos por ellos. El comandante ha caído combatiendo con otro de su misma especie: ha cumplido ampliamente su misión, por lo tanto merece premio y no castigo...

—¡Ahí viene el asesino!—dijo Guezalaga.

El soldado llegaba en ese momento al tribunal y se cuadró militarmente a algunos pasos de su superior que lo miraba lívido de inquina.

—Puede hablar,—le dije.

—Estaba anoche en la trastienda del bar «La Mona Alegre», donde tengo una amistad...

—Todo eso ya lo sabe el señor Juez—interrumpió el secretario. Concrétese a su defensa ¿por qué mató al señor Achurra?



—¡Si yo ni supe, señor! Mi comandante quiso abrazar a la chiquilla; yo le dije «que no aguantaba planes»; él que desenvaina el sable y yo que le descargo el botellazo!

—¡Un asesinato! — exclamó Guezalaga.

—No se fije en eso, dijo el comandante. La falta de disciplina es lo más grave! No se cuadró, ni me pidió permiso, ni respetó el conducto regular. Yo no soy jefe inmediato del soldado; si él quería pegarme el botellazo debía habérselo dado primero al cabo de su escuadra y después al teniente de su compañía, y en seguida al capitán y luego al Mayor Jiménez, antes de presentarse al Comandante... ¡No ha seguido el conducto regular! ¡Ha atropellado toda disciplina!

—¡Qué disciplina!—replicó el soldado.—
¡En una cantina y fuera del servicio!

—Entonces ¿porque estoy bebiendo un trago dejo de ser su comandante?

—Bien; el asunto de la disciplina—dije yo, cortando el diálogo—es una cuestión de carácter meramente terrenal de la cual en la eternidad no podemos preocuparnos. El Comandante ha cumplido plenamente el



objetivo de su profesión dejándose matar por un soldado. En cuanto a éste último, también ha cumplido su finalidad, matando al Comandante. Ambos, previo un paseo por el purgatorio, deben ir juntos al Cielo...

—Pero Usía—clamó desesperado Guezalaga—¡el soldado ha cometido un homicidio! Su teoría de que los militares son criados por los Gobiernos sólo para dar muerte o recibirla combatiendo con otros de su especie, podrá ser muy verdadera, pero no viene a cuento en este asunto. Aquí no ha habido combate, sino una riña de cantina; el Comandante y el soldado son de una misma nacionalidad, y no es posible confundir una batalla con una lucha entre dos hombres.

—Veo que Ud. Guezalaga, no puede penetrarse todavía de que está en la eternidad. Ud., en contra de mi tesis, aduce circunstancias materiales, que no la debilitan lo más mínimo. Que dos soldados combatan en un bar o en una línea de trincheras, en un fuerte o en el techo de una casa, son cuestiones que no quitan al encuentro, su ca-



rácter de batalla. Esta puede desarrollarse en cualquier parte y su esencia no depende del sitio en que se efectúa. ¿Que son dos los que pelean? ¡Y qué importa! Estos ataques aislados son los que constituyen los combates. Si cada hombre de la tropa, por el hecho de ser uno, se negara a matar a otro soldado, no existirían las batallas. ¿Que en este caso los beligerantes son de la misma nacionalidad? ¡Eso no quiere decir nada! En toda guerra civil pasa lo mismo. ¡Y va a decir Ud. que los que en ella luchan, no pueden considerarse combatientes?

Guezalaga se rascaba la cabeza.

—¡Ya empieza Usía a complicar las cosas!

—No, Guezalaga, las preciso. Cuando dos soldados combaten frente a frente, el triunfo o la derrota no deshonra, envilece ni rebaja a ninguno de los dos. Cualquiera que sea el éxito son igualmente dignos de respeto. Tan sólo cuando atacan a los ciudadanos de carácter civil que los mantienen con su trabajo y sus contribuciones, faltan abiertamente a su deber porque no han si-



do creados para eso. Ni el Comandante Achurra ni el soldado se hallan afortunadamente en este evento y el tribunal acepta su conducta...

—¡Gracias, señor!—dijeron a una voz los comparecientes.

—Si hay un punto que me ofrece alguna duda—continuó—es el del Consejo de Guerra, que ha fusilado a este hombre injustamente ya que había llenado su misión... ¿De quiénes se compone ese Consejo?...

—De generales—dijo el Comandante.

—Ah! Entonces todo está perfectamente... Son militares que han muerto a un soldado. Han respondido a su objeto. ¡Han cumplido su deber!

Los comparecientes dieron media vuelta y se alejaron con pasos uniformes y seguros.

Guezalaga se desplomó agobiado en su sillón, sacó el pañuelo y se enjugó la frente, murmurando:

—¡Salomón nos perdone! ¡Qué sentencial!



XI



IN duda alguna, la pareja que entraba en ese momento habría estado más a tono bajo el tupido follaje, en alguna

avenida solitaria del Parque Forestal. En la decoración adusta y tétrica de la sala de



audiencias, aquella mujercita rubia y sana, de nariz respingona y boca de granada, que se aferraba al brazo de su compañero de aire romántico y cansado, desentonaba horriblemente.

—¡Habla tú! dijo ella.

—A nosotros, señor juez, nos mató esta mañana, el «omnisaurio.»

—¿Cómo? interrogué yo, sorprendido, ¿son Uds. del período secundario... porque entiendo que ese bicho será contemporáneo de los grandes saurios?

—¡Explícale, Fernando, por favor, como es el animal de mi marido...!

—¿Los mató, entonces, el marido? pregunté.

—¡Qué disparate he dicho! exclamó ella riendo a carcajadas.

—¡Para mí que sí! —dijo él con tono irónico.—Unicamente que lo que Lucía llama ahora, con relativa propiedad, el animal de su marido, no es D. Rufino Morales, sino otro ser prehistórico distinto, que tiene dientes en lugar de cuernos y que se llama el «omnisaurio»...



—¡Fernando! ¿Por qué te burlas de Rufino?

—¡Ah! Voy a rectificar. El omnisaurio se asemeja, en cierto modo, a D. Rufino... Es un conjunto de huesos, se afirma en los dos cuartos posteriores y usa una cola interminable lo mismo que si anduviera con chaquet... ¿Estás contenta de la descripción?

Luego volviéndose hacia mí agregó:

—Contra lo que Lucía, «quiere creer», yo estoy seguro, segurísimo de que nos mató el marido...

Nosotros nos amábamos...

—Hazme el favor de hablar en singular...

—¡Lucía!

—¿A qué seguirnos engañando? Tu sólo has sido para mí un amigo... ¡Yo no he querido más que a mi marido! Lo veía abandonado, triste, pobre, hundido en el estudio de su ciencia, sin reparar casi en mí, escribiendo siempre un libro con la esperanza loca de una fama... que sólo tú podías darle. Yo quería mantener tu cariño, no por mí, sino por él. Entre él y tú,



mi marido no era, por cierto, el engañado .. ¡Ah, cuánto he sufrido cuando te burlabas de «la distracción científica» que le impedía ver «nuestros amores!» Yo te daba mi cuerpo... pero mis ilusiones, mis ensueños, mi amor, mi alma—todo lo que en mí valía—no fueron nunca tuyos, sino de él...

—Yo, en cambio, dijo Fernando con tristeza, por tu cuerpo, he dado mis creencias, mis ideas, mi honor... es decir... ¡mi espíritu! No creía en el saber de tu marido y hablaba de él como de un sabio; me reía de sus libros y llegaba hasta los diarios con artículos llenos de alabanzas; hallaba estúpido al Ministro de Instrucción y aplaudía sus más patentes necedades, a trueque de convencerlo de que don Rufino era una eminencia en Paleontología y debía otorgársele una cátedra, y fijársele una renta vitalicia, y concedérsele una condecoración.

Así, se obtuvo la pensión; así, la medalla al mérito; así esa clase de Paleontología, que durante varios años ha envenena-



do los cerebros jóvenes con las tesis más absurdas y estrambóticas.

Como Fausto, he vendido yo mi espíritu por un poco de amor y juventud... ¡He dado un alma por un cuerpo!

—¡Y yo un cuerpo por un alma! respondió ella bajando la cabeza.

Yo miraba aquellos seres, separados en su idilio terrenal por la adusta franqueza de la muerte, y no podía menos de acordarme del juicio del misionero y del salvaje, en que ambos, persiguiendo para sí un ideal ético o artístico, regateaban como simples mercaderes un beaftek de carne humana o algunas mostacillas de colores.

Y a través del diálogo de los que en vida pasaron como amantes y que ahora discutían en el tono positivista y rudo del comercio, iba penetrándome de la comedia que la muerte había convertido en drama.

Las citas de seis a ocho en la casita de la calle del Rosal; la pieza a media luz; el diván ancho, cubierto de obscuras telas araucanas... Una «bergére» junto a una mesa china; un grabado antiguo: «Venus y las ninfas», al lado de un alfanje damas-



quino, destacándose como una luna nueva entre los complicados arabescos de un chal de cachemira. Sobre una vieja cajuela, una botella, un plato con galletas y una pequeña estatua de marfil. Arte y desorden... Las chinelas, caídas al azar sobre un tapiz azul turquí, semejaban pequeños juncos chinos, bogando a impulsos de la tempestad. En la «bergére» de terciopelo negro se desmayaba la bata color malva... Al fondo la cortina descorrida dejaba ver la pieza de toilette.

Palabras a media voz, besos, caricias, risas y lágrimas histéricas... Después la puerta que se entreabre para espiar si la calle está desierta.

—¡Ahora! ¡Sal. No viene nadie!

Un beso... y luego a la casa.

¡A la casa triste y fría como un museo abandonado!

Ya en el pasillo de la entrada, junto a una mesita con una planta enclenque y amarilla, se tropezaba con un trozo de colmillo de mamut, tosco e informe como una piedra de esquina.

Abstraído en la lectura de sus libros, don



Rufino ignoraba su llegada. Al saludo cariñoso de Lucía, acompañado de un tirón de orejas o de unas palmaditas en la calva, respondía maquinalmente: ¡Buenas tardes! y volvía a enfrascarse en sus estudios.

El «omnisaurio» le tenía preocupado. Cada día encontraba un nuevo hueso que añadir a su extraña arquitectura.

La mezquina herencia que recibiera de sus padres la había derrochado íntegramente en descubrir y comprar vértebras y bacinetes, fémures y maxilares de especies prediluvianas.

Luego echó sobre sus hombros, agobiados por el largo trabajo de la clasificación, la reconstrucción en yeso de los trozos de osamenta que faltaban. Durante meses y meses la casa fué un taller que elaboraba sin descanso flamantes huesos de ictiosaurio, dentaduras postizas de megalosauro, y astas de repuestos para el triceratops.

Mas, cuando quiso poner en orden esos huesos, antiguos y modernos, petrificados y hechos en la casa, tropezó con una atroz dificultad. Combinado el osario en cierta



forma, le daba un ictiosaurio, dos diplo-docus y un cerafosauo y le sobraban treinta y cinco huesos. Combinados en una nueva forma, le resultaba un plesiosaurio y medio, un triceratops y un estegosauo; pero le quedaban faltando quince huesos, fuera del otro medio plesiosaurio.

Cerca de un año completo don Rufino de cabeza sobre los restos fósiles que inundaban el hogar desde el portal a la cocina, estudió fórmulas y combinaciones como ante un juego chino irresoluble. ¡Para peor! A principios de Febrero, resolvió corregir algunos huesos, cortándoles ciertos trozos a cincel y supliéndolos con yeso en mejor forma. ¡El resultado fué aún más desastroso! Junto con varios saurios estrambóticos le resultó un mastodonte, sin cola y sin colmillos; pero ¡era un mastodonte! Del orden de los reptiles, ascendía sin quererlo a los mamíferos!

Don Rufino pasó seis días como loco. Injuriaba a su mujer y pateaba las osamentas que encontraba en su camino. Una mañana se rompió una pierna en una lu-



cha primitiva a puntapiés con la mandíbula de un ictiosaurio. Tuvo que guardar cama una semana.

Durante todos esos días Lucía no se movió de la cabecera de su lecho.

Parecía que los desdenes del marido no hacían sino aumentar la amorosa admiración que le tenía. Ni siquiera salió a las seis de la tarde «a hacer sus compras», como era siempre su costumbre.

Don Rufino, con la pierna entablillada se revolvía a veces como un energúmeno, injuriando a toda la fauna mesozoica o hundía la cabeza entre las sábanas y lloraba horas enteras como un niño. Una noche quiso romperse el yeso de la pierna gritando que esa canilla no era suya, sino la pata de un iguanodón recién nacido.

Después dijo que se estaba fosilizando por los pies y cayó en un letargo aún más horrible.

Por fin, una mañana don Rufino se dejó caer del lecho y cojeando llegó hasta el escritorio.



En sus pupilas destellaba el triunfo. Una idea luminosa había surgido, como un arco iris, en la recia tormenta del cerebro.

¿Por qué todos esos huesos no podían ser parte de un solo monstruo colosal que resumiera a los iguanadones, a los plesiosaurios, a los diplodocus y a todos sus coetáneos de la época jurásica? ¿Qué podía impedir que hubiera un monstruo que compendiará en sí todo un período? ¿No habían ya los geólogos creado cientos de formas diferentes? ¿Por qué no iba a estar reservada a él la gloria de crear al omnisaurio?

¡Cómo iba a facilitarse la enseñanza!

En vez de llenar la débil cabeza de los niños con listas interminables de nombres indigestos, con grotescas descripciones de animales increíbles, se les enseñaría un solo nombre: «el omnisaurio», único representante autorizado y verdadero de toda una edad geológica..

Claro es que esto de reducir todos los saurios a uno solo era un hipótesis que era



preciso demostrar... pero ¿estaba más probada por ventura la teoría de la evolución? ¡Y se enseñaba sin embargo en las escuelas!

Dentro de poco todos los colegios habrían acatado su teoría, no ya sobre la comunidad de origen, sino de huesos de los saurios...

—¡Qué Darwin ni qué Lamarck! se decía, encantado don Rufino. ¡Mañana, empiezo mi obra gigantesca, probando la verdad irredargüible de mi hipótesis que habrá de revolucionar todas las ciencias!

¡Por ahora hay que construir el animal!

—¡Lucía! ¡Oye, Lucía!

Ella llegó alarmada al escritorio...

—¡Atiende, pues! Hoy a las seis cuando salgas a tus compras no dejes de dar orden en la mercería para que manden cuatro rollos más de alambre y un nuevo barril de yeso. ¡Sin alambre y sin yeso no hay verdadera Paleontología! ¡Y, ahora vamos al «hall» para empezar a armar el omnisaurio!

—¡Pero hijo! Con esa pierna entablillada...



—Me siento mejor que nunca.

Desde ese día en la pequeña casa de don Rufino Morales, comenzó a alzarse lentamente, como en el fondo de los mares una isla de madréporas, una inmensa construcción de huesos fósiles y yeso, armados sobre puntales de madera, alambre y cola al por mayor.

Cada mañana, nuevos trozos de osamenta se yuxtaponían a los anteriores, y el animal crecía algunos centímetros.

A mediados de Diciembre el omnisaurio comenzó a tocar al techo. El hall se hacía insuficiente para contenerlo. Fué preciso romper el envigado y sacar las tejas para darle espacio.

El 3 de Marzo ¡día inolvidable! el omnisaurio asomó su largo cuello sobre el tejado de la casa, recibió el beso del sol sobre su cráneo milenario, y contempló con una mueca irónica la callejuela, el barrio, la ciudad...

Don Rufino escribía, en tanto, su obra gigantesca: «La unidad ósea de las especies secundarias».

La lectura íntima de su primer capítulo



—que hizo Fernando al Ministro de Instrucción—le valió un puesto de «Inspector de fosiles» con asistencia de una vez al mes al Museo Nacional y una renta vitalicia con cargo al ítem de «imprevistos» para continuar sus investigaciones.

Con la rotura del tejado, en el invierno la casita se llovía de un modo lamentable; para salvar el sofá y las cuatro sillas que formaban el amoblado del «hall» fué necesario amontonarlas bajo las costillas del monstruo prehistórico y cubrir a éste con un enorme trozo de linoleum a guisa de capa de agua.

El omnisaurio, recordando acaso sus años del diluvio, sonreía satisfecho ante la lluvia, con la actitud despreciativa de un bombero ante el pequeño chorro de una geringa de inyecciones.

También don Rufino Morales, contemplándolo con aire paternal, sonría en medio de los chaparrones que inundaban de cuando en cuando su morada.

No le faltaban sin embargo las preocupaciones.

Casi no pasaba mes, en que alguno de



sus agentes repartidos desde Colombia al Cabo de Hornos, no le enviara alguna osamenta fósil a la cual era preciso buscar colocación en el cuerpo acogedor y comprensivo del monstruoso bicho.

¡Y el omnisaurio ya no daba más! Tenía una cola inmensa con huesos de siete clases diferentes, tres dentaduras de repuesto, cuatro crestas y un tórax suplementario para evitar el derrumbe de su lomo formado por tres capas de costillas superpuestas. Hasta en la cavidad del ojo pineal, don Rufino le había puesto un incisivo amenazante y punteagudo como un cuerno.

Y seguían llegando las ofertas de hallazgos prehistóricos cada vez más tentadoras y apremiantes.

«Acabamos descubrir inmediaciones de Caldera,—decía uno de aquellos telegramas—occipucio animal raro, sin cóndilos. Véngase inmediatamente.—Salvatierra».

Salvatierra era un primo de Fernando, que abandonó la medicina al tercer año de estudio por incompatibilidad de caracteres. ¡Cuando él, tan indiferente a las cuestiones



científicas, se preocupaba del hallazgo, tenía que ser algo muy notable!

Don Rufino anunció viaje inmediato; arregló su maleta, en proporción de una camisa por cada cinco instrumentos y dos libros; subió un momento al dormitorio, dió unas vueltas por el «hall», miró por última vez al omnisaurio y partió sin despedirse.

Cinco minutos después de su partida Fernando entraba a la casa y se abrazaba con Lucía en el sofá del «hall» bajo los amplios costillares del gigante, con su negra capa de agua, encubridora y complaciente como un guardián de turno.

Apoyado en la contera de yeso de su cola, vertebrada y elegante cual una caña de bambú, el «omnisaurio» se erguía sobre sus patas gigantescas, y vigilaba el horizonte con una expresión dulce y bonachona. Su cuerpo inmenso se inclinaba tiernamente sobre los dos enamorados, en la actitud de un marsupial que se deleita sintiendo jugar a sus hijuelos.

En la mostruosa comisura de sus largos maxilares, cargados con dientes fósiles de

treinta y ocho especies diferentes, se dibujaba una sonrisa casi humana.

Bajo la augusta protección del monstruo, los amantes se miraban a los ojos, en silencio...

De repente Fernando soltó la mano de Lucía...

—¿Qué ruido es ese? ¿Abren la puerta?

Se oía el rechinar de algo metálico.

—¡Qué cobardel!—dijo ella, riendo alegremente.—¿No ves que el animal se ha humedecido con la lluvia y le crujen los alambres?

—¡Lucía! ¿Dónde ha quedado mi maleta? se oyó una voz desde el pasillo.

¡¡Don Rufino!!

Hubo un momento indescriptible. La puerta del hall se abrió violentamente; se oyó un choque formidable; el cuerpo del «omnisaurio» osciló algunos instantes... Un crugido espantoso, un grito horrible... una mole que cae... Después... ¡nada!

—¡Es evidente, es evidente señor juez,—repetía Fernando, allí en mi tribunal,—



que don Rufino echó abajo su «omnisaurio» con el único objeto de matarnos...

—¡No seas malo!—decía ella.—El animal era de yeso casi todo y, apesar del impermeable, se había remojado horriblemente...

—¡De yeso! Claro que no todo era fósil pero a lo menos, las osamentas que mandaba Salvatierra y mis demás corresponsales eran auténticas...¡No voy a saberlo yo que las pagaba!

—¡Eran todas de yeso, insistía ella.

—Entonces ¿esos canallas, me engañaban...?

En mi calidad de juez, no veía francamente la importancia de discutir con tanta precisión la causa próxima del hundimiento del famoso bicho; pero me preocupaba en cambio mucho la situación de los comparecientes.

Opté, entonces, por llamar a Guezalaga, que contrariando sus costumbres no se había presentado al tribunal.

—Todo el rato lo he ocupado, don Marcelo, en pillar un murciélago que tiene algo amarrado en una pata—parece un



rollo de papel,—pero no he conseguido darle alcance. Se escondió en el rincón de la escalera...

—Bien, Guezalaga: pero ahora necesito de sus luces.

—Y le expliqué en cuatro palabras la cuestión.

—Yo la veo muy sencilla—me dijo poniendo en orden su corbata.—Ella vendía el cuerpo; él el espíritu. Hay desde luego, pues, dos elementos que no tenemos para qué considerar porque han sido enajenados por personas que los usaban en la vida pero que no eran dueños de malbaratarlos. La situación de esa alma y ese cuerpo están perfectamente precisadas. El alma del caballero y el cuerpo de la señora deben ir juntos al infierno. Con los dos elementos que nos quedan formamos otro ser humano, contra el cual no hay reproches especiales, y los enviamos a acicalarse un poco al purgatorio.

—¡Mi marido! ¡Don Rufino! gritaron a una voz los dos amantes.

Un hombre largo, huesudo y macilento,



como un esqueleto fósil, avanzaba lentamente en las tinieblas.

—¡A la secretaría, Guezalaga! ¡Pase a estos dos a la secretaría!

Lucía y Fernando, atropelladamente se deslizaron por detrás de mi escritorio y desaparecieron tras la puerta.

El hombre se detuvo frente a mí, como si nada hubiera visto, y permaneció allí, mudo e inmóvil con un aire de profundo abatimiento.





XII



E Ñ O R
Juez: ¡he
cometido
una locu-
ra!— dijo
don Rufi-
no mien-
tras Gue-
za la ga,
cumplido
su papel
de encu-
bridor, to-

maba colocación junto a mi mesa.



—Mi vida entera se desplomó ayer para siempre. ¿Qué continuaba haciendo ya en el mundo? Tuve un momento de delirio y puse fin a mi existencia.

Bien sé que he cometido un acto absurdo...

—¡Ya lo creo!—interrumpió sin poder contenerse Guezalaga.—¡Una solemne estupidez! ¿A qué acortarse la miseria de sesenta o setenta años de vida, cuando hay una eternidad para estar muertos?

El período de «vivo» es de un instante, el de «muerto» se prolonga por los siglos de los siglos. La mayor parte del tiempo lo pasamos en la tumba...

—Lo sé, dijo don Rufino, afirmándose doctoralmente las gafas; desde la época paleolítica a la nuestra, han transcurrido según cálculos prudentes, unos dos millones de años... Hay, pues, hombres que han pasado medio siglo sobre la superficie de la tierra y dos mil siglos debajo...

Nuestro estado habitual es el de muertos; nuestro medio corriente no es el aire sino el fango... exactamente como las lombri-



ces... Suicidarse es algo estúpido, como ha dicho el señor con tanto acierto..

—He aquí un hombre razonable—pensaba modestamente Guezalaga. En vez de defender el hecho mismo, trata de justificarlo.

—Por eso—continuaba don Rufino—he dicho que he cometido una locura... ¡Es tan horrible ver hundirse en un instante las ilusiones, los ensueños, los afectos de toda una existencia! Mi vida no tenía más que un objeto: el «omnisaurio»; un cariño: mi mujer; un solo afecto: mi amigo íntimo...

Tropecé al entrar al hall con la vértebra caudal que servía de sostén al «omnisaurio» y mi dicha se vino al suelo en un segundo... Llamé angustiado a mi mujer, no se hallaba en parte alguna; corrí a casa de Fernando, tampoco él estaba allí... Tuve una idea monstruosa, absurda, horrible. ¡Dios habrá de perdonarme! Llegué a pensar que se amaban y me habían dejado para siempre.

Recorrí la ciudad como un sonámbulo, preguntando a los guardianes, a los cocheros, a los transeuntes, si habían visto a Lucía con Fernando. Nadie sabía respon-



derme. A ratos, un ardor siniestro se apoderaba de mis sienes, mis ojos se nublaban y tras los párpados febriles veía al «omnisaurio», bello, inmenso, inclinarse poco a poco hasta tocar el suelo, en la actitud de un camello amaestrado, invitando con un gritito gutural a Lucía y a Fernando para que montaran sobre sus espaldas...

Ellos subían, abrazados como novios, y el «omnisaurio» daba un salto y se lanzaba por la claraboya. Yo llegaba en ese instante y trataba de sujetarlo de la cola... Pero ésta se cortaba dejando entre mis manos una vértebra de yeso reblandecida por la lluvia, y el animal, en un galope absurdo, con la capa de agua al viento, que ocultaba como una negra nube a Lucía y a Fernando, se perdía en el espacio apagando las estrellas, la luna, la vía láctea... ¡Qué horripilante pesadilla!

Volví tarde de la noche a mi casita. Un blanco montón de huesos se alzaba en medio del hall, como una fosa común iluminada débilmente por la claridad lunar que dejaba filtrar la claraboya..



Aquel triste cementerio era el único vestigio de mi obra gigantesca: «La unidad ósea de las especies secundarias» ¡Qué pedantesco y absurdo resultaba el título! «La unidad ósea»... ¡qué ironía, ante ese montón de huesos diseminados por el suelo sin orden ni concierto...!

En un rincón, junto a la chimenea, la mandíbula entreabierta y desdentada del «omnisaurio», se reía....

¿Intentar de nuevo armarlo? Pero...¿cómo? sin la ayuda paciente de Lucía, sin la palabra alentadora de Fernando... ¡Desamparado, solo! Me arrojé llorando entre las osamentas, y revolví con rabia loca aquellos restos fósiles, aquellos trozos de argamasa blanda y húmeda que cedían al peso de mi cuerpo...

De pronto, en la obscuridad, toqué una mano... ¡La mano de Lucía...! Grité, lloré, maldije... Hundido entre los escombros, luchando contra los huesos milenarios, desentrañé por fin el cuerpo de ella... Después el de Fernando! Ya no sabía si deliraba o aún conservaba un resto de sentido, si todavía estaba vivo o era presa de un



angustioso sueño de ultratumba! ¡Ah! Dios mío, cuando pienso...

Un sollozo ahogó la voz de don Rufino.
—Cuando pienso que ese día me fuí sin despedirme siquiera de Lucía . cuando me acuerdo de Fernando, tan leal, tan bueno, sorprendido por la muerte en el mismo momento en que talvez venía a hablar conmigo, a animarme en mis tareas, a traerme, quizás, la buena nueva de un hallazgo... y yo tropiezo en una vértebra y los mato! Mi felicidad, mi hogar, mi teoría científica, mi fama, la vida de mis amigos, dependían de una vértebra de yeso! Se quiebra y todo se hunde para mí... ¡Oh! durante las horas y las horas de aquella noche interminable, mi cerebro, como un gramófono descompuesto que repite y repite el mismo disco, me asediaba con un sólo pensamiento: Toda mi dicha dependía de un pedazo de yeso remojado! ¿Para qué seguir viviendo?

Sobre la chimenea había un tubo en que guardaba un crustáceo, en solución de formalina. Me la bebí de un solo trago. ¡Estaba loco! ¡No supe lo que hacía! Si hay



un resto de piedad para mi pena, lo único que le pido, señor juez, es que me permita reunirme aquí en la eternidad con Lucía y con Fernando... aún cuando sea en los infiernos. ¡Quiero vivir con ellos para siempre!

Y don Rufino clavó en mí sus ojos suplicantes y llorosos. Yo estaba francamente conmovido.

Guezalaga se mordía la punta del bigote y hacía garabatos con el lápiz para disimular su turbación.

—¿Qué hacemos? dije en voz baja.

Guezalaga se rascaba la cabeza con aire preocupado.

—Lo del suicidio—murmuró al cabo de un rato—no tiene mucha importancia porque parece que este caballero ha sido siempre loco de remate; pero, en cambio, su maldita petición de irse junto con los otros me viene a echar por tierra mi proyecto... ¿Qué sacamos ahora con juntar el cuerpo de la señora con el alma de su amante y vice-versa, si de todos modos alguna de estas combinaciones habrá de condenarse y



la otra no? O partimos al sabio por mitad o yo no veo solución posible.

—¡Guezalaga!

—No se impaciente, don Marcelo... Recuerde Ud. que nuestro fallo, si no apela don Rufino, queda firme... y si apela, pasa en segunda instancia a Salomón quien no puede hallarlo malo porque se ajusta a sus teorías de derecho ¿no propuso él también allá en la tierra dividir a un inocente para saber a quien había que entregarlo?

Hay, por lo tanto, precedentes favorables.

Esa sentencia que, aplicada a este señor, tanto le extraña, acreditó a Salomón como gran juez...

—No, Guezalaga—dije, interrumpiendo la rara disertación del secretario—yo veo la cuestión en otra forma. Observo aquí un tejido inconcebible de buenas y de malas intenciones, de amor y de falsía, de abnegación y espíritu de lucro.

La mujer, buscando el bien de su marido, mentía a Fernando; éste, tratando de hacer feliz a la mujer, engañaba a don Rufino; y el último, atento sólo a su renombre



de investigador, abusaba, al propio tiempo, de la ingenua admiración de Lucía y sus alumnos, inventándose una personalidad de hombre de ciencia que estaba lejos de tener.

Todos se engañaban entre sí y todos se alegraban la existencia.

Ahora resulta que el amante no quiere separarse de la mujer, ni ella del marido, ni éste del primero. Unos a otros se cogen de la mano, como los niños en sus juegos, para formar la alegre ronda que no se sabe donde empieza ni donde termina.

Todos son culpables, y todos me dan lástima... ¿qué voy a hacer para juzgarlos?

Guezalaga se palmoteó la frente con viveza:

—Don Marcelo, tengo una solución.

—De veras?

—¡Expléndida, magnífica, increíble!

—Entonces, Guezalaga, ¡por favor! no me la diga. Falle Ud. Me quitará un gran peso de la conciencia... Me hallo incompetente para pronunciarme, y en cualquier forma que resolviera la cuestión, no me libraría de remordimientos.



Dicte Ud. la sentencia, Guezalaga, y no me cuente nunca cuál ha sido ¿gatiende Ud? No quiero hacerme responsable.

—Perfectamente don Marcelo.

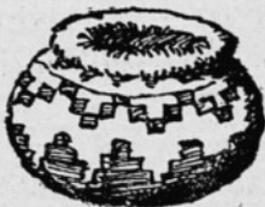
Y salí del tribunal.

Al pasar frente a la secretaría, ví a Fernando y a su amada que discutían agriamente.

—¡Tú tienes la culpa!—decía ella. ¿Para qué fuiste a la casa, sabiendo que Rufino es distraído y deja siempre la maleta?

—¡Y tú que me recibiste en el sofá sabiendo que el animal podía caerse!

Salí al patio, con una extraña mezcla de compasión y de desprecio.





XIII



L AIRE fresco me hizo bien. El viejo patio reposaba con la quietud noble y severa de una estatua yacente.

Su calma se infiltraba poco a poco en



mi conciencia, esfumando como un sueño lejano las incidencias del proceso.

Amor, odio, ambiciones terrenales, ansias absurdas de vivir, se diluían en la clara transparencia de esa atmósfera azulada como se borran las montañas ante la bruma que, al caer la tarde, asciende lentamente de los valles.

Sentado en la escalera de granito, con los ojos absortos en el suelo, seguía los complicados arabescos que el musgo dibujaba entre las piedras o distraía la mirada buscando una silueta definida—árbol-rostro o ser fantástico—en los manchas de moho de los peldaños y del zócalo.

Una fila de hormigas ascendía penosamente por el muro. Algunas, retrasadas e indecisas, andaban y desandaban el camino, buscando una nueva ruta que interrumpía de repente un yerbajo más saliente o la hendidura de una piedra.

Eran, acaso, espíritus levantiscos, investigadores, sabios, innovadores o artistas, que apartándose del grupo tradicional y gregario, abandonando la rutina y buscando sendas nuevas, pagaban caro su propó-



sito: se perdían en un bosque de musgo impenetrable o caían en la cima abrupta y pavorosa de un peldaño.

Otras, en cambio, trabajaban sin descanso, humilde, maquinalmente, como jornaleros que no tienen más halago ni esperanza que el reposo que ha de darles el término del día.

Cuatro o cinco, apartándose del grupo, emprendían obras locas, superiores a sus fuerzas; pugnaban por remover un diminuto tronco de heno y se daban cabeza con cabeza, bregando con verdadero frenesí. A veces, desesperadas, abandonaban su labor farahónica y levantaban las patitas hacia el cielo en un gesto trágico de imprecación o súplica a la altura.

A haber podido verme, yo habría sido para ellas el Todopoderoso; con un soplo podía arrojar lejos el ápice de yerba que intentaban en vano levantar, y sacudir el bosque umbrío de tres milímetros de altura, y arrancar de cuajo la montaña minúscula de arena que les cerraba el horizonte. Mi dedo omnipotente podía reducir a la nada, en un instante, el mundo que habitaban.



Pero ellas no me veían. Su mirada se estrellaba en el enhiesto acantilado que formaba la suela de mi zapato, que se erguía como un obscuro monte ante sus ojos.

Tres hormigas audaces y curiosas—una comisión científica—ascendieron después de ímprobos esfuerzos al extremo más bajo del calzado; se detuvieron largo rato observando las costuras, midieron con precaución los pozos que formaban los pespuntos, sacaron algunas muestras de betún, calcularon distancias, discutieron.

Al descender de nuevo al plano, otras hormigas las rodearon.

Yo las veía señalar con aire grave y doctoral la alta montaña. ¿Contaban las peripecias de su viaje? ¿Encomiaban el mérito científico de su descubrimiento? ¿Hablaban de la riqueza fabulosa que importaba el tener en las fronteras un monte inmenso de betún, capaz de proveer de cera, de carbón y otras sustancias por miles y miles de años al país?

Si las hormigas, me decía, tuvieran la suficiencia de los hombres! qué cálculos



fantásticos, qué absurdas cubicaciones se harían sobre la base de un yacimiento semejante! ¡Qué poderosa sociedad anónima lanzarían al mercado para explotar desde la cima hasta la planta, sin acordarse para nada del espacio ocupado por mi pie, esa montaña de box calf, que iba a alejarse luego a grandes pasos, produciendo una hecatombe industrial y financiera!

¡Cómo resurgirían los sentimientos religiosos ante el prodigio de la montaña que camina!

De nuevo, las hormigas aterradas, levantarían hacia mí sus patitas suplicantes en demanda de protección y de clemencia.

Mas ¿podía yo moverme sabiendo que la felicidad, las ilusiones, el bienestar de todo un pueblo dependían hasta de un simple cambio de postura?

Sentía el pesado fardo de mi responsabilidad. La omnipotencia me entrababa horriblemente. La suma sabiduría me inclinaba a un tiempo mismo a la justicia y la piedad.

Estaba preso como Guliver, de esos mi-



núsculos liliputienses que se agitaban a mis plantas.

¿Pero eran en realidad tan pequeñas las hormigas? ¿No había en esa gota de rocío donde ellas se acercaban a beber millones de infusorios diminutos que miraban como un bosque temeroso el velludo hociquillo del insecto que absorbía aquel océano, sin sospechar siquiera la existencia de sus incalculables pobladores?

Y yo ¿qué era, en proporción ante los astros, átomos microscópicos que giran como en un rayo de sol, en la luz infinita que proyecta la mirada del Creador?

Alcé los ojos, tratando de medir la inmensidad que me agobiaba, y me encontré con los de Guezalaga, que me miraba entre burlón y conmovido.

Recordé el proceso y levanté las manos en demanda de cuartel:

—¡Por favor no me cuente, Guezalaga!

—No se alarme, don Marcelo. El juicio se falló admirablemente. Vengo ahora por otro asunto. Una cuestión de mero trámite. Acabo de condenar a un individuo por ateo, y como Ud. me ha encargado que



antes de mandar a nadie a los infiernos lo consulte...

—¿Y qué dice el procesado?

—Ahora está un poco aturdido... Imagínese Ud, lo que ha de ser hallarse aquí, después de haber publicado veinte libros afirmando que Dios es una patraña, que no hay tal vida futura, ni alma inmortal ni cosa que lo valga...

—¿Y Ud. quiere condenarlo?

—Por supuesto... Se trata de un ateo, de un blasfemo, de un hereje empedernido que no merece compasión...

—Pero ¿alega algo en su defensa?

—Se disculpa, diciendo que él se equivocó porque halló el mundo tan mal organizado, tan lleno de injusticias y miserias que no creyó que una obra semejante se pudiera achacar a un ser perfecto... Yo no lo dejé hablar mucho, y opté por condenarlo sin más trámites. Aquí tiene la sentencia para que Usía dé su visto bueno...

Y Guezalaga me indicaba la carilla de papel que tenía entre sus manos.

Incliné preocupado la cabeza y ví el acti-



vo e incesante pulular del hormiguero. ¡Qué infinitamente grande me sentía ante los míseros insectos que se agitaban a mis plantas, sin comprender mi inmensidad!

—Guezalaga—le dije—si una hormiga muriera en este instante y otra hormiga buena y proba, cogiéndola de un brazo la arrastrara a mi presencia y me dijera:

—«¡Este ser impío y miserable no cree en tí!»—¿no me sonreiría con piedad? Y si la acusadora continuara:—«Señor: debes castigar a la culpable. ¡No sabes el escándalo que sus burlas y blasfemias han causado en toda la extensión del hormiguero! Porque, esta desgraciada no se contenta con no creer; hace gala y propaganda de su incredulidad. En los granos más ínfimos de arena, en las briznas de paja más sutiles, escribe imprecaciones horrorosas, negando tu existencia, afirmando que eres un mito producido por el atraso y la ignorancia.»

¿Iba yo a tomar en cuenta esas ofensas? A lo sumo, llamaría al pobre insecto, y le diría:



—«¿Ves que existo? Estabas equivocado ¿no es verdad?»

—Me permito observarle, don Marcelo— me dijo humildemente Guezalaga, que yo he juzgado a un hombre y no a una hormiga.

—Tiene razón, hay cierta diferencia. Yo no he creado las hormigas ni las amo... ¿qué me importan sus injurias? El amor, sólo el amor que salva todas las distancias, que engrandece y eleva cuanto toca, es capaz de levantar la ruin bajeza de un microbio hasta hacer que sus ofensas lleguen a herir la majestad suprema, eterna y sabia del Creador... Por eso el Dante—teólogo y poeta—pudo escribir sobre la horrible puerta del eterno dolor aquellos versos:

«Hízome la Divina Potestad

La Suma Sabiduría y el Primer Amor».
Guezalaga bostezaba.

—De modo que mi sentencia no está mal...

—Pero sólo, en teoría, Guezalaga. No toma en cuenta la debilidad, la ignorancia, la pequeñez casi infinita del entendimiento humano. ¿Se puede ser severo con un cie-



go que niega obstinadamente la belleza de un cuadro de Velázquez? ¿Es posible exigir a las hormigas, perdidas en el zócalo de piedra, que aprecien la belleza, la armonía y la seguridad del edificio?

Cada grano de piedra o de cemento que sobresale en la muralla, es para ellas una absurda cadena de montañas que surge horizontalmente, contrariando toda ley de gravedad, todo principio de geografía y buen sentido. ¿Quién ha visto montañas horizontales? se dirán. No pasará un invierno sin que caigan al peso de la helada y de la lluvia. ¿Y esto llaman los hombres edificios, cuando es sólo un solemne disparate que no obedece a normas, ni dictados, ni orden geométrico de ningún género?

También los hombres cuando miran el mundo, la virtud atropellada por el vicio, el talento befado por la inepticia; al hombre justo que sufre por haber hecho sólo el bien; al niño que nace enfermo y pasa de la cuna al ataúd, exclaman como la hormiga: «Esto es absurdo. ¿Dónde está el orden, la armonía, la justicia que revela la existencia del Creador?»



Guezalaga reprimió un nuevo bostezo.

—De manera, don Marcelo, que el delito de este insecto, quiero decir, de este individuo que ahora está en el tribunal no es tan grave ni tan claro...

—Tiene atenuantes, Guezalaga.

—¡Así no puede condenarse a nadie!

Una bandada de murciélagos pasó casi rozando la escalera. Guezalaga corrió tras ellos como un loco.

—¡Don Marcelo! ¡Ataje a ese más rojizo!... ¡Ese que va a posarse en el balcón!

Sin entender lo que pasaba subió de cuatro saltos la escalera. El pajarraco dió unos aletazos y voló hacia el lado de la secretaria.

Guezalaga le arrojó la chaqueta en pleno vuelo.

—¡Aquí, don Marcelo!... ¡Aquí!

—Pero ¿qué pasa Guezalaga?

—¡El murciélago rojizo!... ¡El que lleva el papel en una patal!..

Fué una disparatada cacería, con gritos, saltos y carreras... ¡Una profanación del imponente sueño del muerto patio colonial! El avechucho rodaba a veces por el suelo, se



estrellaba con los muros, se asía a los barrotes, se elevaba, tocaba casi la tierra con su vuelo indeciso y oscilante... El vestón de Guezalaga lo seguía, por los aires, como un buitre fantástico... Por fin logró darle alcance y, capturador y presa, cayeron formando un lío, informe y negro en las baldosas... La voz de Guezalaga llegó hasta mis oídos, con el eco triunfal de un ¡alalí! de caza...

—¡Ya no se escapala! ¡Aquí lo tengo!

Y me enseñaba con orgullo el bicho sujeto por los extremos de las alas.

Tenía efectivamente un papel atado con hilo en una pata.

Lo desaté con cierta repugnancia.

«Don Marcelo:—decía el estrambótico mensaje.—Encima de la mesa del «burgués» dejé olvidado un lápiz de carbón. Le ruego enviármelo con el portador, porque es el único que tengo y aquí hay paisajes muy interesantes. Salomón me encarga felicitarlo por sus fallos que, como evitan las apelaciones no le dan trabajo alguno. Lo saluda con todo afecto».

*De la Brocha.*

Cuando acerté a mirar a Guezalaga, éste había soltado ya el murciélago.

—¿Qué decía el papel? me preguntó.

—Nada importante. De la Brocha pide un lápiz...

—¿Ha visto ocioso más empedernido? ¡Y para esto hemos corrido como locos!

Refunfuñando volvió a ponerse la chaqueta; y, jadeantes todavía, fuimos ambos a apoyarnos contra la ventana que daba al tribunal.

—¡Oiga, señor secretario!

Una voz agria y cavernosa que yo no conocía y parecía venir desde la altura, me hizo volver los ojos con alarma.

Por el tragaluz abierto, asomaba un rostro flaco y demacrado.

—¡Señor secretario! ¿Qué hubo de su fallo? ¿Va a dictarlo o va a seguir dedicado a jugar con los murciélagos?

Guezalaga se volvió como mordido de una víbora.

—¡Qué tiene que ver Ud. con mis asuntos!... ¡Ud. es una simple hormiga, un ser



minúsculo, un insecto!... ¡Váyase al limbo y terminemos!

El hombre hizo un gesto extraño, soltó las manos con que se sujetaba al tragaluz y cayó pesadamente...

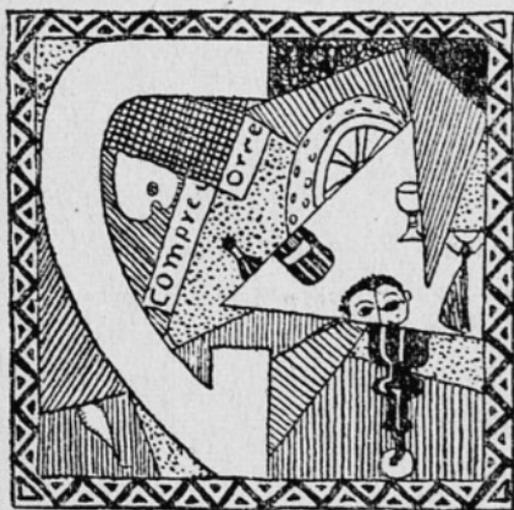
Los murciélagos se arremolinaron en la cloaca que le servía de guarida...

Hubiera dicho que una sombra oscura había cruzado el patio en dirección a la escalera.





XIV



UEZALA -
GA llegó
precipita-
damente
al patio:
—Don
Marcelo:
el Doctor
que mató
al loco de
la Brocha
acaba de
llegar al

tribunal.

Aquel asunto desagradable de por sí que



venía a interrumpir la placidez de mis divagaciones, se hacía más molesto aún con la triste expectativa de tener que condenar a un conocido. Sabía por de la Brocha cuán culpable era el doctor y recordaba que Saldívar había ido a mi casa alguna vez para atenderme.

Hice de tripas corazón y entré a la sala.

El viejo me recibió con entusiasmo:

—Mi querido don Marcelo, ¡cuánto gusto de hallarlo por aquí!

Luego, explicándose mi frialdad por el disgusto que debían causarme esas palabras que implicaban alegrarse de mi muerte, se apresuró a aclarar su sentido.

—¡Uno es muy egoísta, don Marcelo! Halla a un amigo y se alegra de verlo aunque lo encuentre en el sitio más triste e inconfortable. Ud. tiene, además, muy buen semblante... No le ha vuelto a repetir esa colitis que le curé hace varios años?

Y tomando, sin duda, mi silencio por un asentimiento prosiguió:

—¡Régimen! Tal como lo decía: Régimen y, sobre todo, vida higiénica. Ya ve Ud.: yo viví hasta los ochenta y no re-



cuerdo haber tomado jamás ningún remedio.

—¡Se los dió todo al pintor!—murmuró por lo bajo Guezalaga.

—A qué pintor?—preguntó el viejo.

—A de la Brocha.

—¡Ah! ¡Sí!...! Pobre de la Brocha! Lo atendí a petición de su tío don Silvestre... Gran hombre y rico, don Silvestre Unzue-
ta; pero... me llamaron demasiado tarde... Con medicinas o sin ellas, de la Brocha se habría muerto de igual modo. Era un hombre incapaz de someterse a ningún régimen. Por supuesto, no me pagó nunca un centavo... ni yo tuve la idea de cobrarle... ¿para qué? El pobre hombre vivía en la miseria... No era, aún, el gran artista que es ahora.

Guezalaga dió un salto en el asiento.

—¡Cómolo! ¿“ahora”, es gran artista? Desde cuándo?

—Desde el día de su muerte... ¡Nunca un hombre ha sacado más provecho con morirse!

—¿Ha enviado nuevos cuadros desde aquí...?



El doctor se sonrió irónicamente.

—¡No llega a tanto su originalidad! ¡No llega a tanto! Pero, el pobre, como todos los artistas, tenía un arsenal de mamarrachos...apuntes, bocetos, manchas ¡qué sé yo! La crítica es susceptible a unos ojos hermosos de mujer y, tras el brillo de las lágrimas, los de la viuda del pintor, claros y límpidos, ganaron inmensamente como las acuarelas con el vidrio... La crítica puso de moda al “gran pintor infra-cubista, arrancado a la existencia en la cúspide de su personalidad...” Las obras inconclusas, sobre todo—por lo mismo que dejaban libre campo a las interpretaciones más variadas — adquirieron valores fabulosos. Una mancha de vermellón y verde veronés, caída al azar sobre una tabla, se exhibió en el “Salón de Arte Anarquista” con el nombre de “El loro alucinado” y fué vendida en 32,000 pesos. El lienzo en que de la Brocha limpiaba los pinceles, puesto en marco por la viuda, ha preocupado por varios meses a la prensa, “como la obra más genialmente ultraísta que se haya producido hasta la fecha”. “Todas

las complicaciones psíquicas de nuestra época de neurastenia, sensualidad y misticismo—decía uno de los críticos—hallan fiel expresión en esa tela que abre al arte horizontes no soñados.”

El propio don Silvestre que, desde su almacén de la Avenida Matta, miraba en otro tiempo a su sobrino como a un loco, habla de él con la voz temblorosa de emoción. —«Silvestre Unzueta, tío del malogrado de la Brocha»—dice ahora al presentarse. Su entusiasmo ha llegado hasta la viuda; la ha nombrado su heredera y no la deja a sol ni a sombra, hablándole del talento del sobrino; «talento que le viene, a no dudarlo, por el lado de la madre, porque siempre los Unzuetas han sobresalido en el comercio de abarrotes, en la industria, en fin, donde se han metido.»

Creo que antes de dos meses habrá salido con la suya de casarse con la viuda... A mí me quitó el saludo y me advirtió por medio de una esquela «que aunque él hubiera pagado con agrado cualquier cuenta o compromiso de su sobrino de la Brocha, se lo impedía hacerlo en este caso el aban-



dono y la ignorancia con que había procedido al atenderlo en su postrera enfermedad». ¡Yo que con todo cariño agoté la farmacopea por salvarlo!

Nosotros con Guezalagá, nos miramos.

—Este hombre no es culpable—dije yo.

—¡Qué va a serlo!—me dijo Guezalaga.

¡Aún cuando por ignorancia, hubiera muerto a de la Brocha!. . ¡Le ha prestado un gran servicio; le ha realizado sus aspiraciones!

Y volviéndose al médico agregó con voz solemne:

—El tribunal aprueba su conducta. ¡Está salvado!

—Muchas gracias!

El doctor quiso abrazarme y se deshizo como una sombra entre mis brazos...

Escribí una larga carta a de la Brocha, comunicándole su gloria póstuma, como también algunos datos—aunque no muchos, por cierto—de su inconsolable esposa.

Guezalaga se hizo cargo de cazar, una vez más, el murciélago rojizo para enviarlo con la misiva y con el lápiz.



XV



IN duda alguna, tengo más vocación para erudito que para magistrado.

Urgando mamotretos en la secretaría descubrí un antiguo infolio

que bastaría, por sí solo, a la honra y fama del más sagaz ratón de biblioteca.



Se trataba nada menos que del suicidio de un difunto y lo que es mucho más grave, de un difunto constituido en dignidad, don Mendo Téllez de la Vega, mi propio antecesor en el Juzgado, fallecido por primera vez, en la vida terrenal, según reza el cronicón «a 20 días del mes de Mayo de 1598 y siendo a la sazón escribano de esta audiencia, el bachiller Bartolomé Cepeda».

Y no era el tal don Mendo «de esos que espantan más con el don que con el linaxe, pareciéndose a las sombras de las tardes que siempre son mayores que los cuerpos que las hacen»; era un hidalgo hecho y derecho, de ánimo esforzado y libre de las complicaciones y neurastenias de estos tiempos.

El pobre don Mendo Téllez fué víctima de las malas compañías.

Así se desprende, por lo menos, del extraño documento, que es una especie de sumario levantado con motivo de su desaparición,

«Sepan quantos esta escriptura vieren—dice—como yo, Bartolomé Cepeda, vecino de la ciudad del Cuzco e hoy escribano



desta audiencia he visto e puedo dar fé de quanto se afirma e declara en esta relación, con toda fidelidad e lealtad, e sin engaño fraude ni cautela, siendo presente por testigo el alguacil Lucas García... »

Qué papel desempeñaba entonces en el tribunal el aguacil, y por qué, tanto él como su compañero Cepeda, abandonaron estos muros para cedernos el puesto a Guezalaga y a mí, son cosas que no he logrado averiguar; pero que en nada disminuyen el sello inconfundible de verdad de sus declaraciones.

Leyendo el amarillento pergamino, en que las letras deslucidas por los siglos se retuercen como signos cabalísticos trazados por el rabo de un demonio, el espíritu se traslada sin saberlo a los tiempos apacibles en que don Mendo Téllez de la Vega presidía el tribunal, con el rostro gordo y plácido sumergido en la golilla y el vientre, más abacial que caballeresco, apisionado en el negro jubón de terciopelo, ornado con una cadena de oro, de la cual pendían «una llave e dos veneras de prodigiosa orfebrería».

Aun don Mendo gozaba santamente la dicha de la muerte. El recuerdo de su lejana juventud, llena de agobios y penden-
cias, pasada entre gentes de armas, meso-
neros y mozas andariegas, había abando-
nado ya su mente para dar sitio a más
altos y austeros pensamientos. Aún no ve-
nía «el embozado» a perturbar la calma de
su espíritu, con la añoranza de aquel rojo
mosto que tanto le alegrara allá en la vida...

Pero un día «el embozado» llegó al pa-
tio. Era un viejo alto y huesudo envuelto
en amplia capa negra que le arrastraba
hasta los pies. En el mezquino espacio que
quedaba entre ella y el chambergo también
negro, fulguraban unos ojos «verdes e
menguados como los del basilisco e una na-
riz de alfanje sarraceno que ponía pavor
el solo verla».

El viejo vino varias veces. Nunca cruzó
una palabra con Cepeda ni con el alguacil;
pero éste afirma que en numerosas ocasio-
nes «pudo ver por vista de ojos como el
supradicho don Mendo Téllez platicaba
luenga e amistosamente con el embozado».

Don Mendo nunca quiso decir quien era



el visitante y poco a poco perdió su buen humor. Hablaba apenas y, cuando lo hacía, era para recordar cosas terrenas como el vino y los manjares, pues siempre fué muy dado a los placeres de la mesa. Una vez dijo que tenía sed y que de buena gana cambiaría su cargo de magistrado por un vaso de buen mosto.

Cuando el viejo no venía, don Mendo se tornaba pensativo «e parecía echarlo de menos» según las propias palabras de Cepeda.

Se negaba a asistir al tribunal y en ocasiones, su irritabilidad llegaba al límite del frenesí.

Con grave escándalo del escribano se subió un día a la mesa que hay en la sala contigua a la de audiencias, y gritó que la muerte era algo estúpido; que estaba harto de entenderse con difuntos; de ser juez y estar en esa casa, pasando siempre de la estancia al patio y del patio a la estancia, «como colibrí preso en una jaula».

—¡Aquí hace falta mosto!— repetía—
Pero, a fe que no he de quedarme entre



estos muros, aunque la vida hubiere de irme en ello!

El aguacil llegó al oír las voces, y junto con Cepeda trataron de calmarlo; pero en vano.

Don Mendo seguía vociferando como un loco:

—¡Ya conozco el secreto de la fuga. Hay que abrir sólo un candado y lo romperé ¡por ésta...!

Y quiso hacer la señal de la cruz; pero sus dedos se crisparon; su mano se agarró hasta quedar «dura e pequeña como una pata de cerdo» y el hidalgo cayó sobre la mesa dando gritos y echando espuma por la boca.

Desde entonces don Mendo llevó oculta la diestra en la abotonadura del jubón; nunca se dió por aludido de su acceso, ni jamás permitió palabra o frase que pudiera recordarle su locura; pero tampoco pidió perdón por el escándalo y siguió hablando de cuando en cuando con el viejo.

Cada vez se le veía más triste y taciturno.



El embozado «le había enflaquecido el seso».

Por ese mismo tiempo, Bartolomé Cepeda descubrió «huellas de la pezuña de un macho cabrío, en el barro que se extiende por bajo del arco o bóveda que sustenta la fábrica de la escalera» y llamó al aguacil Lucas García quien corroboró, también, el hecho.

De allí ambos se dirigieron a dar cuenta a don Mendo del escalofriante hallazgo; pero éste se contentó con decirles que no importaba que entraran cabros o no entraran, porque en el patio había poco pasto, y peor era clausurar una salida aunque a él no le servía porque era húmeda y la humedad le hacía mal para la gota ..

Fué la última vez que hablaron con Don Mendo. No bajaba al patio y se pasaba las horas muertas en el segundo piso, frente a la tercera puerta que tenía un candado de bronce con unos signos árabes.

Un día, mientras Cepeda y el aguacil, estaban en la audiencia, se oyó un ruido espantoso como si el edificio fuera a desplomarse «y todas las aves e alimañas que



habitan bajo la escalera» fueron a estrellarse en las ventanas del propio tribunal.

Cuando ellos se asomaron vieron sólo al embozado, con su larga capa negra, que bailaba una danza extraña entre un oscuro torbellino de murciélagos. Sus pies sonaban sobre el pavimento como el galope de una cabalgata.

En uno de sus brincos estrambóticos, la capa se alzó del suelo y ambos pudieron «ver por vista de ojos» las peludas patas de un macho cabrío.

—¡Es Satanás! ¡Es Satanás! gritaron.

El alguacil se trepó sobre la mesa, alcanzó el Cristo de bronce que pendía a la cabecera de la sala y corrió con él al patio.

El embozado dió un silbido, abrió la capa como dos alas inmensas de vampiro y elevándose poco a poco de la tierra, se alzó en los aires escoltado por la oscura y oscilante patrulla de murciélagos.

Cuando Cepeda y García, llegaron al segundo piso en busca de D. Mendo, la tercera puerta estaba abierta y el candado yacía en tierra hecho pedazos.

Entraron.



En la pequeña pieza, sin un mueble, se respiraba un fuerte olor a azufre. El muro que estaba al fondo, mostraba una enorme brecha.

Don Mendo Téllez no volvió jamás.

Según el parecer del escribano y de Lucas García, don Mendo habría una vez más sufrido «muerte desastrosa e súpita» arrojándose por esa negra brecha a la cima insondable que se extiende «a la manera del foso de un castillo» en torno de los muros del tribunal.

Le conté el caso a Guezalaga y juntos subimos la escalera y comprobamos que la única puerta sin candado era la tercera, es decir, la que daba al centro del balcón.

Guezalaga quiso abrirla, pero estaba con llave.

—¿Qué piensa de todo esto? le pregunté.

—¡Bah! una cosa muy sencilla. Todo ese escrito es una simple farsa. El agualcil o el escribano rompieron o se robaron el



candado... y para explicar su desaparición inventaron esa fábula, le dieron forma judicial y la archivaron, con el objeto de que si algún día Salomón o cualquier otro sorprendía aquel destrozo, no pudiera hacerles cargos... ¡Por menos que el rateo de un candado se han falsificado algunas escrituras!





XVI



—¡Mejor que eso!

ON Marce-
lo, tengo
una carta
para Ud.

—¿Ha con-
testado de
la Brocha?

Guezala-
ga clavó en
mí sus oji-
llos de cer-
do mali-
cioso.



Su mirada me parecía más burlona y cínica que de ordinario.

—¡Mejor! mucho mejor que eso! repitió.

—Esplíquese—le dije, algo molesto.

Guezalaga guiñó un ojo y bajando el diapasón de su voz grave y viril hasta dar a sus palabras el tono de una confianza sospechosa, murmuró casi a mi oído.

—La carta es de una señora... Alta, delgada, con unos ojos negros estupendos... ¡claro que no es una chiquilla! pero debe haber sido una belleza... Haga recuerdos, don Marcelo...

Yo oía sus palabras que sonaban como una aberración en ese patio sumido en el reposo augusto y santo de la muerte. ¿A qué evocar recuerdos mundanales tras los muros impenetrables, como la losa de la tumba, que separan la eternidad de la existencia? Y sin embargo, recordaba... Evocaba sin quererlo una silueta de mujer morena y pálida que pasó—como esas ráfagas de estío cuyo ardor, a un tiempo mismo, abre las rosas y las mustia,—por mi loca y remota juventud, «con más pecados que Mayo tiene flores.» Así decía Hamlet de la su-



ya; pero yo estaba muerto como Yorick, y en mi sepulcro terrenal, el triste príncipe danés, podría—si él también no hubiera muerto—coger mi cráneo y disertar con aire trágico sobre las vanidades de la vida...

—No se haga el desentendido, don Marcelo!—me seguía diciendo Guezalaga con su desagradable sonrisilla—una mujer con esos ojos y ese cuerpo no se olvida fácilmente...

Alcé los hombros como si nada recordara; sin embargo, en el fondo de mi ser estaba convencido de que era ella.

Guezalaga adoptó un aire de resentimiento.

—¡Don Marcelo! ¡No hay derecho a esa falta de confianza!... Uno es viejo y comprende ciertas cosas... aunque no se las digan ¡claro está! Yo he juzgado a esa mujer y le aseguro que, si no hubiera sido por Ud. es posible que hasta la hubiera condenado Se vé muy poco arrenpentida!

No pude reprimir un sentimiento de terror.

—¡Pero Ud. no lo ha hecho, Guezalaga!



El viejo secretario volvió a mirarme con sus ojillos picarescos.

—No, don Marcelo... No se alarme Ud. El caso era un poquito peliagudo... pero logré salvarlo con argucias .. Por lo demás el fondo mismo del asunto no era ni complicado ni estrambótico—un vulgar drama que se repetía sin más cambio que el personaje principal, tras el telón de boca de un hogar modelo... La heroína era siempre ella; el galán joven se variaba a menudo en el programa; y el marido gordo y noble se paseaba imperturbable por el lado de afuera del telón, iluminado por las candilejas, mientras la escena de los besos, las lágrimas de pasión y los abrazos, se daba una y otra vez en la penumbra. De cuando en cuando algún canalla se metía en la concha del consueta y soplabá algunas frases del libreto que llegaban a los oídos del esposo. El marido interrumpía su paseo; la escena del fondo se volvía trágica y la heroína y el galán dejaban de adorarse unos instantes... Momentos después la representación continuaba con más éxito que nunca... La heroína, radiante de belleza,



aparecía tras el telón con otro amante... El esposo noble y gordo reanudaba el paseo interrumpido.

¡Es ella!—pensaba yo—¡No cabe duda!

—A veces—proseguía Guezalaga—se estrenaban escenas lamentables. Un amante, más ingenuo que los otros, tomaba en serio su papel; creía en la pasión de la heroína; se enamoraba locamente de ella y quería matarse de dolor, cuando tocaba el turno a otro...

¡Ese era yo!—pensaba, consternado—La adoraba, muriéndome de pena y cuando, como los reyes en desgracia, ví que venía el sucesor a reemplazarme, tomé silenciosamente el camino del destierro... Me conseguí un juzgado de provincia y me hundí entre los legajos y espedientes de esta carrera judicial que ha continuado a despecho del tiempo y de la muerte... Aún me recuerdo de la postrera vez que fuí a su casa. Sus ojos negros ya no me miraban; pasaban sobre mi con la suprema indiferencia con que se vé una silla o una alfombra que ha estado en su sitio largo tiempo... Cuando «el otro» llegó, sus grandes ojos



se iluminaron como una noche tempestuosa, con un relámpago que yo reconocí, y lentamente,—como siempre—con el viejo pretexto de «que la luna estaba encantadora», «ella» y «él» se deslizaron tras las cortinas del balcón... Yo recordé en esos instantes, cuántas veces con las manos cogidas en la sombra, había visto la luna reflejarse en sus ojos, abillantados por las lágrimas; recordé los amigos importunos que querían salir «a tomar aire»; y los amigos buenos y discretos que seguían hablando de negocios con el marido imperturbable y calvo, mientras nosotros nos besábamos tras los mismos cortinajes, en el mismo balcón en que «ellos» ahora se besaban. ¡Estraño caso! Su felicidad estaba, en ese instante, entre mis manos. Bastaba que yo dijera «hace calor» para que el sueño voluptuoso y dulce de aquella noche de verano se diluyera para ellos en una conversación sin interés sobre cuestiones comerciales, que era el tema invariable del marido. Mi corazón se recogía en un dolor hondo y sombrío; pero yo la quería demasiado. ¿Qué importaban mis pe-



nas si podía prolongar su placer unos momentos? Me eché hacia atrás como un difunto, en el sillón y... ¡conversé con el marido!

—¡Con decirle que hubo un cándido—me decía en ese instante Guezalaga—que fué a ocultar sus románticas tristezas en no sé qué pueblucho de provincia, mientras ella seguía la comedia con otro actor, naturalmente. Es cómico ¿verdad?

—¡Realmente es cómico!—afirmé, haciendo un esfuerzo—sobre todo cuando estas cosas se contemplan a través de los años y la muerte. Pero dígame Ud. ¿de dónde saca que esa mujer tuvo que ver conmigo? ¿Se lo ha dicho ella, por ventura?

—No, don Marcelo, nada de eso... pero me preguntó quien era el juez y en cuanto supo que era Ud. se negó terminantemente a dar su nombre. Dijo que Ud. la conocía y podría anotarla en el registro, si lo creía necesario. Le advertí que Ud. estaba en el patio y podía ir a buscarle. Me imploró que no lo hiciera.—«Marcelo me conoció mucho en la vida—dijo—y lo voy a poner en un conflicto. Además, si él estuviera me

sentiría cohibida y no podría hablarle con franqueza. Hay cosas que no deben saberse ni aún después de la muerte». Contó, suspirando mucho, todos los pormenores de su vida; pintó al marido como un santo y como héroes a todos los amantes; después me dió la carta que le traigo, y me dijo tristemente:—«Entréguesela a Marcelo, y pregúntele si ha cumplido su palabra». Yo la había condenado a ella al infierno...

—¡Guezalaga!

—Pero... en vista de la carta, del recado enigmático que enviaba y del modo un poco lánguido con que hablaba de «Marcelo», me dije: Esto es peligroso. A lo mejor uno de los incautos que figuran en la historia de su vida es el propio don Marcelo, que no ha pasado por el purgatorio y se pasea tan campante en calidad de magistrado eterno...

—¿Y qué resolvió, entonces, Guezalaga?

—Apuré un poco el ingenio. Hice un escrito en que US. se inhibe de conocer esta causa por estar implicado en el asunto, y lo envié a Salomón directamente. Yo creo que es el juez más apropiado. ¿Qué



cargo puede hacerle a la señora cuando él siempre practicó la poligamia? Además, Salomón es gran poeta y en el Cantar de los Cantares se le nota una marcada predilección por las morenas. ¡Hay que ser poeta para perdonarla!

—¡Hay que ser poeta! repetí yo como un eco.

—Y si con esos ojos negros se recuerda Salomón de la reina de Sabah .. ¡asunto concluído! Pero ¡caramba! aún no le doy la carta...

Y Guezalaga metió las manos hasta el codo, en los bolsillos de su chaqueta azul marino.

—¡No está aquí! ¡Vamos a otro! y buscó en el interior de la chaqueta.

—¡Demonios! Pero... ¡qué he hecho yo esta carta? Nó... nó... yo estoy seguro de haberla puesto en el bolsillo de la izquierda...

—No se preocupe, Guezalaga... ¡da lo mismo!

—¡Tiene que aparecer! me repetía, y re-



visaba con febril angustia, los pantalones el chaleco, el forro.

—¡Esta es cosa del demonio don Marcelo...!

—No culpe a Satanás de pequeñeces...

Guezalaga fué corriendo al tribunal, removió los expedientes, puso en desorden la secretaría, revisó piedra por piedra todo el patio y casi se desnuda en mi presencia.

La carta no apareció en ninguna parte.

—¡Déjelo, Guezalaga! Si no importa. Me es igual leerla o no leerla ¿entiende? ¿Qué puede importarle a un muerto como yo, la carta que le trae una mujer dos veces muerta, porque antes ya lo estaba en mi memoria?

El viejo secretario se calmó.

—¡Me alegro!—dijo—Temía que no le fuera indiferente.

Y mirándome de nuevo con malicia, me preguntó en un tono casi de complicidad:

—Sáqueme de una duda ¿usted la quiso?

—¡Sí!—respondí, bajando la cabeza.

—Pero ¿usted no le creería una palabra?



Hice un gesto, como diciendo: ¡Por supuesto!

El gesto con que engañaba a Guezalaga era falso de toda falsedad; pero como «ella» había dicho hace un momento, hay cosas que ni muerto se confiesan.





XVII



L tribunal esta-
ba un po-
co recar-
gado de
trabajo.

En las
últimas
audiencias ha-
bian desfi-
lado ante
mi estra-

do, un pastor protestante, tres mujeres,



dos padrinos de un duelo muy reñido, un «referee» y un joven dramaturgo, sin contar una legión de parvulitos, con muestras evidentes de alfombrilla, a los cuales Guezalaga tuvo al fin que espantar con un plumero para que nos dejaran trabajar.

En los ratos de descanso me iba al patio, subía al balcón corrido, que era ahora mi sitio favorito, y me deleitaba en la contemplación del horizonte inmenso y claro que se extendía ante mi vista.

Ese horizonte interminable y límpido era la imagen fiel de mi existencia entre aquellos altos muros blancos y fríos como lápidas. Ni inquietudes ni zozobras los franqueaban. El amargo y rudo oleaje de la vida, se deshacía en alba espuma, lejos, muy lejos de la playa, y llegaba a mis plantas con el eco tierno y monótono de una canción de cuna...

Arrullado por ese canto maternal, mi espíritu se había adormecido en el blando regazo de la muerte.

No tenía deseos ni esperanzas, y allí estaba, sereno e impasible, con los codos en



la vetusta balaustrada, aspirando con delicia el aire de eternidad que me envolvía.

De pronto reparé en algo curioso: un viejo alto y encorvado subía pausadamente la escalera. Su cuerpo escueto desaparecía en los pliegues de un amplio mac-farland cuya esclavina alzaba en un arranque mosquetero, con el extremo del paraguascon mango de cabeza de lechuza que traía bajo un brazo, en tanto que con el otro se apoyaba, de tiempo en tiempo, en la baranda... Toda su indumentaria, desde el hongo de copa alta y cuadrada, hasta las gruesas polainas café oscuro, tenía un sello arcaico y fuera de uso.

¿Por dónde había entrado aquel vejete?
¿Cómo surgía ese vestigio extraño de cómico jubilado o viejo verde?

Desde el día en que yo entrara a ese augusto recinto de la muerte, nunca había visto a nadie penetrar hasta allí, por otro sitio que no fuera la sala del juzgado.

¿Quién sería?

Al llegar al descanso de la escalera, el curioso personaje se detuvo y me hizo una profunda reverencia.



Tomó aliento y continuó la marcha hasta llegar al punto en que me hallaba.

—¿El señor Juez?

—A sus órdenes...

Tras las gafas de carey, sus inquietas pupilas verde oscuro me observaron atentamente unos instantes. Luego, sacándose el sombrero que cubría su calva estrecha y larga, me tendió la mano.

—Alderete, Ministro en visita, me dijo, presentándose.

—¡Cuánto placer, señor Ministro!

La mano yerta y dura del vejete oprimió la mía con una contracción corta y nerviosa como el último adiós de un moribundo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

El viejo debió notarlo porque dijo:

—No está agradable la temperatura ¿verdad?

—Sin duda, señor Ministro—respondí, por complacerlo.

Al parecer, la mentirilla le agradó profundamente porque sus labios curvos y delgados se contrajeron en la mueca fugaz de una sonrisa.

¡Qué raras y sólidas eran las facciones

del señor Alderete! Una nariz gruesa y arqueada separaba sus pómulos salientes, dejando en sombra la barbilla corta y firme que se hundía en el cuello de anchas puntas y acentuaba el perfil de chivo viejo del cómico y arcaico funcionario.

Apoyó el paraguas en el muro y prosiguió.

—¡Cansada vida debe ser la suya, señor juez! ¡Siempre mirando el mismo patio, siempre viendo la misma sala del juzgado!

—¡Hay calma!... dije.

--Sí; pero no hay vida.

Y la palabra «vida» resonó como un silvido al pasar por sus dientes apretados.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

Me alzé de hombros sin saber que responder.

—Nó, señor juez... Si no le pido una respuesta categórica... Le pregunto más o menos... ¿Será un mes? ¿Serán seis meses? ¿Será un año?

—¡Lo ignoro!—respondí, desconcertado. Por primera vez, la idea de la eternidad me preocupaba.

—¡Qué curioso!—exclamó el señor Alde-



rete, mientras sus labios se distendían nuevamente en una mueca irónica y faunesca. Pero, a lo menos, se dará Ud. buena vida. Algunos almuerzos con el secretario...

No me atrevía a responderle. Ese hombre hablaba fuera de todas las ideas y sentimientos que inspiraba el reposo inmutable de la muerte. Conversaba como si estuviera vivo y... un torpe respeto humano me impedía confesarle la verdad: decirle que no comía ni siquiera sentía el menor deseo de comer.

—¡No tiene Ud. mucho aire de dispéptico!—continuaba, impertérito, el terrible viejo—y hasta aquí llega el tufillo penetrante y grato del pavo que jira ya en el asador... Debe tener Ud. buen cocinero...

Todo aquello me parecía una locura y, sin embargo... realmente se percibía aquel tufillo...

—Acompañado de un Chateaux Lafitte, ese asado resulta una delicia.... Pero Ud. parece algo nervioso... talvez el vino le hace daño.. ¿Duerme Ud?

Hice acopio de todas mis energías, para decirle secamente:



—Nó, señor. ¡No duermo!... ¡No duermo porque estoy muerto... ¿entiende Ud.?

—¿Y en qué queda el reposo de la muerte? El sueño eterno de la tumba, parece que es para Ud. una frase sin sentido ¿no es verdad...? Y sin embargo, ¡cuán dulce es el dormir! Olvidar preocupaciones y trabajos; descansar de esta implacable carcoma del pensamiento que nos roe el cerebro noche y día... Tenderse en un diván mullido y amplio... o en una hamaca entre árboles añosos y... ¡dormir!

La absurda evocación de aquellas siestas, me producía, sin quererlo, una extraña laxitud. Sentí los párpados pesados, y un bostezo que no pude reprimir, abrió mis yertas fauces de difunto ..

¡Era mi primer bostezo en las regiones de ultratumba!

En las verdes pupilas del vejete brilló una chispa de malignidad.

—¡Hay que dormir! ¡Hay que ser cuerdo!—dijo.

—¿Quiere imponerse de la marcha del Juzgado?—interrumpí, variando de conversación.



Él sacó un reloj antiguo con gruesas tapas de oro repujado.

—Ya es muy tarde... Volveré, mejor, mañana con más calma.. Van a ser las cinco y media.

No se por qué la vista del reloj me molestó profundamente.

—Además — continuó el viejo—ya le voy conociendo un poco a Ud. Nervioso, tímido, lleno de dudas y complicaciones... No se moleste por lo que le digo; pero me imagino que Ud. no sirve para juez .. eterno. Es demasiado escrupuloso... y talvez—o sin talvez—un poquito petulante: Quiere posesionarse de su puesto de magistrado sobrenatural y juzgar a los mortales de acuerdo con un criterio que en fuerza de querer ser elevado no es elevado ni es criterio... ¡Sospecho como han de ser esas sentencias!

Yo bajé la cabeza consternado porque... temía que eso fuera la verdad....

—Por otra parte, buenos o malos esos fallos—agregó—la cosa no es para perder el sueño...

¡Vuelve al tema!—pensé desesperado y



comencé a sentir de nuevo esa mordorra que, poco antes, me embargara. Pero, estaba equivocado porque el viejo prosiguió:

—La justicia es, solamente, el criterio que se aplica a las acciones de los otros... que es muy distinto, por lo general, al que aplicamos a las nuestras... ¡Oh! Yo siempre he detestado la justicia! Lo que Ud. debe hacer en el juzgado es evitarse preocupaciones y molestias y pasar lo mejor posible el tiempo ¡Distraerse, ¡divertirse!

Al tribunal deben venir muchachas... El suicidio está ahora muy de moda y denota, al fin y al cabo, un temperamento histérico y romántico, que no resulta mal en una amiga...

—Señor Ministro—dije—Mis deberes ..

—¡Ah! ya... ya. Perfectamente... ¡Pero Ud... no tiene edad para pensar de esa manera! El doctor Fausto... Bueno; Ud. no ha conocido al doctor Fausto... sin embargo yo puedo asegurarle que tenía muchos años más que usted y, no obstante, carecía de ese criterio resignado y encontró medios de arreglar las cosas...



¡Muy informal por lo demás el doctor Fausto! Casi estoy por decirle que prefiero a su colega Voronoff. La juventud, aún a base de mono, es juventud! Pero este no es por cierto el caso suyo... ¡Ah! caramba. me olvidaba... Debajo de la escalera he encontrado esta carta para Ud... Está un poco embarrada, más ¿qué importa? El cierre tiene letra de mujer ¡Es muy buen síntoma! Aquí la tiene...

Y me pasó la carta ¿Era la misma que no había encontrado Guezalaga? Sentí que el corazón dormido y yerto, despertaba con un latir apresurado... ¡La letra de ella! ¡Sí, la letra de ella! Un sutil escalofrío recorrió todos mis nervios... ¡Que horror! ¿Estaba vivo? Una oleada de sangre resonaba con rumor de torrente en mis oídos... pero ¡fué sólo un instante!

—¡No es su caso! ¡ya lo veo!—decía sarcónicamente el viejo, mientras una llama verde fulguraba en las oscuras cuencas de sus ojos.

Ud. está un poco cansado, nada más. Falta de sueño, de alimento, de alegría, de



«vida», en una palabra ¿no es así...? ¡Ah! Yo le iré enseñando, poco a poco, el secreto de su liberación. Porque usted está preso... Sin mi ayuda, «nunca»—¿lo oye usted bien?—«nunca jamás», podrá salir de este recinto amurallado, del cual yo tengo la llave... ¿Le ha tomado el peso a lo que será pasar—no una vida terrenal—sino los siglos y los siglos en el encierro mudo y triste de esta casa? ¡Qué expectativa más risueña y seductora!

Y su boca de fauno daba paso a una horrible carcajada que resonaba con un eco lúgubre en el cóncavo rincón de la escalalera...

—¡Sé muy bien—seguí diciendo—que hay espíritus menguados que llaman «conformidad», «resignación» a lo que tiene un sólo nombre; «¡cobardía!» Soy muy viejo y no tengo otro goce que mi orgullo .. ¡Ah! ¡Yo comprendo a los rebeldes!

Había abierto los brazos, y las amplias alas de su macfarland agitadas por un viento tempestuoso, se movían cual si fueran a arrebarlo de la tierra.



Sus miradas relucían con un relámpago siniestro y el paraguas, apoyado contra el muro, como un ave fatídica de negro cuerpo y cara de lechuza, entreabría y cerraba las pupilas con un parpadear isócrono, monótono.

Los murciélagos se habían aferrado a la baranda y la figura negra y tétrica del viejo, extraño engendro de vampiro y fauno, extendía sus alas en la puerta, repitiendo: ¡Yo admiro a los rebeldes!

En ese instante oí la voz de Guezalaga que me llamaba desde el tribunal.

El viejo bajó los brazos y cambió súbitamente de actitud.

—¡Vaya usted!—dijo—¡Volveré mañana!

Sacó una vieja llave del bolsillo, requirió el paraguas y haciéndome una profunda reverencia, me volvió la espalda.

Me sentí desfallecer y me apoyé en la balaustrada. Cuando acerté a mirar, el viejo ya no estaba.

Juraría que lo había sentido abrir la puerta en que estuvo afirmado un momento antes...



UN MUERTO DE MAL CRITERIO



Con pasos inseguros bajé a buscar a Guezalaga. Escuchaba latir mi corazón y temblaba ante la idea de estar vivo, con ese miedo absurdo de los muertos, tan sólo comparable al de los vivos ante la idea de morir!





XVIII



ORDO y sonriente, Guezalaga me aguardaba en el umbral de la secretaria.

--Tengo que hacerle una consulta, don

Marcelo.

—¡Para consultas estoy yo!—le dije—y

apoyándome en su brazo le conté lo que acababa de pasarme.

Guezalaga me miraba desconfiado:

—¿Otra novela a lo don Mendo Téllez?

—Nó, Guezalaga. ¡Se lo juro!

Siguió escuchando con más calma la relación de los sucesos. A medida que le hablaba, su expresión fué pasando de la duda a la ironía y de ésta a la más suprema indiferencia, por no decir al franco aburrimiento.

—Ha sido el Diablo... ¡No hay que darle vueltas!—dijo cuando terminé—y con la mano regordeta disimuló un hondo bostezo.

Le miré lleno de espanto.

—Pero... ¡Ud. ha bostezado Guezalaga!

—¿Y qué tiene eso de particular?

Le cogí nerviosamente de los brazos y mirándole al fondo de los ojos para arrancarle la verdad, le dije:

—¡No me engañe, Guezalaga! ¡Ud. en este momento tiene sueño! ¿Pero, dígame, no siente cierto olor a pavo asado?

Me observó con extrañeza.

—No, don Marcelo... Ni el más leve



aroma... pero ¡lo mismo que si lo sintiera! porque no tengo apetito y no me importa...

—Y dígame, si a estas horas viniera una mujer—no una cualquiera,—sino aquella que Ud. ha amado con pasión, con locura en otros tiempos, no lo perturbarían sus recuerdos?

Guezalaga se alzó de hombros.

—Don Marcelo! ¡Piense que soy tan viejo como Ud! ¿Se ha olvidado que en la vida, a nuestra edad, veíamos pasar a esas mujeres sin que nos inquietaran lo más mínimo? ¡Años antes de echarnos a la tumba, estábamos ya muertos don Marcelo! El recuerdo de esos amores juveniles apenas suscitaba en nuestras almas un leve cosquilleo de amor propio...

*«!Yo fui en un tiempo el aturdido dueño
De tanta juventud, tanta hermosura!»*
como decía no sé qué poeta...

¡Recuerdos literarios, simplemente, como esos epitafios amorosos que se gravan encima de las tumbas!...

Las sublimes amadas de otro tiempo,



pasaban casi rozando nuestro brazo y el corazón no apresuraba sus latidos...

¡Estábamos tan difuntos como ahora! Sin ilusiones, sin pasión ni ensueños, la vida estaba de hecho terminada.

El cuerpo cada vez más lento y rígido, la inteligencia decaída, atrofiada la sensibilidad, nos íbamos volviendo vegetales. Falta sólo que dejáramos de nutrirnos y respirar como las plantas, para meternos definitivamente al nicho. Y nos morimos otra vez para cumplir esas formalidades... Como don Mendo Téllez, todos los hombres nos morimos dos veces, don Marcello!... ¿Qué sacaría una mujer con venir ahora a visitarnos? ¡Estamos viejos, para querer ponernos en ridículo!

Don Mendo Téllez era un hombre joven, —gustaba de la vida y de la juerga... Se lo podía aún llevar el diablo; pero a nosotros ¿con qué podría tentarnos?

—¿Y si volviera? insinué yo con desconfianza.

—¡Bah! Si volviera, déjeme a mí entendermelas con él...

Ud. está un poco nervioso todavía...



Aún no se penetra bien de que es difunto... Yo, como Salomón, cuando la reina de Sabá se puso vieja y el harem le resultaba ya anacrónico, he dicho: ¡Vanidad de vanidades!... Esa frase y, sobre todo, el tiempo que esperó para decirla, es acaso lo que ha dado a Salomón tanta fama de prudente... pero ¡Dios mío, qué memoria! me olvidaba de que tengo que volver al tribunal para fallar aquel asunto...

—¡Resuélvalo como quiera, Guezalaga!

Y me volví de nuevo al patio. Como en el día triste y pavoroso en que llegara por vez primera al tribunal, las palabras del viejo secretario apaciguaron la tormenta de mi espíritu.

La eternidad volvía a sonreirme.

El viejo patio se diluía en el ambiente claro de un perdurable y dulce amanecer. Sus muros no me oprimían; por el contrario, confundidos en una nota azul de lejanía, se unían al horizonte interminable.

En el centro, la pila con sus mármoles hendidos, cubierta por el musgo y por la yerba, evocaba esas tumbas solitarias en que el tiempo ha ido borrando fechas,



nombres y recuerdos y parecen hablar sólo de olvido...

¡Todo hablaba de olvido en ese patio!

Saqué la carta que Alderete me dejara, y rasgué el sobre de color de rosa, escrito por esa mano de mujer que yo había besado tantas veces... Los perfiles agudos como dagas evocaban viejas heridas ya cerradas.

Dos hojas de papel amarillento, en las cuales reconocí mi propia letra, se destacaron en el fondo rojo del pequeño sobre.

Era la última carta que le envié cuando en la obscura tormenta de mi amor, brillaba, todavía, una esperanza.

«Sé que tú no me quieres ya como antes—decía la vieja carta que volvía después de tantos años a mis manos—Para comprenderlo no se necesita penetración ni perspicacia, basta quererte como te he querido»...

«Como eres tan buena y sabes cuanto me apenaría el escucharlo, acaso no te atreves a decírmelo»...

«Yo sí. Yo me lo he dicho, despacio, fríamente como si, condenado a atravesarme con un puñal el pecho, me lo clavara



lentamente, poco a poco, para lograr unos instantes más de vida»...

«No creas, sin embargo, que he estado muy valiente... Al escribirte lloro, lloro con todo el desconsuelo con que puede llorarse ante lo inevitable.»

«Y no tengo derecho aún a extrañarme... Sabía que este momento llegaría, y pensando en él he temblado hora tras hora, instante a instante.»

«¿Recuerdas cuántas veces en días más felices, te dije que no te hicieras ilusiones, que íbamos a sufrir inmensamente?»

«Ya ves que por mi parte, la profecía se ha cumplido. ¡Y no sabes cuánto me alegro de ser yo, sólo yo, el que ahora padece!»

«Únicamente hay una pena que no me sentiría capaz de soportar y sería la de verte sufrir.

«Ahora que nada espero, tengo derecho a que me creas. Yo guardaré toda mi vida el recuerdo de los días de dicha que me diste. Que hayan pasado, que las lágrimas me impidan ahora verlos alegres y felices como fueron, no es culpa tuya ni mía.»



«Durante todos estos meses, he vivido pendiente de tus ojos. Si creyera que mi vida que ya de bien poco sirve—significaba para tí la más leve satisfacción, el más pequeño agrado, la pondría a tus pies sin vacilar.»

«Desgraciadamente pienso que no soy para tí más que un estorbo, una complicación, una molestia... acaso un remordimiento.»

«Día a día he visto estrecharse a tu alrededor, por culpa mía, el cerco de odios y de envidia de las que no se conforman con que, sin querer, tú las eclipses.»

«Lo he visto y no he podido defenderte.»

«¡Puedes imaginar cuánto he sufrido!»

«Mi cariño, mi pobre cariño que era lo único que yo podía darte, no ha servido siquiera para distraerte, para hacerte olvidar esas infamias»...

«Para desentenderse de todas esas amarguras, para vivir, como yo he vivido durante todo este tiempo, en un mundo distinto, se necesita querer mucho, haber sufrido mucho, tener toda la vida cifrada



en un amor... Yo no he logrado ser eso para tí. Es un fracaso más que agregar a una vida de fracasos. Es el que más me duele; pero no te preocupes, no te inquietes, no te acuerdes siquiera de lo que, ahora, estoy sufriendo»...

«Aun me queda un poco de orgullo para desear que no me tengas lástima. Quiero aprovechar este momento para decírtelo.»

«Talvez mañana cuando vea más claro todavía que ya nada te importo, cuando no guardes de mí ni el más mínimo recuerdo, cuando sea uno de tantos y sienta toda la pena de lo que he perdido, no tendré valor para hablarte así... Talvez entonces, querré echarme a tus plantas para mendigarte, ya que no cariño, un poco de compasión. Por esto te escribo.»

«Habría sido más propio de un hombre, conversar estas cosas frente a frente, pero ¡qué quieres! nadie puede hablar menos que yo contigo, ahora que todo el mundo nos espía... y además, no me siento bastante seguro de mí mismo para que la pena no



me venza y... ¡no quiero una escena grotesca!»

«El poco valor que me queda tendré demasiada ocasión de emplearlo en tu presencia y no puedo derrocharlo. No te acuerdes de mí. Yo, siempre, siempre te querré como hasta hoy te he querido.»

Doblé la carta. Ese grito de pasión me parecía resonar como un sarcasmo en el sereno recinto de la muerte. «¡Siempre, siempre!» dicho por un hombre mortal allá en el mundo donde nada es constante ni durable!... Sin embargo ese amor loco y lejano, batido por las tormentas de la vida, agostado por los años, segado por el arrepentimiento, franqueaba la distancia de la tumba y libre de toda mancha terrenal, irrumpía como un rosal florido, vistiendo con su gracia aquellos muros que tenían el sello de lo eterno.

¡Y nunca hallé más bello el viejo patio y más dulce y dichosa mi existencial!

Allí no había angustias ni dolores; el amor puro y santo florecía en una perdurable primavera; sus capullos jamás se marchitaban y ante las rosas que se abrían,



UN MUERTO DE MAL CRITERIO

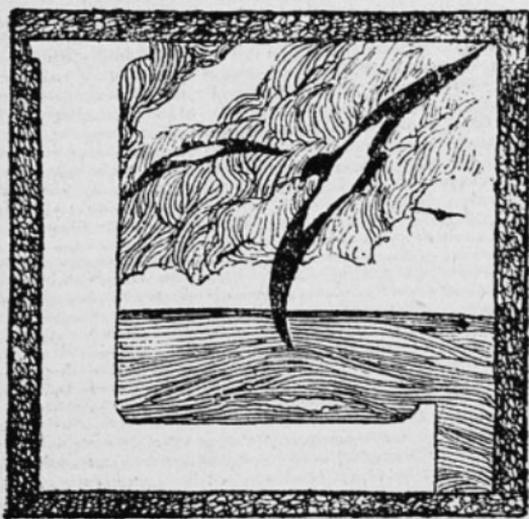


podía repetirse esa palabra ¡Siempre! ¡Siempre! que en el mundo tiene la absurda petulancia del niño que se sube a una escalera para tocar el cielo con la mano...





XIX



AS últimas audiencias habían sido de un trabajo abrumador.

Grupos heterogéneos de soldados invadían

a cada instante el tribunal.

La batalla que se daba en esos instantes



en la tierra, se prolongaba en nuestra audiencia. Los partidarios de uno y otro bando se injuriaban culpándose mutuamente de su muerte.

Guezalaga y yo discutíamos también, las responsabilidades, sin ponernos casi nunca de acuerdo sobre las sentencias y aquello no era un Juzgado sino un campo de Agramante.

Mi viejo secretario, para economizar tiempo y trabajo, aseguraba que no era posible entrar a hacer distingos entre un individuo y otro, que todos los soldados eran rigurosamente iguales, y quería juzgarlos en lotes de quince o veinte.

Después de una larguísima y acalorada discusión, me convencí de que no era posible disuadirlo y, rendido de cansancio, fuí a recostarme en el sofá de la Secretaría.

—Sin duda alguna no sirvo para juez— pensaba mientras mi cuerpo se hundía plácidamente en le desvencijado canapé— «Nervioso, tímido, lleno de dudas y complicaciones», como decía con razón el señor Alderete, mis fallos se resentían de la ab-



surda petulancia de querer aplicar a los mortales un criterio desprovisto de toda realidad... Quizás el propio Guezalaga con su prosaico y simple modo de apreciar las cosas, se acercaba más a la verdad, juzgaba más humanamente y por lo tanto, con más acierto a los humanos, que yo, con mis sutiles disquisiciones de ultratumba... Además, cada vez que descendía a analizar los móviles de alguna acción terrena, la compasión—que, muchas veces, es sólo el fruto de la comprensión—me dominaba.. Los delitos se convertían en errores y, como éstos son siempre disculpables, la idea de justicia y de sanción huía de mí como un pájaro asustado... «Saberlo todo, acaso fuera perdonarlo todo» como decía Víctor Hugo... Ante el estrado de mi tribunal, habían desfilado hombres malvados, mujeres de vida alegre, adúlteros, herejes, asesinos y hasta antropófagos. ¡Y yo no había condenado a nadie!... Para todos encontraba una disculpa, una palabra de perdón... Las sanciones no existían en mi tribunal... Sin duda alguna yo no servía para Juez ultraterreno... Estaba mejor allí,



tendido pesadamente en un sofá, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, como una imagen del reposo eterno... Guezalaga era otra cosa! ¡Qué rapidez para dilucidar una cuestión, qué facilidad para dictar un fallo!... A cada rato oía su voz grave que decía: «Al Infierno», «al Purgatorio» con una seguridad desconcertante... Los soldados pasaban y pasaban en un desfile interminable ante su mesa . ¡Un! ¡dos! ... ¡Un! ¡dos! resonaban marcialmente sus zapatos al pasar por el largo tribunal...

¡Uf! Era mareador aquel desfile! Ignoro cómo el pobre Guezalaga podía soportarlo... Lo que es yo, ya no sabía donde tenía la cabeza...

¡Un-dos! ¡Un-dos! aquel continuo tacañar, repercutía como con martillo en mi cerebro y me tenía como anestesiado... No sentía mis brazos ni mis piernas... todo se balanceaba a compás, en torno mío... ¡Un-dos! ¡Un-dos! El sofá mismo, parecía marchar como un soldado...

Y marchaba... ¡claro está! ¡No cabía duda! Marchaba lentamente, suavemente, iguiendo la columna de soldados... Per-



que ya no estaba en la secretaría, ni siquiera en el viejo tribunal... cruzaba un largo corredor obscuro... una negra e interminable galería cuyo techo curvo y bajo semejaba una inmunda alcantarilla... ¿Qué era aquello, Dios mío? ¿Qué era aquello?

Los soldados me iban dejando rezagado... Ya apenas escuchaba el monótono ruido de sus botas que ahora parecían chapotear en el fango de una charca... ¿Adonde me arrastraba aquel sofá?

Del techo cada vez más negro y húmedo pendían unas plantas blanquecinas como la cabellera de una vieja muerta, que me rozaban al pasar... ¿Estaba acaso bajo la escalera?

¡Ah! qué hubiera dado yo por poder mover los brazos, huir de allí, llamar a Guezalaga!

Creía oír su voz, vaga, lejana, que clamaba desde el rincón de la escalera:—«¡Don Marcelo! ¿Dónde se ha ido don Marcelo?»

Pero yo no podía contestarle... ¡Clock .. clock... clock! respondían por mí unos sapos negros desde el suelo fangoso que cruzaba... Y los sapos, como una extraña flo-



ración, parecían ir creciendo allí a mi lado... Sí; ahora me miraban por encima del sofá con sus ojos vidriosos y salientes... Ahora crecían, se alargaban, adquirían proporciones gigantescas, se erguían sobre las patas gruesas y arqueadas como ramas y se alineaban junto al muro, con la ridícula pretensión de ser personas...

Sus cuerpos blandos y gelatinosos tomaban las formas más inverosímiles.. Por momentos sus grandes ojos se cerraban y se hundían, poco a poco, hasta tomar la expresión de cerdo viejo de mi pobre secretario... Sus bocas se contraían lentamente; de su chata faz surgían narices respingonas o aguileñas... Sus cabezas, ora crecían como un hongo, ora se anchaban imitando un sombrero suelto y blando...

¿Pero no conocía yo esos rostros? ¿No era aquella la faz negra y monstruosa del salvaje que se engullera al misionero? ¿Cómo entonces permanecía allí a su lado el desdichado padre franciscano? ¡Oh! ¡Y el doctor Saldívar y Lucía y Fernando y don Rufino...! ¡Qué horror, todos allí puestos en fila como en una revista militar! ¡Y de la



Brocha y el soldado del Pudeto, obedeciendo a la voz de orden del comandante Achurra que gritaba: «¡Por la derecha... Alinear!»

¡Qué espantosa pesadilla! Pero eran ellos ¡no cabía duda! y allí estaban rígidos y serenos aguardándome, mientras sobre sus cabezas colgaba una cortina de murciélagos y mi sofá se deslizaba por la corriente mauseabunda de agua negra que invadía la horrible alcantarilla...

—¡Atención! ¡Vista a la de...! mandó el comandante Achurra. Y, sin obedecer a su mandato, de la Brocha, don Rufino y toda la larga fila de cadáveres, se sacaron, a mi paso, sus sombreros y me hicieron una profunda reverencia.

Los murciélagos, colgados desde el techo, prorrumpieron en una horrible carcajada...

El sofá como un barco sin timón seguía deslizándose en las sombras.

Una luz clara y difusa comenzaba a iluminar la galería... El señor Alderete estaba allí mudo e inmóvil apoyado en su paraguas con cabeza de lechuga.



Al pasar yo frente a él, dejó el paraguas y dando un salto formidable fué a treparse al extremo del sofá. El paraguas dió una especie de volido y se posó a su lado gravemente.

Era realmente una lechuza! Pero enorme, formidable, con unos grandes ojos miopes y una expresión tímida y dulce que me hacía recordar al menor de mis sobrinos... ¡Pobre niño! De ese mismo modo triste me miraba en mi lecho de difunto! ¡Pobre sobrino Juan Manuel!

Alderete se sentó tranquilamente en la punta del sofá; yo miré sus largas piernas que caían hundiéndose en el agua... ¡Qué horror! ¡Eran de chivo y su pelaje formaba como una nata café oscuro en la corriente que nos arrastraba!

Sacó de la solapa una alhaja de mujer y me dijo con tono malicioso:

—¿Conoce este prendedor? Lo encontré junto con la carta aquella... Los ópalos traen siempre mala suerte ¿no es verdad?

Yo no podía contestarle, pero miré hacia uno de los muros, y ví allí a una mujer delgada y alta, vestida en traje de luto, que



lloraba ocultando su rostro en el pañuelo...

Alderete esgrimía el prendedor.

—¿Démosle un pinchazo? dijo a la lechuza.

Esta hizo un signo afirmativo y Alderete, cogiendo uno de mis brazos que caía lacio y yerto sobre el pecho, me alzó la manga y me clavó la aguja.

No sentí el dolor más leve. Miraba sólo, a la enlutada que apartando el pañuelo de su rostro, clavaba en mí sus grandes ojos negros...

¡Es ella! Es ella! me decía una voz oculta y honda en el fondo de mi espíritu. El corazón parecía despertar de un largo sueño... Su latido era apenas perceptible pero sentía que un calor de vida comenzaba a invadirme poco a poco...

Ahora estaba en plena luz... un mar inmenso, de un verde opalino y fúlgido se extendía hasta juntarse con el cielo... Y el sofá atravesó de tumbo en tumbo las móviles colinas de las ondas...

Alderete se irguió entonces en la proa, abrió los brazos y extendió, como una vela, las alas de su oscuro macfarland... Detrás



de mi cabeza, la lechuza imitó el gesto de su dueño; e impulsado por el viento, que hacía resonar las negras velas, el sofá rayó, como un bajel pirata, el dorso palpitante de las aguas...

Las olas se estrellaban en la proa y la bullente y clara estela se desovillaba como una cinta blanca hasta perderse en el con-fin del horizonte...

Por momentos parecía que no tocá-bamos las ondas:

A lo lejos se comenzaba a ver la playa... Fulgía el sol en la rojiza arena... Envuel-tas en la neblina de la costa, surgían casas, pueblos y ciudades...

Zumbaba el viento en mis oídos. El es-quipe como un alcatraz negro que roza apenas con sus patas la superficie del océa-no, sacudía sus grandes alas negras y vola-ba... Sí ¡volaba!

Las gaviotas, petreles y piqueros que antes nos escoltaban con su vuelo renun-ciaban ya a seguirnos... Atravesábamos los aires, rompíamos las nubes... A nuestro paso su albo copo se desflocaba y desha-cía en una inmensidad de motas blancas



que se adherían y formaban un mullido colchón en torno mío...

¡Qué suave, blando y acogedor era mi lecho! Como en un sueño delicioso mis párpados se cerraban dulcemente...

El viento resonaba como una flauta mágica en mi oído.

De pronto sentí una fuertesacudida. Nos deteníamos de golpe. Alderete y la lechuza cayeron al mismo instante del sofá y quedaron de pie a mi cabecera...

No quería abrir los párpados pero presentía en mí, la mirada sarcástica y siniestra de Alderete y los ojos tristes y miopes de lechuza que me observaban con ternura. ¡Igual a mi sobrino Juan Manuel!

Alderete me cogió de la muñeca y la oprimió en su mano unos minutos...

—Aún no vuelve...—dijo con una voz cascada y grave que yo creí reconocer pero que no era la suya ciertamente—¿Le damos otro pinchazo?

—Bueno, doctor,—le dijo la lechuza...

¡Qué horror, aquella ave macabra hablaba con la voz de mi sobrino...!

Y de nuevo sentí una clavadura. Alde-



rete sacó el viejo reloj de su bolsillo. No lo veía pero lo escuchaba... Sonaba fuerte muy fuerte con el eco trémulo y lento del antiguo reloj que hubo en mi casa... el reloj alto y maciso de caoba, con águilas y coronas de metal...

Y,—como él,—comenzó a dar campanadas... ¡Una! ¡dos!... ¡tres!... ¡cuatro!... ¡cinco!...

Daba las nueve ¡no cabía duda! Yo no pude reprimirme, y repetí lentamente: ¡Una!... ¡dos!... ¡tres! con el eco triste y gangoso de esas nueve campanadas...

—¡Ya vuelve!—dijo Alderete.—Observe Ud. como su rostro se colora...

Realmente yo sentía que el corazón me palpitaba; que una ola de calor ascendía hasta mi cara y que las sienes me latían...

Alderete me volvió a coger la mano...

—¡Está salvado!—dijo.

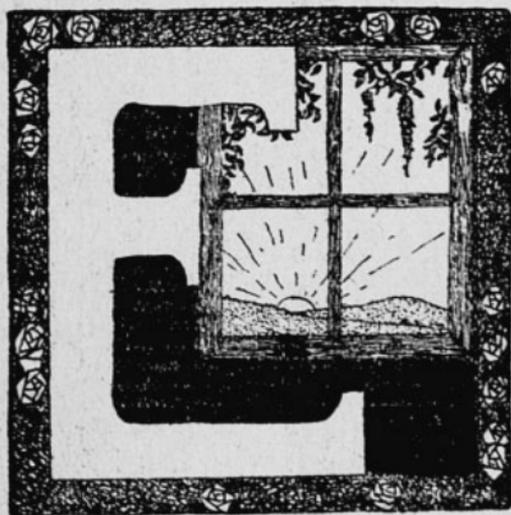
¡Era exactamente la voz del doctor Pérez!...

Abrí los ojos con espanto. ¡Estaba en mi propio lecho! El doctor y mi sobrino me observaban...





XX



STABA en la misma pieza, en la misma cama en que me había muerto!

Uno a uno recorrí todos los muebles, de-

talle por detalle, para convencerme de que no soñaba... El viejo lecho de jaracandá,



el turbio espejo del ropero, la negra y panzuda cómoda con sus cajones mal cerrados... ¡como siempre!

En el papel floreado de los muros, se destacaba el crucifijo de marfil, colgado a la cabecera con una cinta de color granate; al frente, en un gran óvalo dorado, el retrato de mi padre y en las paredes laterales dos antiguos grabados en acero, con sendos pasajes bíblicos: «La Justicia de Salomón» y «José con la mujer de Putifar».

Las persianas cerradas, traslucían una luz verdosa y pálida.

Todo estaba en su sitio, hasta el pequeño medallón de felpa roja, con una miniatura de mi madre, junto a las obras de Pothier, sobre el mármol de la cómoda.

No había error alguno: ¡Estaba vivo! Y al repetir esa palabra «vivo,» me asaltaba el mismo temor vago y confuso que cuando oí por vez primera a Guezalaga decirme en el tribunal: «¡Ud. está muerto!» Los pesares, las ansias, las angustias, las enfermedades y... la misma muerte— ¡todo



el triste cortejo de la vida!—me aguardaba otra vez en esa alcoba...

¿Por qué estaba de nuevo allí, Dios mío?

Me había acostumbrado a ser difunto. La idea de volver a la existencia, me sacudía en un impulso de rebelión y de protesta, acelerado los latidos del pobre corazón que ahora golpeaba apresurado como llamándome a vivir...

Me sentía arrancado del sepulcro, privado de la paz eterna y santa del espíritu y abrigaba un rencor torvo y salvaje por el despojo de que fuera víctima.

A uno y otro lado de mi lecho el doctor y mi sobrino me miraban con aire complacido.

—¡Le he salvado la vida!—dijo el médico.

Sentí un impulso atroz de estrangularlo y logré incorporarme en las almohadas.

—¿Con qué derecho—dije—viene Ud. a disponer de mi existencia? ¿Me la ha dado acaso Ud? ¿Por qué ha venido a robar-me la calma que gozaba?

—Sus herederos me han llamado...

—¡Mis herederos no tienen derecho para



tomar mi representación en el asunto más importante para mí!... Además, ellos no pueden disponer de ninguno de mis bienes hasta después de mis días ¿oye Ud? Si quiere cobrar su cuenta hable con ellos... (Juan Manuel estaba verde como un muerto). Ahora estamos los dos en este mundo; las leyes, aquí, son claras y no le hago concesiones a ninguno.. *Dura lex sed lex.*

—!*Summum jus, summa injuria!* dijo el médico.

—¡No me venga con latines! Sépase, doctor, que yo estaba en el otro mundo bueno y sano, sin inquietudes ni molestias; no tenía que pensar en el mañana... Si quería, estudiaba alguna causa, si no, me iba a tender en un sofá, mientras fallaba el secretario... Y, de repente, llega Ud., me da un pinchazo y me vuelve a la existencia, a la realidad, a la vida, al sufrimiento... ¡Bien lo ha hecho! Estaba en el Paraíso y me trae al purgatorio... ¡Habrá paciencia!

Agotado de cansancio, me hundí de nuevo en las almohadas.

Juan Manuel, con sus anteojos amarillos



y su cara de lechuza, me miraba con espanto. Acaso pensaba el pobre en la muchacha, en la boda interrumpida, en la dicha que se le iba de las manos...

El médico, inclinada la cabeza y los brazos cruzados a la espalda, se paseaba a largos trancos por la pieza.

—¡Linda carrera la del médico! ¡Se la recomiendo a Ud., don Juan Manuel—refunfuñó.—No se come, no se duerme y si por casualidad salva la vida a algún enfermo, éste se lo echa en cara como un crimen! ¡Si se muere lo injuria la familia!... Es admirable... y vamos trasnochando! Me acosté a la una de la madrugada y ¿a qué hora fué a buscarme Ud?... Sería a las dos ¿Verdad?

Juan Manuel hizo un signo afirmativo:

—Sí, doctor; lo desperté a las $2\frac{1}{2}$..

—Diga Ud. las $2\frac{3}{4}$ con lo que me demoré en vestirme a medias y venirme como una exhalación... Desde esa hora, inyección va e inyección viene, luchando con un cadáver,—¡si señor; con un cadáver!—para que al fin el muerto resucite y le salga a uno con esto!... Estaba mejor muerto



¿verdad? ¡Para otra vez que me lo diga y no me haga trasnochar!

Aquel refunfuñar interminable, acabó por sacarme de paciencia...

—Aquí hay sólo una cuestión jurídica— le dije—¿Estaba vivo o no lo estaba? En el primer caso, no había trasmisión por causa de muerte, mi sobrino era una persona independiente de la mía y el pago corre de su cuenta y riesgo...

El doctor paró, en seco, su paseo:

—¡Es el colmo! ¡Todavía me discute el honorario!

Juan Manuel abría los ojos espantado y se palpaba con un gesto inconciente los bolsillos.

—...En el segundo caso—continué—la situación varía ciertamente. Mi sobrino, al devolverme la vida, me ha inferido un daño sin quererlo... se ha hecho culpable de un cuasi-delito... pero no voy a hacer cuestión por esto .. Estando muerto, ha podido disponer de mi fortuna, los gastos provenientes de mi última enfermedad son imputables a la testamentería y yo pago la cuenta... Pero para cancelarla necesito sa-



ber, antes que nada, si en realidad estuve difunto...

Los dos hombres se miraron.

—¿Qué dice Ud., doctor?—Preguntó trémulo el muchacho.

—¡Psht! ¿Qué puedo yo decir?—exclamó el médico, encogiéndose violentamente de hombros—¡Que estaba muerto! Científicamente muerto; sin pulsaciones, sin respiración; ¡muerto de veras!

—Sí, tío: ¡Ud. murió a las tres y media!—murmuró casi con un sollozo Juan Manuel.

—¡No puede ser!—observé yo—¿Qué fecha es hoy?

—Hoy es .. ¿A cómo estamos? A once ¿no es así, doctor?... a once de Diciembre...

—¡No puede ser!—repetí yo.

—¡Lo dice Ud. porque quiere!—exclamó el médico—¿O, después de discutirme el honorario, va a entrar a discutirme el almanaque?

—¡No, doctor!—le dije algo más sereno.—Son las 9 ¿verdad? ¡Perfectamente! Des-



de las 3 de la mañana hasta las 9 han pasado solo seis horas ¿no es así?

—¿Y que hay con eso?—interrumpió el galeno.

—¿Que durante esas seis horas, he hecho un sinnúmero de cosas, imposibles de realizar en ese tiempo... He asistido al tribunal, he hablado largo con el secretario, he juzgado veinte juicios ¿Oye Ud? veinte juicios diferentes, por lo menos...

—¡Qué curioso!

—He estudiado espendientes antiquísimos, me he visto con el Demonio...

—¡Zapatetas!

—...Y todo eso, no puede hacerse en menos de dos meses...

—¡Quiere decir que allá las cosas son más rápidas! Muy bien; pero ese no es un motivo para que niegue Ud. los hechos... Yo he llegado aquí a su casa, a lo sumo, a las 3 de la mañana... Cuando me llamó este joven—y señaló a mi sobrino—acababa de acostarme, después de haber ido a ver a la calle Dardignac a mi colega don Pastor que estaba dando las últimas boqueadas...



—¿Qué don Pastor?—le interrumpí.

—Don Pastor Saldívar...

Yo medio me erguí, en la cama:

—¿Cómo?

—Don Pastor Saldívar... ¡Vamos! ¡Creo que tiene edad para morirse!

—¡Si yo mismo lo he juzgado!

Mi sobrino me enfocó con sus ojos de lechuza.

—¡No se burle de los muertos!—dijo el médico, y, volviéndose a Juan Manuel, agregó: Abra un poco la ventana. Esta media luz echa a perder el ánimo... y su tío parece estar perfectamente.

Mi sobrino abrió el postigo y un torrente de sol áureo y vibrante penetró hasta el fondo mismo de la alcoba, hizo brillar la vieja cómoda e iluminó como un jardín las cortinas de cretona y el florido ramaje del papel que cubría las paredes.

El claro sol de estío parecía penetrar hasta el fondo de mi ser. Me sentía otro. Aspiraba la vida intensamente y no podía separar los ojos de aquel rayo de sol—viejo alquimista de amor y juventud—que volvía oro la tierra, el mar, los cielos y hasta



el polvo minúsculo e invisible que volaba como un ejambre microscópico en el claro torrente de su lumbre.

Por la ventana abierta, un tilo añoso, poblado de aves y de nidos, asomaba sus ramas temblorosas...

Acaso se deleitaba, como yo, en el cálido beso de los cielos. Entre la verde fronda los insectos bullían con rumores de colmena. Los pájaros cantaban en las ramas. ¡Qué bella, qué apasionante era la vida!

Indiferente al sol y a sus encantos, el doctor se paseaba cabisbajo.

—¿Sabe Ud.—me dijo al cabo de un momento—que todo eso que me ha contado es bien curioso...? Los que van al otro mundo, o no regresan, que es lo más corriente, o tienen la mala idea de callarse. Ya vé, Lázaro que estuvo en el sepulcro más que Ud., y no se dió nunca el trabajo de dejarnos sus memorias! Podría Ud. aprovechar estos pocos días de convalecencia, y el feriado que ya se viene encima para escribir sus impresiones de ultratumba...

—¿Cree Ud. que tendrían interés?

—¡Me parecí! Aunque nadie las creyera,



serían en cierto modo un relato original...

Observe Ud. que en todas las novelas el protagonista empieza vivo y termina por morir en el último capítulo... Esta sería lo contrario: comenzaría el día de su muerte y concluiría en el momento de vivir... Escriba el libro... Si resulta malo, por lo menos le habrá servido a Ud. de distracción... Hasta mañana!

Y me tendió la mano cordialmente.

.....

Seguí el consejo del doctor y... éste es el libro.



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

INSCRIPCIÓN N.º 365

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO CONFORME A LA LEY